
HARLEQUIN
Jazmín
LA DINASTÍA FALCON
Lucy Gordon
Romance en la isla

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

ROMANCE EN LA ISLA, N.º 91 - Septiembre 2013
Título original: Rescued by the Brooding Tycoon
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3533-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Darius había alquilado un helicóptero para volar de Inglaterra a la pequeña isla de Herringdean, que ahora le pertenecía. Iba de camino a una reunión importante, pero la belleza del lugar le sorprendió tanto que se inclinó sobre la ventanilla y se dedicó a admirar el mar, las líneas doradas de las playas y los verdes y exuberantes acantilados. Algo poco habitual en un empresario frío y eficaz que se aferraba a su sentido común.

–Descienda un poco, por favor –pidió al piloto.

El piloto descendió y Darius alcanzó a ver una mansión que debía de haber sido elegante, pero que estaba bastante deteriorada. El jardín de su parte delantera se fundía con una pradera que terminaba cerca de la playa. Al fondo, se distinguían los edificios de Ellarick, la localidad más grande de la isla.

–Aterrice ahí, en esa pradera.

–Pensaba que quería ir a la ciudad...

El piloto estaba en lo cierto, pero Darius sintió la súbita necesidad de evitar los coches, las calles y las multitudes y explorar la isla. Fue como si aquella playa lo llamara. Y él, que nunca se dejaba llevar por sus impulsos, hizo una excepción.

–Aterrice –repitió.

El helicóptero aterrizó lentamente. Darius saltó a tierra y caminó por la playa con agilidad de un hombre en forma, nada típica de un ejecutivo de despacho.

La arena estaba algo húmeda, pero tan dura que no suponía un peligro para su cara indumentaria, elegida cuidadosamente con intención de mostrar al mundo que tenía éxito y que podía comprar lo que quisiera. Además, unos cuantos granos de arena no estropearían sus zapatos hechos a mano. Se podía limpiar con facilidad y, en cualquier caso, era un precio pequeño en comparación con lo que la playa le ofrecía.

Paz.

Tras los terribles acontecimientos que habían sacudido su vida,

Darius se dijo que no había nada mejor que estar allí, al sol, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, sintiendo la brisa en la cara.

Habían sido demasiados años de conspiraciones y maniobras; demasiados años de lucha que le habían privado de placeres como aquel.

Respiró hondo y pensó que era demasiado joven como para dejarse llevar por pensamientos tan sombríos. Era alto, atractivo, fuerte y, a sus treinta y pocos años de edad, tenía toda la vida por delante y toda la fuerza necesaria para comerse el mundo.

Pero ya se lo había comido muchas veces. Había ganado unas batallas y había perdido otras. Necesitaba un buen descanso, aunque solo fuera para afrontar los desafíos que sin duda le esperaban.

Segundos después, el sonido de una risa rompió el silencio.

Darius abrió los ojos y vio dos figuras en el mar, que nadaban hacia la playa. Cuando salieron del agua, descubrió que la primera era un perro grande y la segunda, una joven esbelta y de piernas largas que debía de tener algo menos de treinta años. Tenía el cabello de color castaño y llevaba un bañador negro.

Como hombre acostumbrado a gozar del favor de las mujeres, Darius sabía que muchas de ellas iban a la playa sin más intención que la de pavonearse de su belleza. Pero el mensaje que enviaba la expresión de aquella chica era muy diferente; parecía decir que no estaba allí para desfilar ante nadie, sino solo porque le gustaba nadar.

–¿Te puedo ayudar en algo? –preguntó ella al verlo.

Darius sacudió la cabeza.

–No, gracias. Solo estaba echando un vistazo, disfrutando del paisaje.

–Es muy bonito, ¿verdad? A veces pienso que, si existe el paraíso, será como este lugar. Aunque, por otra parte, dudo que me aceptaran en el paraíso… Seguro que cierran sus puertas a las personas como yo.

Darius no lo dijo, pero pensó que el humor de aquella mujer se parecía mucho al suyo. Y casi la perdonó por haber roto el silencio con sus carcajadas.

–¿Personas como tú?

–Sí. Personas difíciles –respondió ella, sonriendo–. Difíciles... entre otras cosas, claro. Tengo amigos que me lo recuerdan constantemente.

–Y supongo que no te lo dicen para halagarte...

–Por supuesto que no.

Darius señaló la mansión que había visto desde el helicóptero y dijo:

–Tengo entendido que pertenece a Morgan Rancing.

–Así es... pero si has venido a verlo, has perdido el tiempo. Nadie sabe dónde está.

Darius también se calló que conocía el paradero de Rancing. Estaba al otro lado del mundo, escondiéndose de sus acreedores, entre los que estaba él.

–De todas formas, tienes suerte de que no esté en casa –continuó ella, mirándolo con curiosidad–. Se enfadaría mucho si viera que tu helicóptero ha aterrizado en sus tierras. No permite que entre nadie.

Él arqueó una ceja.

–¿Sus tierras incluyen esta playa?

Ella volvió a reír.

–Naturalmente –respondió–. Pero sé bueno, por favor... Si lo ves, no le digas que he estado en su playa sin permiso. No le gusta que nade aquí.

–Pero nadas de todas formas –dijo con ironía.

–Porque se está tan bien que no me puedo resistir –se defendió–. Las otras playas se saturan de gente, pero aquí no hay nada excepto el sol, el mar y el cielo. Es como si el mundo te perteneciera.

Darius asintió, extrañado por la semejanza de sus pensamientos con los de aquella joven, y la miró con renovado interés. Sus ojos eran preciosos; grandes y azules, llenos de vida y profundamente irónicos.

–Eso es cierto.

–Entonces, ¿no le dirás que me has visto en su playa?

–A decir verdad, la playa no es suya –respondió–. Es mía.

La sonrisa de la joven desapareció al instante.

–¿Tuya?

–Como el resto de la isla.

–¿Rancing te la ha vendido?

Sin pretenderlo, la chica de los ojos azules acababa de formular

la pregunta del millón. Rancing no le había vendido la isla; le había tendido una trampa y, ahora, Darius tenía una isla entre sus propiedades.

–Bueno, es mía y eso es lo que importa –declaró–. Pero aún no nos hemos presentado. Me llamo Darius. Darius Falcon.

Ella respiró hondo.

–Ah, ya decía yo que tu cara me sonaba. Te he visto en la prensa, ¿verdad? Tú eres el tipo que...

–Olvida ese asunto –la interrumpió, molesto por el recordatorio–. ¿Cómo te llamas?

–Harriet Connor. Tengo una tienda de antigüedades en Ellarick.

–Pues este no parece un lugar muy adecuado para vender nada.

–Al contrario. La isla de Herringdean atrae a muchos turistas –explicó–. Aunque supongo que ya lo sabías.

Darius se encogió de hombros. No estaba de humor para explicarle que Rancing le había engañado y que sabía muy poco de aquel lugar.

En ese momento, se oyó un ladrido. Era el perro, que corría hacia él.

–¡Quieto, Phantom! –ordenó ella.

–Aléjalo de mí.

La petición de Darius llegó demasiado tarde. Encantado de poder saludar a un desconocido, el enorme perro le plantó sus mojadas patas en los hombros y procedió a lamerle la cara con entusiasmo.

–¡Quítamelo de encima! ¡Está empapado!

–¡Baja, Phantom!

Phantom bajó, pero volvió a la carga enseguida y, esa vez, derribó a Darius.

–¡Maldito perro! Estoy muy enfadada contigo...

Darius se levantó y soltó una maldición al ver su traje, lleno de arena y de agua de mar.

–No te estaba atacando –se explicó Harriet–. Es que le encanta la gente...

–No lo dudo, pero me ha destrozado el traje –replicó con enfado.

–Te pagaré la tintorería.

–¿La tintorería? Te pasaré la factura de un traje nuevo –dijo con voz helada–. Aleja a ese chucho de mí.

Darius retrocedió para evitar otro encuentro con el animal. Harriet pasó un brazo alrededor del cuello de Phantom y dijo, con tanta frialdad como él:

–Será mejor que te vayas. No puedo sujetarlo eternamente.

–Pues llévalo con correa y no tendrás que preocuparte por esas cosas.

–Gracias por el consejo, aunque el problema es tuyo –ironizó ella–. ¿A quién se le ocurre ir con traje a una playa?

Darius sabía que tenía razón, pero su comentario le molestó tanto que se alejó hacia el helicóptero sin despedirse.

Cuando ya habían despegado, se asomó por la ventanilla. Harriet miró el aparato hasta que Phantom se apretó contra ella y la lamió; entonces, su dueña apartó la vista del helicóptero y se concentró en su perro.

Darius la maldijo para sus adentros. Harriet Connor había destrozado su primer momento de paz en muchos meses.

Y no lo iba a olvidar.

Amos Falcon podía ver la bahía desde la colina que dominaba Montecarlo; pero, a diferencia de su hijo, no prestaba atención a la belleza del mar. Su atención estaba en las elegantes casas de la zona, todas de millonarios, aunque ninguna era tan distinguida como su hogar, un edificio de tres pisos de altura que había comprado, precisamente, porque dominaba la colina.

–¿Dónde diablos se ha metido? –dijo en voz alta–. Darius no suele llegar tarde... Además, sa-be que quiero que esté aquí antes de que lleguen los otros.

Janine, su tercera esposa, le puso una mano en el brazo y sonrió.

–Es un hombre muy ocupado. Su empresa tiene problemas y...

–Todas las empresas tienen problemas –gruñó Amos–. Estoy seguro de que saldrá adelante. Le enseñé bien.

–Puede que dedicaras demasiado tiempo a enseñarle el negocio –observó ella–. Es tu hijo, no un socio al que puedas dar órdenes.

–Por supuesto que no es mi socio. He dicho que le enseñé bien, pero nunca aprendió a dar el último paso, el necesario, para conseguir lo que quiere.

–Porque Darius tiene conciencia –afirmó Janine–. Sabe ser

implacable, pero solo hasta cierto punto.

–Exacto. Nunca he logrado que entienda... Bueno, eso da igual. Puede que sus problemas recientes le hayan enseñado la lección.

–¿Te refieres al hecho de que su esposa lo abandonara?

–Me refiero al acuerdo de divorcio que le ofreció –respondió–. Fue una estupidez. Ha sido demasiado generoso con ella.

Janine soltó un suspiro. Habían mantenido esa conversación muchas veces y empezaba a estar cansada.

–Lo hizo por el bien del niño...

–Un niño del que podría tener la custodia si hubiera sido más duro. Pero no quiso.

–E hizo bien.

Amos miró a su mujer. Sabía que era una sentimental, pero a veces, su sentimentalismo le exasperaba.

–Bueno, es posible que no fuera tan terrible en su momento, pero después se hundió el mundo y...

–El mundo no se hundió. La economía se hundió –puntualizó Janine.

Amos arqueó una ceja.

–Y, de repente, mi hijo se encontró en dificultades y tuvo que ir a hablar con esa mujer para rogarle que renunciara a parte del dinero –le recordó–. Pero obviamente, ella se negó y, como Darius ya se lo había transferido, no pudo hacer nada.

–A ti no te habría pasado, ¿verdad? –dijo Janine, recordando el acuerdo prematrimonial que había firmado con él en su momento–. Nunca das nada que no puedas recuperar... Ese es tu lema.

–¿Mi lema? Yo nunca he dicho eso.

–No, no lo has expresado de esa forma, pe-ro...

–¿Dónde se ha metido? –la interrumpió.

–No te enfades, Amos... Sabes que no te conviene.

–Si lo dices por mi infarto, ya lo he superado.

–No lo has superado. El médico dijo que se podría repetir y que tienes que tomarte las cosas con más calma.

–Mírame, Janine –dijo con firmeza–. ¿Crees que soy un inválido? ¿Es que tengo aspecto de ser frágil?

Amos se levantó y desafió a Janine con toda la fuerza de su porte.

Era un hombre alto, por encima del metro ochenta, de hombros

anchos y tan ferozmente atractivo que había estado con más mujeres de las que podía recordar. Un hombre que había tenido cinco hijos con cuatro madres distintas. Un hombre que, a pesar de haber nacido en el seno de una familia pobre del norte de Inglaterra, se había convertido en un empresario rico y poderoso.

Meses antes, su corazón le había fallado en mitad de una reunión familiar y había estado a punto de morir; pero contra todo pronóstico, sobrevivió. Y ahora, había convocado a sus hijos por un buen motivo.

Solo lo sabían dos personas, pero el infarto le había dejado huella y cada vez que hacía un esfuerzo, se quedaba sin aire. Una de esas personas era Janine, su mujer, quien lo miró con una mezcla de amor y exasperación; la otra era Freya, la hija que Janine había tenido con su anterior esposo.

Como Freya era enfermera, su madre le había rogado que se marchara a vivir con ellos. Amos no quería que ninguna profesional lo cuidara, pero Janine pensó acertadamente que, tratándose de su hija, no se podría negar. Y su estratagema fue un éxito. La elegante y aventurera Freya se mudó a la casa, se ganó el afecto de Amos y contribuyó a la mejora de su salud.

Fue precisamente Freya quien apareció poco después en el balcón y dijo:

–Es hora de tu siesta, Amos.

–Aún faltan diez minutos –protestó él.

–Es la hora –insistió la joven–. Y no discutas conmigo.

Amos sonrió.

–¿Sabes que eres una mandona?

–Por supuesto que lo sé.

Amos se encogió de hombros.

–Está bien...

Janine hizo ademán de seguirlo al dormitorio, pero su esposo la detuvo.

–No te preocupes por mí; no necesito ayuda para echarme una siesta –ironizó–. Quédate aquí y estate atenta por si Darius aparece. No sé por qué tarda tanto...

Momentos después, Janine se quedó a solas con su hija.

–¿Qué ocurre? –preguntó Freya.

–Cualquiera sabe. Se suponía que Darius iba a llegar esta

mañana, pero llamó por teléfono para decir que llegaría con retraso.

–Qué extraño, ¿no? Primero convoca a Darius y luego a Leonid, Marcel, Travis y Jackson, que llegarán con pocos días de diferencia. ¿Qué pretenderá?

–Creo que me lo imagino –contestó con tristeza–. Finge que se encuentra bien y que está completamente recuperado, pero tiene miedo. Se ha dado cuenta de que su vida podría terminar de repente y ha decidido poner sus cosas en orden, por así decirlo... empezando por el testamento.

–Con lo organizado que es, supuse que ya habría hecho testamento.

–Y lo hizo.

–¿Entonces?

–Querrá echar otro vistazo a sus hijos para decidir quién es más...

–¿Parecido a él? –sentenció Freya.

–Qué cosas dices –protestó su madre–. Eres demasiado dura con Amos.

–Se lo merece. Es un hombre insoportablemente arrogante.

–Pero te quiere mucho. Eres la hija que nunca tuvo, y le gustaría que formaras parte de su familia.

Freya la miró con asombro.

–¿Insinúas que me quiere de nuera? El muy sinvergüenza...

–No le llames así.

–¿Por qué no? Ningún hombre amasa una fortuna como la suya por medios honrados. Y enseñó a sus hijos para que fueran como él en ese sentido. El dinero es lo único que les importa –observó–. Si alguno de sus hijos me pidiera en matrimonio, lo mandaría a hacer gárgaras... Amos está loco si cree que se va a salir con la suya.

–No le digas que te lo he contado –le rogó Janine.

–Descuida, no diré nada. Aunque, ahora que lo pienso, es posible que aproveche el asunto para reírme un rato de él.

Freya se marchó con una sonrisa pícara en los labios y Janine suspiró. Comprendía perfectamente a su hija. A fin de cuentas, ella sabía mejor que nadie lo que significaba casarse con un Falcon.

Darius llegó al día siguiente y justificó su retraso con la excusa

ficticia de un asunto de negocios. Jamás habría admitido que se había visto obligado a dejar Herringdean, volver a Inglaterra y reservar habitación en un hotel para cambiarse de traje. Normalmente, no había nada en el mundo que lo pudiera forzar a cambiar de planes; pero su encuentro con Harriet Connor no entraba dentro de la normalidad.

Harriet lo había dejado desconcertado. Era como si hubiera dos personas en ella: la mujer encantadora y perceptiva, cuyos pensamientos coincidían extrañamente con los suyos, y la mujer enojosa que había interferido en sus planes, le había arruinado el traje con su estúpido perro y había cometido el delito imperdonable de verlo en desventaja.

–Ya era hora de que llegaras –le recriminó su padre.

–Lo siento. Surgió un problema que exigía de mi atención.

Amos gruñó.

–Mientras lo solventaras en tu beneficio...

–Por supuesto –dijo Darius–. He venido tan pronto como me ha sido posible. Y me alegra ver que tienes mejor aspecto.

–Porque me siento mejor. Aunque las mujeres de esta casa se niegan a creerme... Supongo que Freya habrá hablado contigo cuando ha ido a recogerte al aeropuerto.

–Bueno, he hecho unas cuantas preguntas y, como buena enfermera que es, ha contestado a todas.

–Ella no está aquí en calidad de enfermera, sino de hijastra.

–Si tú lo dices...

–¿Qué te parece?

–¿Freya? No la conozco lo suficiente, pero parece una buena chica.

–Ha devuelto la alegría a este lugar. Y es una cocinera excelente... bastante mejor que esa supuesta profesional a la que pago para que se encargue de la cocina –dijo–. La cena de esta noche es cosa suya. Seguro que te gusta.

Darius tardó poco en comprobar que la afirmación de su padre era correcta. Freya resultó ser una cocinera magnífica que, por otra parte, sabía animar el ambiente con bromas sarcásticas. Su sentido del humor le recordó otra vez a la chica de la playa. Pero Darius se dijo que, a diferencia de Harriet Connor, la hija de Janine no se dedicaba a invadir las propiedades de los demás con perros

peligrosos.

Tras los postres, su padre se levantó y lo llevó al despacho para que pudieran hablar a solas.

–¿Qué tal van los negocios? Supongo que no muy bien –dijo.

–Ni para mí ni para nadie –le recordó Darius–. Por si no te habías dado cuenta, hay una crisis global.

–Sí, una crisis que unos llevan mejor que otros. Si me hubieras escuchado y hubieras incluido una cláusula de escape en ese contrato que te ha causado tantos problemas, les podrías haber dicho que se metieran su denuncia por donde más les gustara.

–Pero son gente decente –protestó Darius–. Saben poco de negocios y...

–Precisamente –lo interrumpió–. No habrían notado lo de la cláusula hasta que hubiera sido tarde para ellos. Eres demasiado blando, Darius. Es tu talón de Aquiles.

Darius frunció el ceño. En el mundo de los negocios, tenía fama de ser cualquier cosa menos blando. La gente lo consideraba un hombre implacable, frío y hasta sediento de poder. Pero, a diferencia de su padre, jamás se aprovechaba de personas inocentes.

–Bueno, ya que estás aquí, te echaré una ma-no con tus problemas –continuó Amos–. Empezando por el más importante de todos, Morgan Rancing.

–Debes saber que...

–Me han llegado rumores sobre una isla del sur de Inglaterra que, al parecer, es de su propiedad. Dicen que intentará usarla para cubrir sus deudas. Si te la ofrece, recházala.

–Me temo que ya lo ha hecho. La isla de Herringdean ha pasado a ser mía.

Su padre lo miró con horror.

–¿Cómo? ¿Aceptaste esa isla a cambio de lo que te debe?

–No he tenido ocasión de aceptar nada. Rancing desapareció súbitamente y, poco después, recibí los documentos de la transferencia de la propiedad –respondió su hijo–. No está en casa y no contesta al teléfono. Nadie sabe dónde se ha metido... y si lo saben, se lo callan. Tendré que elegir entre quedarme con la isla o terminar con las manos vacías.

–Esa isla no merece la pena. Te dará más dolores de cabeza que otra cosa.

–Soy consciente de ello.

–Ah, veo que has investigado por tu cuenta…

–Un poco. Pero quiero volver e investigar algo más.

–¿Eso significa que tienes intención de quedártela?

–No lo sé. De momento, necesito un inversor que me inyecte dinero en efectivo y me ayude a salir adelante.

–Y has pensado en mí, claro.

–¿Cómo no? Tú mismo dices que has sobrevivido al hundimiento del mercado crediticio mejor que nadie.

–Y es verdad. Yo sé cómo tratar el dinero.

–Como a un preso que siempre se intenta fugar –ironizó Darius.

–Exacto. Por eso me mudé a Montecarlo.

Amos abrió el balcón que daba a la bahía y añadió:

–En cierta ocasión, permití que una periodista me entrevistara. Me hizo todo tipo de preguntas estúpidas. Quería saber si me había mudado a Montecarlo para evadir impuestos o por algún otro motivo… La llevé a este mismo balcón y me puse lírico con las vistas.

–Habría dado cualquier cosa por oírte –dijo Darius.

Amos sonrió.

–Sí, habrías estado orgulloso de mí. La muy tonta se lo tragó entero, palabra por palabra. Creyó realmente que el dinero no me importa y que vivo en Montecarlo por el paisaje. Es fantástico, ¿verdad? Y no contenta con eso, me dedicó una columna en la que afirmaba que soy un hombre encantador que adora la paz y la belleza.

–Bueno, hay personas que adoran la paz y la belleza…

–Personas absolutamente estúpidas. Y lamento descubrir que eres como ellos –declaró con firmeza–. Te has metido en un buen lío y ahora necesitas que te saque de él.

–Yo no me he metido en ningún lío. No tengo la culpa de que dos de las empresas que me debían dinero se declararan en bancarrota.

–Pero empeoraste tu situación al firmar un acuerdo de divorcio contrario a tus intereses.

–Lo firmé antes de la crisis, papá. Entonces, me lo podía permitir.

–¿Hasta el punto de quedarte sin margen de maniobra?

Olvidaste todas las lecciones que te enseñé. Y ahora vienes a pedirme ayuda.

–¿Es que no me vas a ayudar?

–Yo no he dicho eso –respondió–. Pero ya hablaremos más tarde.

Darius apretó los dientes.

–Quiero saberlo ahora. ¿Me vas a ayudar? ¿O no?

–No me presiones.

–No me queda otra opción. Tengo que actuar con rapidez.

–Está bien... Creo que conozco la solución a tu problema.

–¿La solución?

–Sí. Una mujer rica.

–¿De qué diablos estás hablando?

–De qué, no; de quién –puntualizó su padre–. Te hablo de Freya, mi hijastra. Quiero que forme parte de la familia. Quiero que sea mi nuera.

Darius lo miró con asombro. Freya ya le había advertido en el aeropuerto de que a Amos se le había metido una idea extraña en la cabeza y que alguien debía sacarlo de su error. La hija de Janine se negó a dar más explicaciones, y Darius no entendió a qué se refería. Pero ahora estaba claro.

–Piénsalo un momento –insistió Amos–. Os he observado durante la cena y he notado que te cae bien.

–Sí, me cae bien; tanto como para no someterla al horror de ese matrimonio, en el caso improbable de que me aceptara –replicó–. ¿Crees que vas a conseguir que me preste a esa farsa? Discúlpame, pero mi independencia es lo único que la crisis me ha dejado. Y no la voy a perder.

–En ese caso, tu independencia te saldrá cara –afirmó–. No acudas a mí cuando acabes en bancarrota.

Darius sonrió con frialdad.

–Recordaré lo que has dicho.

Unos segundos después, salió del despacho y cerró la puerta. La visita a su padre había terminado.

Capítulo 2

La tormenta que azotó Herringdean había sido especialmente fuerte, así que nadie se sorprendió cuando el servicio de salvamento marítimo recibió un S.O.S. y su barco se hizo a la mar.

Una pequeña multitud se reunió en el muelle para despedir a los tripulantes, y una bastante mayor los recibió varias horas después. Volvían con las víctimas de un naufragio, que llevaron inmediatamente a la orilla.

Tras quitarse el chaleco salvavidas, Harriet sacó el teléfono móvil y llamó a la vecina con la que había dejado al perro, para asegurarse de que estaba bien. Luego, terminó de redactar el informe y se alejó de allí en compañía de Walter y Simon, amigos y compañeros de tripulación.

–¿Con quién hablabas antes? Parecías preocupada... –dijo Walter.

–Con una vecina. Se ha quedado con mi perro –explicó–. Pero me ha prometido que estará a salvo con ella.

–¿A salvo? ¿Es que tu perro está en peligro? –preguntó Simon.

–Quién sabe. Tratándose de un hombre tan poderoso...

Walter arqueó una ceja.

–¿De quién estás hablando?

Harriet sacó el recorte de periódico que llevaba en el bolsillo y se lo dio. Walter lo leyó en voz alta.

–«El mundo económico está ansioso por saber si Darius Falcon, el famoso gigante de los negocios, podrá evitar el desastre que...» –Walter dejó de leer y la miró–. ¿Qué relación hay entre ese hombre y tu perro?

–Que ese hombre es el nuevo propietario de la isla. Por lo visto, Rancing tenía problemas económicos y se la vendió.

Simon maldijo en voz alta.

–Es indignante –dijo–. Venden nuestra isla y ni siquiera se molestan en informar a las personas que vivimos aquí.

–¿Qué se puede esperar de ese tipo de personas? –se preguntó

Harriet–. Si lo hubierais visto, tan arrogante y seguro de sí mismo...

–¿Es que has hablado con él? –se interesó Simon.

–Vino hace un par de días. Nos conocimos en la playa –explicó–. El perro le manchó el traje y él me amenazó con pasarme la factura de uno nuevo, además de prohibirme que volviera a la playa con Phantom. Esta noche lo he dejado en casa de mi vecina por miedo a que se escapara y le pasara algo malo.

–Oh, vamos, no puede ser capaz de hacer da-ño a un perro –dijo Walter.

–Si hubieras visto su cara, sabrías que es perfectamente capaz. Pero será mejor que me vaya. Se está haciendo tarde.

Harriet se alejó tan deprisa que los dejó preocupados.

–¿No crees que exagera un poco? Buscar un guardaespaldas para el perro es algo... melodramático –dijo Simon.

Walter suspiró.

–Está rara desde el año pasado, desde la muerte de su marido –observó–. Brad y ella eran la pareja perfecta. Y ahora no le queda nada salvo ese perro.

–Hum... –dijo Simon, pensativo–. No sé qué decir. Brad no me caía bien.

–No te caía bien porque estabas loco por Harriet.

–Como todos los hombres de la isla –le recordó–. Anda, vamos a tomar una copa.

Harriet salió del puerto y se dirigió a Ellarick tan deprisa como pudo. Ardía en deseos de volver al edificio que albergaba su pequeña tienda y su casa.

Ya estaba llegando a la puerta cuando la señora Bates, una mujer de mediana edad, abrió una de las ventanas del piso de arriba y la saludó. Era la vecina que se había quedado a cuidar de Phantom.

Harriet le devolvió el saludo y entró en la casa.

–¿Qué tal se ha portado? ¿Has tenido algún problema?

–No, ninguno –respondió la señora Bates.

–¿Te apetece un té?

Su vecina sacudió la cabeza y se marchó al cabo de unos momentos. Era una mujer perceptiva, y sabía que Harriet quería

quedarse a solas con Phantom. Aquel perro era lo único que se interponía entre ella y un profundo sentimiento de soledad.

–¿Qué te parece si salimos a dar un paseo? Llevas mucho tiempo en la casa y tienes que correr... Pero no podemos ir a la playa del ogro, Phantom. Nos lo ha prohibido.

Tras un paseo nocturno por las calles de la localidad, bajaron a la playa pública y se dedicaron a correr y a jugar un rato.

–Bueno, ya basta –dijo al final, agotada–. Sé que podrías correr toda la noche, pero yo no puedo más.

Se sentó en la arena y se tumbó. El perro se acomodó a su lado y la miró con sus grandes ojos mientras ella lo acariciaba.

–¿Cómo es posible que no le caigas bien a ese tipo? Eres el perro más cariñoso del mundo. Además, le hiciste el honor de tirarlo al suelo y mancharle el traje... un honor que reservas a los hombres que llevan trajes caros –ironizó–. Como me pase la factura, vas a estar a pan y agua durante mucho tiempo. Como yo misma.

El perro ladró.

–Y pensar que me cayó bien cuando lo vi... Parecía un hombre decente. Miraba el paisaje como si se sintiera en el paraíso. Pero cambió de actitud cuando lo reconocí. Y luego, se portó tan mal contigo que...

Harriet se incorporó y abrazó al animal.

–Ten cuidado, Phantom. Si te pasara algo, no lo podría soportar.

Harriet apretó la cabeza contra su cuerpo. Phantom soltó un gemido, pero no se movió. Conocía a su dueña y sabía lo que debía hacer en esos casos: quedarse muy quieto y limitarse a ofrecerle su calor y su compañía.

–Mis amigos creen que estoy algo paranoica con tu seguridad. Pero eres lo único que tengo... todo el amor y toda la felicidad que hay en mi vida. –Harriet soltó una carcajada y lo sacudió un poco–. Sí, pensándolo bien, es posible que esté paranoica. Venga, volvamos a casa. Te daré algo especial de comer.

Salieron de la playa y ascendieron por la pequeña pendiente que llevaba a las calles de la localidad.

Entonces, Harriet se detuvo. A lo lejos, bajo la luz de la luna, pudo ver la mansión que había pertenecido a Rancing y que ahora pertenecía al ogro, a Darius Falcon. Tenía el altisonante nombre de Giant's Beacon, el faro del gigante, que resultaba especialmente

inapropiado para una estructura tan destartalada.

Y en su interior, había luz.

–Oh, no... Falcon está allí –dijo–. Volvamos a casa. Rápido.

Salieron corriendo a toda prisa. Y en cuanto llegaron a casa, Harriet cerró la puerta y echó el cerrojo.

La noticia de la llegada de Darius se extendió por la isla en cuestión de horas. Y todos los ojos del pub de Ellarick se volvieron aquella noche hacia Kate, la mujer que cuidaba de la vieja mansión.

–Deberíais ver sus ordenadores... tiene docenas. Uno para esto, otro para aquello y hasta un sistema de videoconferencias que le permite hablar con personas que están al otro lado del mundo. Parece cosa de magia. Pulsa unas teclas y aparecen en la pantalla.

Los clientes del pub sonrieron. Kate no estaba precisamente al tanto de las nuevas tecnologías, así que los sistemas de comunicación digitales le parecían cosa de magia. Ni siquiera sospechaba que, tras su apariencia tradicional y anticuada, Herringdean era un lugar tan moderno como cualquier otro.

En cambio, Darius estaba más que familiarizado con el mundo digital. Y tras instalar los ordenadores que le permitían dirigir sus empresas desde cualquier parte, empezó a investigar su nueva adquisición con la esperanza de sacarle provecho.

Descubrió que Herringdean era más grande de lo que había pensado. Tenía algo menos de doscientos kilómetros cuadrados y una población de ciento veinte mil personas. La isla vivía del turismo, de la pesca y de pequeñas industrias como la construcción de barcos y la producción de cerveza. Además, Ellarick era una localidad floreciente que disponía de un puerto donde se organizaba una regata anual.

Pero en Ellarick había algo más importante para sus intereses: un viejo contable que se llamaba James Henly y que había llevado los negocios de Rancing. Cuando Darius habló con él, se llevó la grata sorpresa de que su propiedad generaba mucho dinero por pago de alquileres y la no tan grata de que, una vez más, había sido víctima de las malas artes de su acreedor.

–El señor Rancing convenció a algunos de sus inquilinos más importantes, como las fábricas cerveceras, de que le pagaran varios

meses de alquiler por adelantado –explicó Henly–. Por lo visto, los convenció de que esa fórmula tenía ventajas impositivas…

–¿Y usted lo aprobó?

–Yo no sabía nada. Aprovechó la circunstancia de que yo estaba de viaje para hablar con ellos; y cuando volví, ya era demasiado tarde. Se guardó el dinero y desapareció. Fue como si se lo hubiera tragado la tierra.

–Así que no me pagarán alquileres hasta dentro de unos meses…

–Me temo que no –dijo el contable–. Pero supongo que lo podría llevar a juicio. A fin de cuentas, le había vendido la isla a usted y, técnicamente, el dinero que se llevó es suyo.

Por el tono de voz de Henly, Darius supo que no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de solventar el asunto en los tribunales. Y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma.

–¿De cuánto dinero estamos hablando?

Henly le dio los libros de contabilidad para que lo comprobara él mismo. Era mucho más de lo que había imaginado; pero, a pesar de ello, fingió que no le importaba. No quería dar la impresión de que necesitaba el dinero.

–Bueno, qué se le va a hacer –comentó con indiferencia–. La temporada turística acaba de empezar… no dejaré que un detalle sin importancia me amargue el día.

El contable se quedó asombrado con el hecho de que una suma tan elevada le pareciera un detalle sin importancia. Incluso pensó que los rumores sobre su ruina inminente debían de ser infundados.

–Dígame una cosa –continuó Darius–. ¿Le ha dejado dinero a deber?

–Lamentablemente, sí.

–Bueno, envíeme la factura y la pagaré yo. Eso es todo de momento.

Durante varios días, Darius se quedó en casa y se dedicó a cerrar acuerdos y establecer contactos con empresas de medio mundo; comía lo que Kate le llevaba y no apartaba la vista del ordenador. El día y la noche dejaron de existir. Si quería librarse de la ruina, tenía que trabajar muy duro.

Una tarde, se dejó llevar por un impulso y buscó la dirección de Harriet Connor en la guía telefónica. Vivía en la calle Bayton, en el centro de Ellarick. Pero se preguntó por qué diablos la había

buscado y olvidó el asunto hasta que, poco después, se subió al coche y condujo hasta la localidad con la intención de dar un paseo.

La suerte, o quizás su inconsciente, lo llevó a la calle Bayton. Era una zona turística, de tiendas caras y hoteles aún más caros. El establecimiento de Harriet se encontraba en una esquina y, como la puerta estaba abierta, Darius no se pudo resistir a la tentación de mirar.

En ese momento, Harriet estaba hablando con un niño que se había aferrado a la maqueta de un velero como si fuera el objeto más precioso del mundo. De repente, el niño se giró hacia su madre y dijo:

–Por favor, mamá, por favor...

Su madre sacudió la cabeza.

–No, cariño, es demasiado caro.

Harriet frunció el ceño.

–Si le interesa, le puedo hacer un descuento –dijo.

–¿Un descuento?

Harriet tachó el precio de la etiqueta y escribió otro, mucho más bajo. La madre del pequeño la miró con sorpresa.

–Es un descuento muy generoso... ¿Está segura?

–Por supuesto que sí. Ese barco merece estar con alguien que lo aprecie de verdad.

Darius se apartó de la puerta cuando la mujer pagó la maqueta y salió de la tienda con su hijo. No quería que Harriet supiera que había sido testigo de la escena. Su instinto le decía que no se habría alegrado de que hubiera visto su faceta más amable. De hecho, él tampoco se alegraba; puestos a elegir, habría preferido creer que no la tenía.

Volvió al coche, arrancó y se marchó.

La noche siguiente, salió a pasear otra vez. Sus pasos lo llevaron al puerto y a un bar que, desgraciadamente, estaba demasiado lleno.

–Siéntese fuera –dijo el camarero–. Hay mucho sitio.

El camarero lo llevó al jardín, donde había varias mesas; en una de las pocas que estaban ocupadas, vio a dos mujeres y cuatro hombres que charlaban y reían.

–Son los del servicio de salvamento marítimo –explicó el camarero–. Su sede está cerca de aquí. Suelen venir a relajarse

después de trabajar.

Darius se sentó y pidió una copa sin prestarles demasiada atención; especialmente, porque su mesa estaba semioculta tras unas plantas y no los veía bien. Pero al cambiar de posición, reconoció a una de las mujeres.

Era ella. El hada mala de la playa. O quizás, el hada buena. Aún no lo tenía muy claro.

Justo entonces, uno de los hombres le puso una mano en el hombro.

–Harry, eres un fraude –dijo.

–Claro que soy un fraude, Walter –replicó, sonriendo–. Es muy divertido.

Darius maldijo su suerte. ¿Es que no podía escapar de aquella mujer? ¿Por qué tenía la manía de aparecer cada vez que quería estar tranquilo? Y sobre todo, ¿por qué llevaba una camisa del servicio de salvamento marítimo?

Phantom estaba descansando a los pies de su dueña, así que Darius aprovechó la ocasión para observarlo con detenimiento. Era un perro mestizo; una mezcla de pastor alemán y San Bernardo. En otras circunstancias, le habría parecido un animal precioso; pero no podía olvidar que le había tirado el suelo y manchado el traje.

–Bueno, ¿qué piensas hacer con ese tipo que se cree el dueño de la isla? –preguntó Walter.

Harriet suspiró.

–No se cree el dueño; es el dueño –dijo–. Y no hay nada que podamos hacer al respecto. Tendremos que acostumbrarnos.

Un gemido se extendió por la mesa.

–Al parecer, gasta dinero como si le sobrara –añadió otro–. Pero, según los periódicos, es un pobretón.

–Menuda tontería –estalló Harriet–. La pobreza de Darius Falcon está a años luz de la pobreza de verdad.

Darius se alegró de que las plantas ocultaran su presencia al grupo. Si no hubieran estado, habrían visto su expresión de rabia.

–Seguro que es un farol –continuó ella–. Va por ahí comprando islas porque necesita dar la impresión de que se lo puede permitir. Ese hombre es un fraude.

–Veo que la has tomado con él... –intervino la otra mujer–. ¡Y solo porque se enfadó con Phantom después de que le estropeara el

traje! Sabes que adoro a tu perro, pero es lógico que ese tipo se enfadara.

Harriet sacudió la cabeza.

–No es solo por eso. Cuando lo vi en la playa, estaba con la cabeza echada hacia atrás, disfrutando del sol.

–¿Y qué? –dijo Walter–. Tomar el sol no es un delito.

–No. De hecho, me cayó bien... pensé que estaba disfrutando de la naturaleza y de las vistas. Pero luego me di cuenta de que no era la pose de un hombre normal, sino la de un rey que había ido a tomar posesión de sus tierras. Para Darius Falcon, la isla solo es un objeto.

–¿Te lo dijo él?

–No fue necesario. Estaba escrito en su expresión. Ahora es el jefe y espera obediencia ciega de los demás.

–Pues tiene un buen problema contigo –ironizó Walter–. Yo fui la última persona que intentó darte órdenes, y lo lamenté amargamente.

Todos rieron. Alguien hizo un chiste a costa de Darius; y al primer chiste, se sumaron otros. Los amigos de Harriet no podían saber que la víctima de sus chanzas se encontraba a pocos metros, tan desconcertado como dolido. Estaba acostumbrado a gozar del respeto y a veces del miedo de los demás, pero nunca, hasta esa noche, había sido objeto de escarnio.

–Tengo una idea, Harry. Si alguna vez sale a navegar y tiene un problema, no lo rescates. Que se quede allí, en mitad del océano... –dijo Walter con humor–. Le harás un favor al mundo.

Entre las risas posteriores, Harriet alzó su copa y dijo:

–Buena idea. Lo recordaré.

Darius decidió que ya estaba harto. Había llegado el momento de darles una lección.

Se levantó, caminó hasta su mesa y se quedó de pie, mirando a Harriet con ironía hasta que todos fueron conscientes de su presencia.

–Oh, no... –dijo Harriet, avergonzada.

–Me he acercado para que me veas bien, Harriet –declaró Darius–. Así te acordarás de mi cara. Y cuando me abandones en el mar, no me confundirás con otro.

Darius tenía intención de darse la vuelta y marcharse sin decir

nada más, pero Phantom tuvo que destrozar sus planes. Al reconocer a su amigo de la playa, se levantó y empezó a ladrar con entusiasmo.

–¡Phantom! ¡No! –protestó su dueña.

–Déjalo, Harriet. –Darius acarició a Phantom–. Buen perro... eres un buen perro.

Su tono relajado y amable desconcertó a los amigos de Harriet, que fruncieron el ceño y la miraron como esperando una explicación, porque aquel hombre no se parecía nada al ogro que les había descrito.

Darius se alejó, pagó su copa al camarero y salió del local. Un segundo después, oyó pasos a su espalda. Era ella.

–Lo de abandonarte en el mar era una broma. No abandonaría a ninguna persona.

–A una persona, no. Pero yo soy un monstruo, ¿verdad?

–Bueno...

–No te preocupes, Harriet. Dudo que llegue a necesitar de tus servicios.

Ella se cruzó de brazos.

–Espero que tengas razón. Con la vida, nunca se sabe.

Darius le puso una mano en la barbilla y se la levantó un poco mientras la miraba a los ojos. Harriet tuvo que hacer un esfuerzo para resistirse a la tentación de empujarlo. Sabía que Darius lo habría encontrado divertido y que, además, la habría inmovilizado con suma facilidad, así que se quedó quieta y mantuvo la calma.

Sin embargo, la intensidad de su sonrisa y el brillo de sus ojos la desarmaron por completo. No esperaba sentir el súbito y desconcertante deseo de besarlo.

–Hum... Sí, creo que yo también me acordaré de tu cara, Harriet. Si hago un esfuerzo, claro.

–¡Cómo te atreves...! –bramó ella.

Darius la soltó y se marchó sin mirar atrás. No necesitaba mirar para saber que sus ojos se habían clavado en él como puñales.

Al llegar a Giant's Beacon, se sentó en la oscuridad de su habitación con una copa y reflexionó sobre la tristeza que sentía. No se debía a la hostilidad de Harriet y sus amigos, porque estaba acostumbrado a la hostilidad; ni era consecuencia de que se hubieran burlado de él, aunque le había molestado.

Suspiró y, con el suspiro, llegó la respuesta.

Estaba triste por la descripción de Harriet sobre su primer encuentro. Les había dicho que al principio le había caído bien y que luego se había dado cuenta de se comportaba como un rey dispuesto a tomar posesión de sus tierras; como una especie de conquistador severo, insensible y arrogante.

Pero Darius era consciente de que él mismo había elegido esa imagen. Durante años, había cultivado una máscara de hombre frío, astuto e imperturbable que cambiaba por otra máscara de encanto cuando le convenía. Era una habilidad que había heredado de su padre, un maestro de la manipulación.

Solo había una persona que conociera su faceta cariñosa y apasionada: la mujer con la que había estado casado doce años, hasta que lo dejó y se marchó con otro.

De repente, dejó la copa a un lado y marcó el número de su ex, que vivía en Londres.

–¿Mary?

–¿Se puede saber por qué llamas a estas horas? Estaba a punto de acostarme.

–Supongo que estás con él, ¿verdad?

–Eso no es asunto tuyo. Te recuerdo que nos divorciamos.

–¿Y Mark y Frankie? ¿Están ahí?

–Sí, pero se han dormido y no los voy a despertar. ¿Por qué no llamas de día? Solo tendrías que hacer un hueco en tu apretada agenda –ironizó–. Nunca me ha gustado que los llames cuando ya has terminado con todo lo demás. Y a ellos tampoco les gusta.

–Diles que los llamaré mañana.

–No. Mañana estaremos fuera. Vamos de excursión familiar.

–¿Familiar? Oh, vamos, ese tipo no es familia de...

–Ese tipo se llama Ken –lo interrumpió–. Y por supuesto que es su familia. Cuando nos casemos, será el padre de Mark y Frankie.

–¡Ni en un millón de años! –protestó–. Los llamaré mañana por la tarde, a última hora.

Darius colgó el teléfono y apretó los puños. Mary había sido una buena esposa y una buena madre, pero jamás había entendido las exigencias de su trabajo. Y ahora, si no se andaba con cuidado, era capaz de negarle el acceso a sus hijos.

Sacudió la cabeza y sus pensamientos volvieron una vez más a

Harriet. Aunque no era una mujer bella en un sentido clásico del término, tenía unos ojos preciosos y una piel muy suave, como había tenido ocasión de comprobar cuando le tocó la barbilla.

Darius vivía en un mundo duro, lleno de enemigos y de competidores que se alegraban disimuladamente de sus desgracias. Pero la enemistad de aquella mujer le resultaba refrescante; era directa, sin tapujos. Y aquella noche, le había dado una buena lección.

Alcanzó su copa, echó un trago y siguió pensando durante unos minutos, con la mirada perdida en la oscuridad.

Luego, se fue a la cama.

Capítulo 3

Harriet se enorgullecía de su sentido común. Lo necesitaba con todas sus fuerzas. Era lo único que la había salvado de caer en la desesperación durante los peores momentos de su pasado reciente.

E incluso ahora, cuando perdía la esperanza, se aferraba a esa parte de su ser. No servía como antídoto de la tristeza, pero la ayudaba a seguir adelante.

Sabía que muchas personas la habían envidiado durante su matrimonio. Se había casado a los dieciocho años con un joven asombrosamente atractivo y habían mantenido una relación aparentemente magnífica hasta que falleció, ocho años después. Para esas personas, Brad y ella habían sido la quintaesencia de la felicidad.

–Son la pareja perfecta –decían.

Pero la realidad era muy diferente. Brad trabajaba en la industria del turismo y aprovechaba sus frecuentes viajes para acostarse con otras mujeres. Harriet lo sabía porque él mismo se lo había confesado. Y lejos de arrepentirse por ello, esperaba que lo comprendiera.

Durante mucho tiempo, se engañó pensando que su esposo cambiaría y se dedicó a poner buena cara a los demás, que no sospechaban nada en absoluto. Luego, él la abandonó y se mató en un accidente de coche antes de que firmaran los papeles del divorcio, así que la gente seguía creyendo en el mito de su extraordinaria relación.

Nadie sabía la verdad; nadie imaginaba que había perdido la esperanza y la alegría, ni sospechaba que Phantom había sido su único apoyo durante las muchas ausencias de su marido. Y Harriet no quería que se supiera.

Al pensar en su querido perro, decidió salir de la casa y dirigirse a la vieja mansión. Tenía que hacer el intento de mejorar sus relaciones con Darius Falcon, aunque solo fuera por el bien de su mascota.

–Es posible que esté paranoica –se dijo en voz alta–. No creo que tenga intención de hacerle daño, pero es un hombre muy poderoso y no me puedo arriesgar.

Al llegar a Giant's Beacon, vio que uno de los balcones estaba abierto. Y del interior de la casa llegó el sonido de una voz.

–Muy bien. Llámame cuando sepas algo. Adiós.

Harriet se acercó a la entrada con intención de llamar, pero se detuvo al oír otra vez la voz de Darius.

–Sé que me has estado evitando. ¿Creías que me iba a rendir? –bramó–. Tus intenciones son demasiado evidentes.

El tono de Darius era tan brusco que Harriet se quedó helada.

–Ya es tarde para eso. He tomado las medidas oportunas y no las podría cambiar aunque quisiera. Dile a tu amigo que si me vuelve a traicionar otra vez, se arrepentirá... ¿Cómo? Sí, eso es exactamente lo que pretendo decir. No tendré piedad.

Harriet retrocedió poco a poco y se alejó de la mansión, convencida de que hablar con Darius no serviría de nada. Era un hombre implacable.

–No tendré piedad –repitió Darius.

Aquella frase se había convertido en una especie de mantra, que repetía obsesivamente para defenderse de personas que no habían tenido ninguna piedad con él.

Colgó el teléfono y se recostó en el sillón, esperando que sus palabras surtieran el efecto deseado. En otra época, no habría tenido la menor duda al respecto; pero había perdido gran parte de su poder y temía que sus amenazas cayeran en saco roto. La gente que antes se desvivía por satisfacerlo, ahora se encogía de hombros y le daba la espalda.

Era una situación difícil, aunque no le preocupaba tanto como su familia. Sabía que se había alejado demasiado de sus hijos por culpa del trabajo. Durante mucho tiempo, se había intentado convencer de que trabajaba día y noche para asegurar su futuro y que su vida fuera más fácil; pero Mary lo negaba.

–Eso es una excusa para dejarlos en segundo lugar –le había dicho en cierta ocasión–. Dices que el dinero es para ellos, pero tus hijos no necesitan una fortuna; necesitan un padre que esté a su

lado.

Darius había sacrificado muchas cosas por el éxito económico, que ahora se desvanecía. Estaba atrapado, y no tenía más opción que seguir adelante hasta cosechar un fracaso absoluto o recuperar su poder, pero a un precio excesivo.

Se frotó los ojos y encendió la radio para oír las noticias locales. Estaban hablando de energía eólica; por lo visto, habían surgido problemas con la instalación de un parque de aerogeneradores en la isla.

Se levantó, bajó por la escalera y buscó a Ka-te.

–¿Qué sabes de los aerogeneradores?

–No mucho, la verdad... Solo sé que empezaron a instalarlos hace poco, en el canal. Por suerte, estarán mar adentro y no destrozarán las vistas.

Darius sacó un mapa de la isla y dijo:

–¿Me puedes señalar el lugar?

–Por supuesto.

El parque eólico estaba situado a unas ocho millas náuticas de la costa, lejos de las aguas que pertenecían a Herringdean. Eso significaba que no ganaría nada con su construcción; incluso podía perder si empeoraba la imagen de la isla y alejaba a posibles compradores.

–¿Ya han empezado a instalar las turbinas?

–Tengo entendido que sí.

Darius gimió. Morgan Rancing le había tendido una trampa mayor de lo que imaginaba al principio.

–¿Quieres que prepare la cena? –preguntó Ka-te.

–Por mí, no; gracias. Tengo que salir.

Aún no había anochecido, de modo que salió de la casa con intención de ver las turbinas y decidir si podían ser un problema.

La propiedad tenía una motora que estaba anclada en un pequeño muelle. Darius subió a la embarcación, miró el indicador para asegurarse de que tenía combustible suficiente y pulsó el encendido del motor sin demasiadas esperanzas, pensando que fallaría. Sin embargo, el motor arrancó al instante.

Antes de ponerse en marcha, echó un vistazo a su alrededor para intentar localizar un chaleco salvavidas. Como no había ninguno, se encogió de hombros y olvidó el asunto.

Al salir de la caleta donde estaba el muelle, giró el timón para dirigirse al parque eólico. Minutos después, una docena de turbinas de setenta metros de altura apareció en el horizonte; y a medida que se acercaba, distinguió las siluetas de los buques mercantes que llevaban los equipos necesarios para su instalación.

Darius pensó que el parque eólico sería una bendición para las necesidades eléctricas de la isla, pero también pensó que era un atentado contra el paisaje.

Poco después, la suave brisa marina se transformó en un viento cada vez más fuerte y Darius supo que había llegado el momento de regresar. Las olas empezaban a ser una amenaza para la pequeña embarcación y, por si eso fuera poco, estaba anocheciendo.

Cuando el motor se detuvo, supo que había cometido uno de los peores errores de su vida. Intentó arrancarlo de nuevo; pero, tras varios intentos inútiles, se dio cuenta de que se había quedado sin combustible. Por lo visto, el indicador estaba estropeado.

Por mucho que le molestara, no tenía más remedio que llamar a Kate y pedirle que se pusiera en contacto con el servicio de salvamento marítimo.

Ya podía imaginar las carcajadas de Harriet Connor cuando sacó el teléfono móvil. Justo entonces, una ola especialmente grande golpeó la motora. El teléfono se le escapó de las manos y, al intentar agarrarlo, cayó al mar.

No pudo hacer nada. Intentó volver a la motora, pero las olas la arrastraban cada vez más lejos. Y el agua estaba tan fría que se empezó a quedar agarrotado.

El tiempo pasó lentamente en aquella oscuridad absoluta, apenas rota por la luz de la luna y de las estrellas. Darius pensó que moriría ahogado o de hipotermia y se acordó de sus hijos. Había prometido que los llamaría esa noche; pero, en lugar de recibir su llamada, recibirían una notificación de su fallecimiento.

Si hubiera tenido fuerzas, habría llorado. Repasó su vida paso a paso y se lamentó por algunas de las cosas que había hecho y por todas las que ya no podría hacer.

Durante unos segundos, consideró la posibilidad de dejar de nadar y rendirse a lo inevitable. Pero Darius Falcon no se rendía; tenía que luchar hasta el final, por muy duro que fuera, aunque no hubiera esperanza.

Ya empezaba a perder la consciencia cuando vio una luz a lo lejos. Era tan vaga que lo desestimó como un producto de su imaginación hasta que le cegó los ojos y oyó un grito a poca distancia.

–¡Está allí!

Los minutos siguientes fueron un torbellino. Las olas lo azotaban y amenazaban con arrastrarlo al fondo cuando dos personas saltaron al agua y lo subieron con bastantes dificultades a la embarcación.

–Ya lo tengo –dijo uno–. Ya lo puedes soltar, Harry.

–No, nada de eso... este es mío.

Darius reconoció la voz de la mujer. Era Harriet Falcon.

–Tú... –acertó a decir.

Harriet se inclinó sobre él.

–¿Estabas solo? ¿Había alguien contigo?

–No, no había nadie...

–Muy bien. En ese caso, volveremos al muelle. Una ambulancia te llevará al hospital –le informó.

–No, tengo que ir a casa...

–No estás en condiciones de ir a casa.

–Pero mis hijos están esperando que los llame... –Darius se aferró al chaleco de Harriet–. Déjame tu teléfono, por favor. He perdido el mío.

–No lo tengo aquí.

–Entonces, los llamaré desde casa.

–No es necesario, Darius. Estoy segura de que en el hospital habrá...

–No quiero ir al hospital –insistió.

–¿Sabes que eres muy obstinado?

–Sí, bueno... si te molesta tanto, deberías haberme dejado en el mar. Te recuerdo que me amenazaste con dejarme en él si alguna vez te necesitaba.

Darius empezó a toser. Harriet y Walter lo tumbaron en una camilla, lo taparon con una manta y permanecieron a su lado durante todo el trayecto, mientras él hacía esfuerzos sobrehumanos por mantenerse consciente.

Al llegar a la orilla, Darius volvió a insistir.

–No voy a ir al hospital. Me voy a casa.

Ella suspiró.

–Está bien, pero te llevaré. Walter, ¿podrías...?

–Sí, no te preocupes. Me encargaré del papeleo.

Darius ya estaba a punto de decir que no necesitaba la ayuda de nadie cuando recordó que su coche estaba a dos kilómetros de distancia y se lo pensó mejor. Además, no tenía fuerzas para enfrentarse a una mujer con tanto carácter como Harriet.

Cuando subieron al coche, cerró los ojos un momento y preguntó en voz baja:

–¿Cómo me habéis encontrado? Pensé que iba a morir.

–Kate nos avisó. Dijo que un hombre que estaba en la playa te había visto salir con la motora y se acordó que habíais estado hablando del parque eólico. Como no volvías, se empezó a preocupar y te llamó al móvil; pero estaba fuera de servicio, así que se puso en contacto con nosotros.

–Comprendo.

Kate los estaba esperando en la puerta cuando llegaron. Darius hizo un esfuerzo y logró mantenerse en pie el tiempo suficiente como para darle un abrazo.

–Gracias, Kate. Me has salvado la vida.

–Anda, vamos a casa. Estarás helado.

Cuando entraron en el edificio, Darius hizo ademán de alcanzar el teléfono; pero Harriet intentó disuadirlo..

–Primero tienes que cambiarte de ropa. Está empapada.

–No, antes tengo que llamar a mis hijos.

Darius alcanzó el teléfono y marcó el número.

–¿Mary? Sí, sé que es tarde, pero ha pasado una cosa que...

Harriet estaba tan cerca de él que oyó las palabras de Mary, pronunciadas con rencor.

–Siempre pasa algo. Los niños se han acostado llorando porque les habías prometido que los llamarías. Pero ya basta. Esto termina aquí.

–Mary, escúchame...

–Adiós, Darius. No voy a dejar que les hagas daño.

–No cuelgues, Mary, no...

Harriet no lo pudo soportar. Le quitó el teléfono a Darius y se puso al aparato.

–¿Señora Falcon? Le ruego que me escuche un momento.

–Ah, tú debes de ser su nueva novia…

–No soy su novia, señora; soy miembro del servicio de rescate marítimo que le acaba de salvar la vida.

–Oh, vamos –ironizó–. ¿Pretendes que me crea eso?

Harriet estalló.

–Si, espero que me crea, porque es cierto –dijo con brusquedad–. Hemos llegado a la costa hace unos minutos. Tiene suerte de que el señor Falcon no haya acabado en el fondo del mar.

Harriet le pasó el teléfono a Darius y le ordenó:

–Díselo tú.

–¿Mary? ¿Sigues ahí?

–Sí.

–Lo que ha dicho es cierto.

Mary guardó silencio. Se había quedado helada.

–Deja que hable con ellos, por favor…

Su exmujer terminó por ceder y le permitió que hablara con sus hijos. Harriet lo dejó a solas y se fue a la cocina, donde Kate le sirvió un té.

–Caerá enfermo si no se cambia pronto de ropa –observó Kate.

–Entonces, tendrás que ser firme con él.

–Tan firme como tú –dijo con admiración–. Lo has arrollado como si fueras un tren.

–Se enfadará conmigo, aunque no me importa.

–Mientras esté a salvo…

Harriet la miró con curiosidad.

–Cualquiera diría que le tienes cariño. Pero debe de ser un hombre difícil.

Kate se encogió de hombros.

–No tanto como Rancing. Ese canalla desapareció de la noche a la mañana y ni siquiera me pagó lo que me debía.

–¿Que no te pagó? –preguntó con sorpresa–. ¿Y de qué has estado viviendo?

–De lo poco que tenía ahorrado –respondió–. Cuando el señor Falcon apareció en la casa, no me quedaba nada. Pensé que me echaría y que contrataría a otra persona, pero permitió que me quedara y me pagó todo lo que Rancing me había dejado a deber.

–¿Te pagó? Pero si él no…

–Lo sé. Él no tenía la culpa –la interrumpió–. No puedes

imaginar la sorpresa que me llevé cuando me dio el dinero, en metálico.

Harriet miró a Kate con desconcierto. Había decidido creer que Darius Falcon era un villano, pero las palabras de su amiga lo ponían en duda.

–¿Por qué no se lo dijiste a nadie?

–Porque me pidió que no lo dijera. De hecho, se molestaría si supiera que te lo he contado. Guárdalo en secreto, por favor.

–Por supuesto. Pero no estoy muy convencida.

–Darius dijo que no lo estarías.

–¿Cómo?

–Bueno, no lo dijo entonces... me lo dijo anoche, cuando le estaba preparando la cena. Le pregunté si se lo podía contar a alguien más y se negó antes de añadir que tú eras la última persona del mundo que se debía enterar. Piensa que le crees una especie de diablo y no quiere arruinar la diversión.

Harriet guardó silencio durante unos segundos. Por lo visto, Darius Falcon había adivinado sus pensamientos a la perfección. Y no sabía si encontrarlo alarmante o excitante. Solo sabía que se había equivocado con él.

–Pero si la gente supiera que es un hombre generoso...

–Quizás no quiera que lo sepan.

Harriet asintió.

–Sí, claro.

Las dos mujeres dejaron la conversación para otro momento y volvieron al vestíbulo para ver si Darius había terminado de hablar con sus hijos. Lo encontraron apoyado en la pared. Parecía agotado.

–Hora de acostarse –dijo Kate–. ¿Te ayudamos a subir?

–No es necesario.

Darius subió los escalones con dificultad, pero sin aceptar su ayuda en ningún momento. Al llegar a su dormitorio, se sentó en la cama.

–Ya os podéis ir. Me las arreglaré.

–No tienes fuerzas –declaró Harriet–. Si te dejamos solo, te tumbarás en la cama con la ropa mojada y terminarás con una pulmonía.

–Mira, Harriet...

–Cállate y escucha. No te he sacado del mar para que te mueras

ahora por una tontería. Te vas a quitar esa ropa y te vas a poner algo seco.

Darius cerró los ojos. Harriet tuvo miedo de que se desmayara, pero los volvió a abrir y, para su sorpresa, sonrió.

–Está bien. Me pongo en vuestras manos.

Con un esfuerzo, se puso en pie, se quitó la camisa y se desabrochó los pantalones, que terminaron en el suelo. Kate sacó unas toallas y, con la ayuda de Harriet, lo secaron bien. Ya se había puesto un albornoz cuando se inclinó para quitarse los calzoncillos y la prenda se le abrió un poco.

Harriet apartó la mirada, pero no antes de atisbar su desnudez.

Darius Falcon era un hombre magnífico. Con un cuerpo a la altura de su reputación en los negocios.

–¿No tienes pijama? –preguntó, intentando disimular su incomodidad.

Darius arqueó una ceja.

–No. Prefiero dormir desnudo; es más cómodo –respondió él–. ¿No te parece?

Harriet lo maldijo para sus adentros. Le parecía increíble que estuviera coqueteando con ella en ese momento.

–Iré a prepararte un té. Cuando vuelva, espero que estés en la cama.

–Sí, sargento –bromeó.

Harriet ya estaba saliendo de la habitación cuando él la llamó por su nombre y dijo:

–Gracias.

–De nada.

Bajó las escaleras a toda prisa y se dirigió a la cocina, donde preparó el té. Kate apareció momentos más tarde.

–¿Quieres que se lo suba yo?

Harriet decidió aceptar el ofrecimiento. Ardía en deseos de volver a casa y de escapar de aquel hombre tan desconcertante.

–Sí, por favor.

En cuanto llegó a su domicilio, se metió en la cama y dejó que Phantom se tumbara a los pies. Estaba agotada.

–Ha sido una noche extraña... Parece que nos habíamos equivocado con Darius, Phantom. Aunque, ahora que lo pienso, soy yo quien se ha equivocado... a ti te cayó bien desde el principio –le

dijo al perro–. Y menudo cuerpo que tiene. Es un hombre verdaderamente magnífico.

Harriet sacudió la cabeza y añadió:

–Bueno, mañana será otro día. Si te portas bien, te daré un desayuno especial... Y ahora, apártate un poco y déjame dormir.

Capítulo 4

Harriet pasó la mañana en la tienda. El negocio iba bien, así que había contratado a una chica para que la ayudara; un hecho del que se alegró especialmente cuando Kate llamó por teléfono y dijo:

–Darius me está volviendo loca.

–Qué sorpresa...

–Se ha acatarrado, pero insiste en levantarse. Dice que quiere ir a comprarse otro móvil. Ha comprado uno bueno por Internet, pero tardará un par de días en llegar y necesita algo para ir tirando hasta entonces –le explicó–. Además, está empeñado en verte.

–Está bien... iré enseguida. Pero no permitas que se levante de la cama. Si es necesario, átalo –dijo.

Darius dijo algo que Harriet no pudo entender. Por lo visto, estaba escuchando la conversación.

–¿Qué ha dicho?

–Que prefiere que lo ates tú.

Antes de salir, Harriet abrió un cajón y se quedó mirando un objeto que llevaba mucho tiempo allí. Luego, tras unas cuantas dudas, se lo guardó en el bolsillo, salió de la casa y se subió al coche. Llegó a la mansión unos minutos después.

Kate la estaba esperando en la puerta.

–Gracias por venir...

–¿Es ella, Kate? –se oyó la voz de Darius.

–¡Ya voy! –exclamó Harriet.

Como ya imaginaba, Kate no había conseguido que Darius se quedara en el dormitorio. Estaba en el despacho de la mansión, sentado a la mesa entre un montón de ordenadores y dispositivos electrónicos.

–No te acerques. Estoy lleno de gérmenes –le advirtió.

–Deberías estar en la cama.

–No puedo. Tengo demasiadas cosas que hacer. Además, necesito salir a comprar un teléfono.

–Ni lo sueñes. En la calle hace demasiado frío.

–¿Siempre hace un tiempo tan terrible en ma-yo?

–Bueno, nuestro clima puede ser algo temperamental, por así decirlo –respondió Harriet–. Pero mejorará pronto y la isla se llenará de turistas.

–De todas formas, necesito ese teléfono. Tengo que hacer un montón de llamadas.

–¿Y por qué no usas el de la casa? Anoche lo usaste para llamar a tus hijos...

–Porque no funciona bien. Parece que hay algún problema con la línea.

Harriet asintió.

–Sí, me temo que eso también es típico de Herringdean –Harriet se metió una mano en el bolsillo y sacó el objeto que le había llevado–. Toma, usa este.

–¿Me prestas tu móvil?

–No es mío. Perteneció a mi marido.

Él lo alcanzó y, por primera vez, cayó en la cuenta de que llevaba anillo de casada.

–¿Tu marido?

–Falleció hace un año. Dejó este en casa porque se acababa de comprar uno nuevo, pero supongo que te puede servir.

–Eres muy amable...

–Está completamente vacío. Borré todas sus cosas antes de guardarlo.

Darius asintió.

–Muchas gracias, Harriet; por el teléfono y por haberme salvado ayer... aunque me gustaría agradecértelo de un modo más adecuado. ¿Puedo invitarte a cenar uno de estos días?

Ella sacudió la cabeza.

–No es necesario. Me limité a hacer mi trabajo; y, por otra parte, te recuerdo que no estaba sola. ¿También invitarás a mis compañeros?

–No, haré una donación al servicio marítimo –contestó–. Pero, en cuanto a la cena, me gustaría que aceptaras mi ofrecimiento. Quiero saber más cosas de Herringdean, y estoy seguro de que tú me podrías ayudar.

–Está bien, si te empeñas...

–Por cierto, ¿qué tal está mi amigo?

–¿Tu amigo?
–Sí, Phantom.
Ella soltó una carcajada.
–¿Ahora es tu amigo?
–¿Por qué no? Tú misma me dijiste que solo intentaba ser amable –declaró–. Dile que estoy deseando verle. ¿Qué tipo de huesos le gustan más?
–Le gustan todos.
–Lo recordaré.
Harriet salió de la habitación y se despidió de Kate antes de subir al coche para volver a la tienda.
No podía creer que su relación con Darius hubiera mejorado tanto en tan poco tiempo. Pero aquella noche, al llegar a casa, compartió sus pensamientos con el único ser en quien siempre podía confiar.
–Me tiene absolutamente perpleja, Phantom. Es como si el suceso de ayer lo hubiera cambiado... Suele ocurrir cuando las personas se encuentran cerca de la muerte. Pero estoy segura de que, dentro de unos días, volverá a ser el de antes. El hombre de negocios implacable. El hombre sin piedad.

Tres días después, estaba trabajando en la tienda cuando alzó la cabeza y vio que Darius acababa de entrar.
–Me ha parecido que hacía un día precioso para dar un paseo –explicó con una sonrisa–. He venido a devolverte el móvil que me prestaste... Ya ha llegado el que compré, así que no lo necesito. Gracias, Harriet. Estoy en deuda contigo.
–¿Has vuelto a hablar con tus hijos?
–Sí, he mantenido una larga conversación con ellos.
–¿Cómo se llaman?
–Mark y Francesca, aunque todos la llamamos Frankie. En eso se parece a ti; me di cuenta de que tus amigos te llaman Harry.
Harriet rio.
–Sí, es verdad.
Darius dejó una bolsa en el mostrador y sacó un hueso.
–Es para Phantom, no para ti.
Ella sonrió.

–No me digas...

–¿Sigues dispuesta a cenar conmigo?

–Por supuesto.

–Me alegro, porque se lo dije a Kate y está dispuesta a prepararnos una buena cena.

–Una idea excelente. Kate es una de las mejores cocineras que conozco –observó–. Y, por otra parte, es lo mejor para ti.

–¿Lo mejor para mí? Como insistas otra vez en que me quede en casa, me dará un infarto –le advirtió–. Kate y tú me estáis volviendo loco.

–No lo decía por eso.

–Entonces, ¿por qué lo decías?

–Porque si vamos a un restaurante, la gente te reconocerá y no te quitarán la vista de encima. Es mejor que yo vaya a la mansión.

–Pero con Phantom.

–¿Quieres que lo lleve?

–No sería lo mismo sin él –contestó–. ¿Te parece bien el viernes por la noche?

–Me parece perfecto.

Darius le dio las gracias y se marchó. Al salir de la tienda, dudó un momento y luego tomó el camino del puerto, con intención de ir a la sede del servicio de salvamento marítimo. Cuando estaba a punto de llegar, notó que un hombre lo estaba mirando desde la acera contraria y cruzó para hablar con él.

–Te conozco, ¿verdad? Estabas en el equipo de salvamento.

–Sí, soy Walter, un buen amigo de Harriet.

Darius sonrió.

–¿Tienes tiempo de tomar una copa? Me gustaría hablar contigo.

–Claro...

Entraron en un pub y pidieron un par de cervezas.

–Os estoy muy agradecido por lo que hicisteis, Walter. Pero quiero mostrar mi agradecimiento de un modo útil, con una donación al servicio de salvamento marítimo.

–Eres muy amable.

Darius sacó la chequera, anotó una cifra y le dio el talón después de firmar.

Walter lo miró con asombro.

–Eres muy amable y muy generoso...

–No tiene importancia. Me lo puedo permitir.

Walter asintió.

–Me alegra ver que te has recuperado. Harry me dijo que tenías un catarro terrible.

–Pasé tanto tiempo en el agua que no me extraña. Sinceramente, pensé que me iba a ahogar... pero tu amiga me llevó a casa y cuidó de mí como si fuera de su familia.

–Es una chica excelente, ¿verdad? A veces me pregunto cómo ha podido sobrevivir a todas las cosas que le han pasado.

Darius lo miró con interés.

–¿A qué te refieres?

–A la muerte de su marido –respondió–. Sé que no es la única viuda del mundo, pero hacían una pareja tan perfecta que todos los envidiábamos. Cuando murió en aquel accidente, Harriet se hundió en un pozo del que ha salido con mucho esfuerzo. Pero, sinceramente, no creo que lo haya superado del todo.

–Bueno, es una mujer joven. Puede que encuentre a otro hombre.

–Para encontrar a ese hombre, tendría que desearlo.

–¿Y no lo desea?

–Lo dudo. Supongo que fue tan feliz con Brad que no se plantea la posibilidad de volver a tener una relación seria –Walter se bebió el resto de la cerveza de un trago–. En fin, será mejor que me vaya. Encantado de saludarte.

–Lo mismo digo.

Darius pasó a recoger a sus invitados a última hora del viernes por la tarde. Phantom saltó al asiento trasero del coche en cuanto le abrieron la portezuela, sin esperar invitación.

–No te preocupes. Lo he lavado –dijo Harriet.

Darius sonrió a su amigo de cuatro patas.

–Ah, espera un momento... –continuó ella–. Vuelvo enseguida.

Harriet entró rápidamente en la casa y volvió al coche con una cajita negra.

–Es mi busca –explicó mientras se sentaba en el asiento del copiloto–. Tengo que llevarlo a todas partes, por si recibimos una llamada de emergencia.

–¿Estás de guardia esta noche?

Darius arrancó.

–Los voluntarios del servicio de salvamento estamos de guardia constantemente, salvo enfermedad o ausencia justificada... pero, en ese caso, tenemos que avisar a nuestros compañeros y regresar a la base después –contestó ella–. Cuando nos llaman, tenemos que dejar lo que estemos haciendo y ponernos inmediatamente en acción.

–¿Todo lo que estéis haciendo? Supón que estás...

–¿En el cuarto de baño? –lo interrumpió–. Pues sí, también entonces.

Darius no estaba pensando precisamente en el ejemplo del cuarto de baño, pero lo dejó estar porque Harriet le lanzó una mirada llena de picardía; sabía lo que le iba a preguntar y se había salido por la tangente.

–¿Por qué te hiciste voluntaria?

–Por mi padre. Falleció cuando yo era pequeña y me tuvo que criar sin ayuda de nadie. Era pescador. Cuando su barco zarpaba, me quedaba mirando en el muelle hasta que desaparecía en la distancia. Para mí, no había nada más apasionante. Me enseñó a navegar y me compró mi primera embarcación. Es normal que siguiera sus pasos.

–¿Sus pasos? ¿Es que has sido pescadora?

–Sí, claro.

–¿De qué? ¿De arenques?

Ella soltó una carcajada.

–De arenques y de otros peces.

–¿Y nunca has sentido el deseo de salir de la isla?

–No, nunca. Este es el lugar más bonito del mundo.

–Pareces muy segura de eso...

–Bueno, puede que no sea el más bonito, pero es el lugar perfecto. Y lo seguirá siendo si nadie lo estropea.

Darius no se molestó en preguntar a qué se refería. Los dos eran conscientes de que él tenía el poder necesario para cambiar la isla y, quizás, estropearla.

Lanzó una mirada hacia el oeste, donde el sol se empezaba a ocultar, y declaró:

–Nunca había visto nada parecido.

–¿No habías visto una puesta de sol? –bromeó ella.

–No como las de Herringdean. Aunque reconozco que no tengo tiempo para esas cosas. Me paso la vida de avión en avión.

–Para el coche.

Darius detuvo el coche. Los tres salieron del vehículo, caminaron hasta la playa y se dedicaron a admirar la puesta de sol. Ni él ni ella dijeron nada. No había necesidad. Harriet le lanzó una mirada y vio la misma expresión que había visto la primera vez. Parecía completamente absorto, extasiado.

Luego, él suspiró y rompió el hechizo.

–Será mejor que nos vayamos.

–Si tanto te gustan las puestas de sol, puedes disfrutarlas desde tu casa.

–Supongo que sí. Pero cuando estoy contigo es diferente.

Mientras volvían al coche, Darius la admiró. Levaba un vestido sencillo, de color azul claro, y la brisa marina jugueteaba con los rizos castaños de su cabello. Parecía relajada y dispuesta a divertirse.

De repente, tuvo la impresión de que tenía toda una vida por delante. Cenar con Harriet era una experiencia nueva. Y su vida no estaba precisamente llena de experiencias nuevas.

En ese momento, Phantom le lamió la mano.

–Espera a que lleguemos a casa, amigo... Ka-te ha preparado algo especial.

–Ardo en deseos de probarlo –dijo Harriet.

Darius arqueó una ceja y miró al perro con humor.

–Parece que tu dueña me ha entendido mal...

–¿Es que no te referías a la cena?

–Sí, pero no a la nuestra, sino a la de Phantom.

–Ah...

–Kate se ha tomado muchas molestias con su alimentación. Le dije que sería nuestro invitado de honor y ha querido agasajarlo.

Harriet rio.

–Vaya, veo que vas aprendiendo...

Kate los estaba esperando en la puerta cuando llegaron. Había preparado todo un banquete para Phantom, que el perro devoró mientras ellos seguían hasta el salón del fondo de la casa. El ama de llaves había puesto la mesa junto a un balcón desde el que se veían los jardines y la playa donde Harriet y Darius se habían conocido.

–¿Te acuerdas? –preguntó él.

–¿Cómo lo voy a olvidar? Aunque no me enviaste la factura por el traje…

Darius llenó la copa de vino de Harriet.

–Porque no soy el monstruo que tú crees.

–Ya no te creo un monstruo –le confesó–. Un hombre que trata tan bien a Phantom no puede ser tan malo.

–Qué remedio… Me di cuenta de que no estarías nunca de mi parte si no me ganaba antes su afecto.

Ella arqueó una ceja.

–¿Y por qué te interesa que esté de tu parte?

–Porque no me puedo permitir el lujo de que seas mi enemiga. No sería práctico.

–Y tienes que ser práctico a toda costa, claro…

Darius sonrió.

–Has interpretado mal la situación –continuó ella–. Y me sorprende un poco, teniendo en cuenta que algunos te tienen por el hombre más peligroso de Londres.

–No prestes oídos a lo que la prensa dice de mí. Pero, ¿a qué te refieres con eso de que he malinterpretado la situación?

–A que nunca he sido tu enemiga.

–¿En serio? ¿Pretendes que te crea? Discúlpame, pero me he enterado de que dejaste al perro con una vecina porque tenías miedo de que yo le hiciera algo malo. Y eso, sin contar los chistes que me dedicasteis en aquel bar.

–Lo del bar es agua pasada. Además, me pusiste en mi sitio con tu aparición repentina… y como has tenido ocasión de comprobar, no te he dejado abandonado en mitad del océano –se defendió ella–. Pero supongo que tendrías derecho a reírte un rato de mí.

–Sí, lo tendría… –Darius sonrió de nuevo y alzó su copa–. ¿Firmamos una tregua?

Ella ladeó la cabeza.

–Si no implica el desarme…

Darius asintió.

–Por supuesto que no.

–Entonces, trato hecho.

Harriet brindó con él y probó el vino. Kate apareció poco después con el primer plato de la cena, que les sirvió.

Durante unos segundos, guardaron silencio y se dedicaron a disfrutar de la comida, típica de Kate: sencilla y deliciosa. Harriet se preguntó si le gustaría a Darius, porque seguramente estaba acostumbrado a menús más refinados y elegantes; pero parecía dispuesto a no dejar ni una miga de pan en el plato.

–De todas formas, tú no eres el único que estaba preocupado por eso de los enemigos... Aquella noche, cuando te acercaste a nosotros en el bar, me miraste como si me odiaras con toda tu alma.

Harriet se dijo que Darius lo negaría, pero asintió.

–Es verdad. Me molestó mucho lo que dijiste. Sobre todo, lo de que parecía un rey tomando posesión de sus tierras.

Ella suspiró.

–Eso me enseñará a no sacar conclusiones precipitadas –dijo–. No estabas pensando en nada parecido, ¿verdad?

–¿En la playa? No, solo estaba pensando que era un lugar precioso. Me quedé asombrado cuando bajé del helicóptero.

–Fue la impresión que me dio cuando te vi por primera vez –admitió ella–. Pero luego, las cosas se complicaron y...

–Olvídalo, Harriet. Los dos nos equivocamos. Pero ahora somos amigos y nos llevamos bien, ¿no?

–Amigos... –repitió ella, saboreando la palabra–. Supongo que sí. Aunque debes saber que la amistad tiene consecuencias; por ejemplo, el derecho a preguntar por la vida del otro.

–Dispara.

–¿Por qué saliste al mar en esa motora? Fue una locura.

–Porque quería ver el parque eólico y averiguar lo que pudiera.

–¿Insinúas que no hiciste averiguaciones sobre la isla antes de comprarla? –preguntó con sorpresa–. ¿No sabías nada del parque?

–Nada de nada. Hasta que Kate lo mencionó.

–Me parece asombroso que un hombre de negocios como tú compre este lugar sin investigar antes.

Él se encogió de hombros.

–¿Cómo es posible, Darius?

Esta vez fue él quien suspiró.

–Puede que no sea tan listo como la gente cree.

–Oh, vamos...

–Está bien, te diré la verdad. Pero con la condición de que me des tu palabra de que no se lo contarás a nadie.

–Te doy mi palabra.

–Lo digo en serio. Prométélo por lo que más quieras.

Ella alzó una mano.

–Lo juro por la vida de Phantom –sentenció–. Y ahora, ¿me lo vas a decir? La curiosidad me está matando.

–No he comprado Herringdean. Bueno, no exactamente. Rancing me debía dinero, pero no me podía pagar; así que puso las escrituras de la isla a mi nombre, me envió los documentos y, a continuación, desapareció.

–¿Cómo?

–Mi abogado dice que todo está en orden. Ahora soy el propietario legal. Pero no tuve ocasión de negociar el acuerdo ni, naturalmente, de investigar sobre la isla. Todo lo que sé procede de Internet... Como ves, ese canalla me tomó el pelo.

Ella rompió a reír.

–No me lo puedo creer...

–Ríe tanto como quieras. Me lo merezco.

–Oh, lo siento. No me quería reír, pero Rancing...

–Me ha estafado, sí. Y eso no es lo peor. Antes de esfumarse, cobró varios meses por adelantado a los arrendatarios más importantes de la isla, así que no sacaré un céntimo de ellos hasta dentro de mucho tiempo.

Harriet sacudió la cabeza.

–No lo entiendo, la verdad. La prensa te pone por las nubes. Dice que eres un empresario implacable, astuto...

–¿Me has estado investigando?

–Por supuesto. Cuando supe que eras el tipo que iba a controlar nuestras vidas, decidí averiguar todo lo que pudiera.

–¿Controlar vuestras vidas? –Darius soltó una carcajada–. Menudo control el mío, ¿no te parece? Llego sin saber nada, naufrago mientras intento investigar y tus amigos y tú me salváis de morir ahogado. Pero, ¿qué has averiguado de mí?

–Poca cosa. Que tu padre es el famoso Amos Falcon y que tienes un montón de hermanos –respondió–. Siempre he envidiado a los que tenéis familias grandes. Yo soy hija única. Un negocio muy solitario.

–Te aseguro que también te puedes sentir solo en una familia grande.

–¿De verdad? ¿Qué quieres decir?

De repente, él apretó los labios y la miró con expresión sombría.

–¿Qué pasa? –continuó ella.

Darius se levantó y se acercó al balcón. Harriet notó que había levantado un muro entre ellos; como si, en cuestión de segundos, hubiera dejado de ser una amiga y se hubiera convertido en una amenaza.

Tras un momento de duda, lo siguió al balcón y le puso una mano en el brazo.

–Lo siento. No he debido preguntar. No es asunto mío –declaró–. Tengo la fea costumbre de meterme donde no me llaman... No me hagas caso, por favor.

Él respiró hondo y la tomó de la mano.

–¿Cómo quieres que no te haga caso? Eres una mujer difícil de ignorar.

–Pero me puedo desvanecer, si lo prefieres.

–No, en absoluto. –Darius le apretó la mano con fuerza–. Quédate aquí. Quiero que te quedes conmigo.

–Está bien, me quedaré.

Darius la llevó de vuelta a la mesa y rellenó su copa.

–La gente cree que las familias grandes son encantadoras –comentó al cabo de unos segundos–, pero no siempre es así. La familia de mi padre era muy pobre, así que él hizo todo lo posible por escapar de la pobreza... a cualquier precio.

–¿Amos era pobre?

–Mucho. Su padre trabajó y murió en las minas, pero él estudió y se marchó en cuanto pudo para abrir su propio negocio. Al principio, solo tenía un puesto en un mercado. Luego, las cosas mejoraron y se compró una tienda.

–¿Ganó tanto dinero como para abrir una tien-da? –preguntó asombrada.

–Sí –dijo–. Para entonces, ya se había casado con mi madre. Ella era de una familia rica y él le llevaba los pedidos a su casa. Los familiares de mi madre hicieron todo lo posible para impedir que se casara con Amos. Creían que solo la quería por su dinero.

–Pero terminaron por ceder.

–No. Amos se fugó con ella. Siempre ha dicho que, cuando se quiere algo de verdad, hay que elegir el camino más corto. Mi

madre le dio hasta el último centavo que tenía.

–Pero estoy segura de que la quería tanto co-mo a vosotros. El dinero no lo era todo para él, ¿verdad? Al fin y al cabo, el dinero no es lo más importante.

–¿Ah, no?

Su expresión había vuelto a cambiar. La miraba con un dolor tan intenso que ella se inclinó sobre la mesa y lo tomó de la mano para animarlo.

–No digas nada más, Darius. Si te duele, no digas nada.

Él guardó silencio. Su vista estaba clavada en la mano de Harriet, la mujer que lo había salvado en el mar y que ahora le ofrecía un afecto tan desconocido para él que no habría encontrado palabras para definirlo. Además, él no tenía talento para las palabras; solo lo tenía para los negocios.

Pero Harriet había abierto una puerta que no quiso cerrar. Ya estaba cansado de tragarse su dolor; harto de no poder expresar sus sentimientos.

Capítulo 5

–Te contaré un secreto. Falcon no es el verdadero apellido de mi padre. Se lo cambió porque le gustaba más.

–¿Por qué? ¿Porque significa halcón?

–No. Porque descubrió que Falcon es un apellido tan antiguo que procede de los romanos y lo llevaron dos príncipes.

–¿Bromeas?

–¿Nunca has oído hablar de Pompeyo Falco?

–No, nunca.

–Fue un romano con mucho poder.

–¿Y los príncipes?

–Los príncipes eran españoles –respondió Darius–. Incluso se dice que tenían un santo en la familia...

–Pero supongo que tu padre no es ningún santo.

–No, ni mucho menos. De hecho, me llamó Darius porque originalmente significa «rico y poderoso». Es decir, lo que esperaba de mí.

Harriet se quedó asombrada.

–No me lo puedo creer. Es una locura.

–Pero es la verdad. Crecí sabiendo que estaba obligado a satisfacer a mi padre –le confesó–. Por suerte, heredé su talento para los negocios y conseguí estar a la altura de algunas de sus expectativas.

–¿Solo de algunas?

–Bueno, ahora no está precisamente contengo conmigo. He perdido mucho dinero y he permitido que el mundo se hunda a mis pies.

–Eso le ha pasado a mucha gente.

–Pero a mi padre eso le da igual. Cree que es indigno de un Falcon. Ahora mismo, está calculando cual de sus hijos le merece más confianza. Y sospecho que yo estoy en el último lugar de esa lista.

Harriet frunció el ceño.

–Tengo entendido que tus hermanos nacieron en otros países...

–Sí, es verdad. Mi padre viajaba con frecuencia, y dudo que la fidelidad a mi madre le durara más de cinco minutos –dijo con ironía–. Tengo un hermano que nació en Inglaterra y tres hermanastros de madres distintas, que nacieron en Rusia, Francia y en Estados Unidos respectivamente.

–Entonces, tu madre se divorció de Amos.

–En efecto. Al final, se cansó de sus infidelidades y se marchó con Jackson y conmigo. Cuando ella falleció, mi padre se encargó de nosotros. Se había casado de nuevo y había tenido otro hijo, de modo que entramos en su casa como si fuéramos extraños. Jackson lo llevó mejor que yo, aunque nuestra madrastra se lo hizo pasar bastante mal.

–¿Por qué?

–Porque nuestra presencia implicaba que Marcel, su hijo, ya no era el heredero –respondió–. Luego, supo que mi padre tenía una relación con otra mujer y se volvió a Francia. Marcel reapareció hace unos años... y, a decir verdad, nos llevamos bien. Mi padre le ayudó a abrir un negocio en París. Por lo visto, le tiene mucho cariño.

–¿Más que a ti?

Darius se encogió de hombros.

–Quién sabe...

–¿Eso es lo que quieres? ¿Ser como él?

–No lo sé. Todo se ha vuelto muy confuso, la verdad. Cuando era joven, solo quería seguir sus pasos y ser un hombre poderoso. La gente se desvivía por satisfacer a mi padre, y supongo que yo lo envidiaba. Pero ahora... sinceramente, no lo sé.

Justo entonces, oyeron un ruido. Darius se giró hacia la puerta y sonrió.

–Vaya, Kate llega con el segundo plato. Y no viene sola.

Phantom se acercó a su dueña, que lo acarició.

–¿Has comido bien?

El perro frotó la cabeza contra sus piernas. Kate les sirvió la comida y se fue.

–¿Cuántos años tiene? –preguntó Darius.

–Alrededor de catorce. Brad ya lo tenía cuando nos casamos; lo había sacado de un refugio para perros, así que no estaba seguro de

su edad. Se está haciendo viejo, aunque sigue lleno de energía.

–Sí, ya me he dado cuenta.

–Y hablando de energía, ¿te encuentras mejor?

–Estoy completamente recuperado. He descansado mucho y… ¿Se puede saber por qué me miras con desconfianza?

–Porque creo que empiezo a conocerte –respondió–. Seguro que no estabas solo durante tu periodo de descanso.

–Te aseguro que no he seducido a nadie.

–Me refería a tus ordenadores, Darius.

Él la miró a los ojos y sonrió.

–Ah, eso… Sí, reconozco que paso demasiado tiempo pegado a una pantalla. Pero he descansado de todas formas, y me ha venido bien. Incluso he estado haciendo ejercicio.

–¿Ejercicio?

–Nadar. Bajo a la playa casi todos los días, pero no te veo nunca.

–¿Y por qué te extraña? Te recuerdo que el propietario de estas tierras me lo prohibió tajantemente. Es un hombre terrible –bromeó.

Darius volvió a sonreír.

–Pues ahora tienes mi permiso. Y, obviamente, puedes ir con Phantom.

–Vaya, muchas gracias.

–De nada –dijo él–. En cuanto a lo que decías de los ordenadores…

–Estoy segura de que te has dedicado a leer el *Financial Times,* el *Wall Street Journal* y ese tipo de periódicos –lo interrumpió con tono reprobatorio.

–Te equivocas. A decir verdad, me he estado empapando de la historia de Herringdean. Es fascinante.

–Bueno, nuestra isla tiene dos almas, la antigua y la moderna. No vivimos en el pasado, Darius. Aunque los turistas no vienen aquí por eso, sino por los paisajes.

–¿Llevas toda la vida en la isla?

–Sí.

–¿Y tu marido?

–No, él se mudó a Herringdean porque trabajaba para una agencia de turismo que quería abrir una delegación nueva.

–Y supongo que os conocisteis, os enamorasteis y os casasteis.

–Todo en dos meses.
–¡Caramba, qué rápido…! ¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?
–Casi nueve años.
–¿Y no tuvisteis hijos?
–No.
Darius prefirió no hacerle más preguntas. Walter ya le había dicho que su marido había fallecido, y no quiso entristecerla.
–¿Y tus hijos? ¿Qué tal están? –preguntó Harriet–. ¿Has vuelto a hablar con ellos?
–Sí, varias veces. Ahora estamos en una situación extraña. Mary se va a casar otra vez, y tengo miedo de que me los quite.
–Pero tú no lo vas a permitir.
–Por supuesto que no. Últimamente, he tenido ocasión de pensar mucho y de ver las cosas con más claridad. Es asombroso lo que un poco de descanso puede hacer por alguien…
–¿Y a qué conclusiones has llegado?
–A que he estado trabajando en exceso y no les he prestado toda la atención que merecen. Ahora los llamo todos los días.
–Seguro que se alegrarán.
–No creas… Siguen enfadados conmigo porque no los llamé a tiempo la noche de mi naufragio –dijo.
–Pero eso es absurdo. No fue culpa tuya.
–No, pero les he fallado tantas veces y he estado tan lejos de ellos que se han alejado de mí. Mary me acusaba muchas veces de dejarlos en segundo lugar. Y tenía razón. Cada vez que quería pasar unos días con ellos, surgía algún problema en mis empresas y me veía obligado a volver a Londres.
Ella asintió.
–Ese es un error especialmente grave con los niños, porque exigen toda la atención de sus padres –observó–. ¿Quieres un consejo de una amiga?
–Si la amiga eres tú, sí.
–Encuentra la forma de arreglar las cosas.
–Eso es fácil de decir, pero difícil de hacer. Creo que ya no me quieren; que me he convertido en un extraño para ellos.
–Pues esfuérzate por recuperar su afecto. Y sobre todo, no te rindas nunca. Recuerda que tú puedes vencer a cualquiera.
–¿Vas a volver otra vez con ese cuento del hombre de negocios

implacable y astuto? Porque si me lo vuelves a recordar, me iré de aquí.

–No, descuida. Ya no me lo tomo en serio.

–Gracias. Es todo un cumplido –ironizó.

–De nada.

Darius la miró con seriedad.

–Harriet, quiero que sepas que nuestra amistad es muy importante para mí. Cuando pisé esa playa por primera vez, supe que estaba en un mundo diferente y que ese mundo era el tuyo. Todo lo que me ha pasado desde que llegué a Herringdean está relacionado contigo de una u otra forma.

–Nunca se sabe lo que el destino te tiene preparado.

–Desde luego que no. Tú y yo empezamos con tan mal pie que jamás habría creído que me salvarías la vida.

–Sé justo con Kate. Fue ella quien te salvó. Si no hubiera dado la alarma, no habríamos salido a buscarte.

–Lo sé. Y ya le he demostrado mi gratitud.

Harriet asintió.

–Además, yo no fui quien te sacó del agua. El trabajo duro lo hicieron mis compañeros.

–Pero tu mano fue la que me agarró durante todo el trayecto de vuelta. Y cuando pienso en esa noche, solo veo esa mano.

–¿Insinúas que me he convertido en una especie de símbolo?

–En cierto modo.

–Bueno, no te preocupes por mí. Ya te has ganado mi amistad.

–¿En serio?

–En serio. Me puedes llamar cuando quieras.

–Puede que te arrepientas de haber dicho eso. Puede que te llame con más frecuencia de la que imaginas –le advirtió.

–No me arrepentiré.

–¿Estarías dispuesta a sellar eso con un apretón de manos?

Darius le ofreció la mano y ella dudó un momento antes de aceptar. Era un hombre tan poderoso como difícil, pero le gustaba. Además, le había abierto su corazón y no podía hacer otra cosa que corresponderle con el mismo afecto.

–Por supuesto que sí.

Un par de días después, Harriet se puso el bañador y se dirigió a la playa de Darius en compañía de Phantom. Después de media hora de jugar en el agua, miró a su perro y dijo:

–Ya está bien por hoy. Es hora de volver.

En ese momento, apareció Darius. Llevaba una toalla y un bañador que dejaba muy poco a la imaginación. Harriet tragó saliva y pensó que era el hombre de negocios con el cuerpo más bonito que había visto nunca.

En cuanto los vio, corrió hacia la orilla y se zambulló. Estuvieron jugando un buen rato entre risas y carcajadas, hasta que se cansaron del agua y se pusieron a correr por la arena. Phantom los persiguió a toda prisa, encantado con la posibilidad de volver a tirar a su amigo; pero esa vez, Darius estaba preparado y fue él quien derribó al animal, aunque en el proceso se puso perdido de arena.

–Ahora estamos empatados –dijo él.

–Pero tienes arena por todas partes... –observó ella.

Darius sonrió.

–Sí, es verdad... En fin, será mejor que os deje por hoy. Ya me he divertido un rato. Tengo que volver al trabajo.

Aquella escena se repitió durante varios días, con pocas variaciones. Se dedicaban a reír y a jugar con la inocencia de dos amigos. Harriet se recordaba una y otra vez que estaba con Darius Falcon, uno de los hombres más poderosos del país; pero, cuando jugaba con ellos, le costaba creer que lo fuera.

Y entonces, desapareció.

–Se marchó sin decir una palabra –dijo Kate cuando se encontraron en el supermercado–. Se estaba tomando un café por la mañana, mientras miraba la pantalla del ordenador... No sé qué vería, pero soltó una maldición y, tras hacer una llamada telefónica, se marchó soltando palabrotas.

Walter, que también estaba presente, preguntó:

–¿Solo palabrotas?

–Bueno, no sé con quién hablaría ni de qué estarían hablando, pero le dijo que eso era inadmisible, que sería una catástrofe y que si ponía las manos en el cuello de no sé quién, lo estrangularía personalmente.

–Parece que tiene algún problema grave –comentó Walter.

–Tonterías –dijo Kate–. Darius puede con to-do.

–Eso no es lo que dicen los periódicos –insistió él–. Afirman que está prácticamente en la ruina. No me extrañaría que se viera obligado a vender Herringdean.

–Espero que no –intervino Harriet–. Darius es mucho mejor que Rancing. Las tiendas de muebles están encantadas desde que decidió reformar y redecorar Giant's Beacon. Además, ha donado mucho dinero a obras de caridad.

–Sí, me han dicho que fue muy generoso con los del albergue de animales –dijo Walter–. ¿Có-mo supo de su existencia? ¿Se lo dijiste tú?

–Es posible que se lo mencionara.

–Os veis muy a menudo, ¿no? Todo el mundo habla de vuestros encuentros matinales en la playa –dijo Walter–. Eres muy lista... te has ganado la confianza de un hombre con mucho poder.

–Sí, reconozco que está magnífico en bañador –ironizó.

–No me refería a eso...

Harriet lo sabía de sobra. Y si no hubiera sido sincera al ofrecerle su amistad a Darius, le habría dicho a Walter que no tenía tanto poder como imaginaba y que Rancing lo había estafado al venderle la isla. Pero Darius le había dado su confianza y ella no la iba a romper.

–Nunca hablamos de negocios, Walter. Solo somos amigos. Aunque no sé por qué se ha ido ni cuándo volverá.

Durante los días siguientes, Harriet se dedicó a leer los periódicos de economía por si encontraba algo que indicara el paradero de Darius. Se enteró de que una inmobiliaria con propiedades en varios países se había hundido de repente y llegó a la conclusión de que su marcha estaría relacionada con ello. Pero no podía estar segura. A decir verdad, ni siquiera sabía si lo volvería a ver.

Ya empezaba a pensar que se había ido para siempre cuando Darius regresó y volvió a trastocar su existencia. Una mañana, estando en la playa, Phantom salió corriendo entre ladridos y se dirigió directamente al recién llegado. Harriet salió del agua y caminó hacia él con una sonrisa enorme.

–Buenos días, vecino –le dijo.
–Buenos días –replicó él–. Imaginaba que estarías aquí.
–¿Cuándo has llegado?
–Esta noche, a las tres de la madrugada.
–¿Y cómo te ha ido?
Darius se encogió de hombros.
–Regular. Pero he evitado el desastre... Por esta vez.
–Entonces, ¿los isleños estamos a salvo?
–Por supuesto. Esta isla sería lo último que vendería –le aseguró–. Pero necesito pedirte un favor. Es algo importante para mí.
–Te escucho.
–Ya sabes que Mary y yo nos divorciamos y que se va a casar con otro hombre. Pues bien, me ha invitado a la boda.
–¿En serio?
–Bueno, no tenía intención de invitarme, pero la convencí con el argumento de que debemos llevarnos mejor por el bien de los niños. Como ves, seguí tu consejo.
–No recuerdo haberte dado ese consejo.
–No lo dijiste exactamente así, pero me convenciste de la necesidad de arreglar las cosas entre nosotros. De hecho, Mary está contenta con mi cambio de actitud. Incluso ha dicho que parezco un hombre distinto. Y todo te lo debo a ti, Harriet, la mejor amiga y consejera que he tenido nunca.
–Deja de halagarme y dime qué quieres que haga.
–Que me acompañes a la boda, por supuesto. No puedo estar solo cuando mi exmujer se va a casar con otro; me sentiría estúpido.
–Y no podemos permitir que te sientas estúpido, ¿verdad? –declaró ella con sarcasmo–. Si eso se llegara a saber en los mercados financieros...
Darius hizo caso omiso de su ironía.
–Tengo un motivo más importante para invitarte a la boda. Como te dije, mi padre está obsesionado con controlar la vida de las personas que lo rodean. Ahora se ha empeñado en que me case con Freya, la hija de su esposa actual. En realidad, le importa poco si la víctima soy yo o alguno de mis hermanos; pero, de momento, yo soy su candidato preferido.
–Oh, vaya...

–Afortunadamente, Freya no está más dispuesta a casarse que yo, y si pudiera convencer a mi padre de que esa boda es imposible, me dejaría en paz y concentraría sus esfuerzos en otro –explicó.

–Pobre Freya.

–Sí, pobre. Creo que te caería bien.

–Pero hay algo que no entiendo… ¿Freya y tu padre van a estar en la boda? Tenía entendido que Amos estaba enfadado con tu exmujer.

–Y lo está. Por haberme abandonado y, sobre todo, por haberme arrancado un acuerdo de divorcio que me dejó sin blanca –dijo–. Pero no hará nada que ponga en peligro su relación con sus nietos. A fin de cuentas, también son Falcon. Además, los ve muy poco; ellos viven en Londres y él, en Montecarlo.

–Para pagar menos impuestos, claro.

–Exactamente. Puede viajar a Inglaterra cuando quiera, pero no se puede quedar más de noventa días seguidos porque, entonces, pasaría a ser residente a efectos económicos y debería pagar impuestos en Gran Bretaña. Este año ha estado varias veces, así que tendrá que marcharse inmediatamente después de la boda.

–¿Y tus hermanos? ¿También están invitados?

Darius asintió.

–Todos. Se llevan bien con Mary; bastante mejor que yo. Y los niños los adoran porque son de países distintos y siempre tienen historias interesantes que contar –respondió–. Bueno, ¿qué me dices? ¿Me acompañarás a la boda? ¿O me dejarás solo ante el peligro?

Harriet lo miró con ironía.

–¿No te crees capaz de afrontarlo sin mí?

–Por supuesto que no. Cada vez que lo pienso, me pongo a temblar.

Ella sonrió.

–En ese caso, no tendré más remedio que acompañarte. Es una responsabilidad terrible, pero supongo que me las arreglaré.

–Sabía que no me fallarías. Se celebrará en Londres, dentro de dos semanas. Será una ceremonia civil. Mary me ha dicho que lo van a celebrar en el hotel Gloriana, así que me encargaré de las reservas. Pero no te preocupes; los gastos corren de mi cuenta y, además, dormiremos en habitaciones separadas, con todo decoro.

La oferta de Darius parecía inocente. Solo se trataba de acompañarlo a una boda en la capital. Sin embargo, él le había empezado a gustar demasiado y tenía miedo de lo que pudiera pasar si se acostumbraba a él.

Durante unos segundos, estuvo tentada de cambiar de opinión. Luego, respiró hondo y dijo:

–Será un placer.

Capítulo 6

Harriet hizo los preparativos para el viaje. Habló con su ayudante para que se hiciera cargo de la tienda en su ausencia y se lo notificó a sus compañeros del servicio de salvamento para que la sustituyeran temporalmente. En cuanto a Phantom, decidió dejárselo a la vecina que lo había cuidado otras veces.

El día anterior a su marcha, Harriet y Darius salieron a darse un baño y se dedicaron a jugar como de costumbre, lanzándose agua como dos niños.

Harriet sabía que lo que sentía por él iba más allá de una simple amistad. Darius le gustaba físicamente, pero era tan cálido y encantador que olvidó sus precauciones y se dejó llevar por el espíritu del momento. De repente, solo quería reír y bailar.

Cuando salieron del agua, se detuvo y miró a su alrededor con desconcierto.

–¿Dónde está mi toalla?

Harriet supo la respuesta antes de terminar la frase. Había sido Phantom. Se la había llevado y la estaba destrozando a mordiscos.

–Me parece que te has quedado sin ella.

–¿Y qué voy a hacer ahora?

–Deja que te seque con la mía.

Darius le puso la toalla sobre los hombros y la empezó a restregar. Ella rompió a reír e intentó apartarse, pero él la retuvo.

–¡Basta! –protestó entre risas.

No sirvió de nada. Darius era diez veces más fuerte, como había tenido ocasión de comprobar. Pero Harriet no se sintió tan desvalida por su fuerza, sino por su propio deseo de sentir el contacto de su cuerpo casi desnudo.

–Suéltame –dijo, más seria.

Darius la abrazó.

–Oblígame a soltarte.

Ella intentó darle una patada, y solo sirvió para que las piernas de Darius se cerraran sobre la suya como un cepo.

–No lo haces muy bien… –se burló él.
–¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz?
–No.
Harriet suspiró.
–¿Qué crees que estás haciendo?
–Demostrarte quién es el jefe aquí.
–Pues ya lo has demostrado. Ahora, suéltame.
–Solo si pagas el rescate.
–¿Y en qué consiste?
–En esto.
Darius bajó la cabeza y le dio un beso. No fue un beso apasionado, sino inocente; apenas un roce delicado cuyo eco desapareció enseguida. Pero fue precisamente esa delicadeza lo que la hizo desear que se transformara en otra cosa.
Y con el deseo, llegó el miedo.
–No… –susurró–. No.
–Me pregunto si lo dices en serio.
–¡Suéltame! –exclamó.
Darius frunció el ceño y dio un paso atrás.
–Me prometiste que esto no pasaría –continuó ella.
–Yo no te prometí…
–Dijiste que nos portaríamos con decoro –lo interrumpió.
–¿Y eso significa que no te puedo besar?
–Significa que no me puedes besar ahora –respondió–. Estoy dispuesta a fingir que soy tu novia, pero solo cuando estemos en Londres, con tu familia. Lo cual me recuerda que tendremos que trazar algún tipo de plan.
–¿Un plan?
–Eres un hombre de negocios, Darius. Sabes perfectamente que, cuando alguien se adentra en territorio desconocido, conviene que tenga un plan.
–¿Y cuál es el tuyo? ¿Rechazar lo que sientes? ¿Negarte al deseo?
–No tengo más opción. ¿Es que no lo comprendes, Darius? –preguntó, desesperada–. No estoy segura de que pueda volver a…
–Por Dios, Harriet. ¿Qué piensas hacer? ¿Seguir célibe hasta el fin de tus días? –replicó–. ¿Tan perfecto era tu esposo?
Harriet cerró los ojos un momento.

–Déjame sola. Necesito estar sola.

Darius suspiró.

–Está bien. Lo siento, Harriet. No debería haberte presionado. La decisión es tuya y solo tuya. Es que he soñado con este momento tantas veces que no me he podido contener. Aunque supongo que prefieres no saberlo.

–Supones bien.

–Perdóname, por favor.

–No hay nada que perdonar –dijo con calma–. Haremos como si no hubiera pasado nada. Pero será mejor que nos marchemos. Tenemos que hacer las maletas. Mañana va a ser un día muy largo.

Harriet se fue sin mirar atrás, seguida a poca distancia por Phantom, que arrastraba los restos de su toalla.

En cuanto a Darius, volvió a Giant's Beacon. Maldiciéndose por haber sido tan torpe.

El viaje a Londres fue una revelación para Harriet. Darius había alquilado un helicóptero, que los recogió en el jardín de la mansión y se elevó sobre el Canal de la Mancha.

–La isla es tan distinta desde el aire… –observó ella, asombrada–. No se parece nada a lo que se ve desde abajo.

–Sí, ¿verdad? Es como si fueran dos mundos distintos. Al cabo de un rato, cuesta recordar a cuál de los dos se pertenece.

–Bueno, dudo que se pueda pertenecer al de arriba. Nadie está el tiempo suficiente…

–No, supongo que no. Más tarde o más temprano, hay que aterrizar.

Al llegar al aeropuerto de Londres, subieron al coche que los estaba esperando para llevarlos a West End, un barrio lleno de teatros, tiendas caras y hoteles aún más caros.

El hotel Gloriana era un edificio magnífico, de ocho pisos de altura, que dejó anonadada a Harriet. Sabía que sería un lugar lujoso, pero no esperaba nada parecido. Y cuando el chófer llevó sus maletas a la entrada, pensó que había cometido un error al dejarse arrastrar a aquel viaje.

Entonces, Darius la tomó del brazo y la acompañó al interior. Fue un gesto de amabilidad, sin segundas intenciones, que Harriet

aceptó a duras penas. Sin embargo, se sintió algo mejor cuando llegaron a su habitación y la dejó a solas. Había cumplido su promesa. Iban a dormir en habitaciones separadas.

Intimidada por el lujo del lugar, abrió la maleta y se dispuso a deshacer el equipaje; pero de repente, todos sus vestidos le parecieron trapos en comparación con lo que llevarían los clientes del Gloriana.

Entonces, recordó haber visto una boutique en el vestíbulo y, ni corta ni perezosa, sacó la tarjeta de crédito y se dirigió al ascensor.

La boutique superó sus mejores expectativas. La ropa era tan gloriosa como su precio, pero se dijo que ya pensaría más tarde en ese detalle. Cualquier cosa era preferible a parecer un ratón pardo entre princesas refinadas y elegantes.

Al final, tuvo que elegir entre dos vestidos. Le gustaban los dos, pero no tenía presupuesto suficiente.

–Me llevo este –le dijo a la dependienta.

–Y el otro.

Harriet se giró, sorprendida. Era Darius.

–Los dos te quedan bien –añadió.

–¿Cómo sabes que... ?

–He ido a buscarte a tu habitación y no estabas. El recepcionista me ha dicho que acababas de entrar en la boutique, de modo que te he seguido –respondió–. ¿Por qué no me dijiste que necesitabas ropa nueva? Te habría acompañado con mucho gusto. Aunque veo que has elegido bien.

–No me voy a llevar los dos vestidos, Darius. No me lo puedo permitir.

Él arqueó una ceja.

–¿Y quién ha dicho que tengas que pagar?

–Bueno, yo...

–Harriet, estás aquí porque te pedí el favor de que me acompañaras. No voy a permitir que te gastes una fortuna en ropa por mi culpa.

–Cuando dices ropa, quieres decir attrezzo, ¿verdad? Tú eres el director de la obra que vamos a interpretar delante de tu padre y, en consecuencia, quieres elegir el vestuario.

–Más o menos.

–Y ahora dirás que la ropa es deducible en tu declaración de la

renta.

Darius sonrió.

–¡Lo has pillado a la primera! –bromeó–. Venga, vamos a trabajar en nuestra obra... ¿Qué vestido te vas a poner para la boda?

–Este. El que iba a comprar.

–No, necesitas algo más formal.

Darius se giró hacia la dependienta y le pidió que les enseñara más vestidos y algunas chaquetillas a juego.

–Pruébate ese...

Harriet se lo probó y se miró al espejo. Le quedaba maravillosamente bien, aunque se sintió culpable por aceptar regalos tan caros. Sin embargo, Darius tenía razón en lo que había dicho: estaba allí por hacerle un favor, y era lógico que se hiciera cargo de esos detalles.

Cuando salieron de la tienda, Darius la llevó hacia la joyería del hotel.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella.

–A por joyas. Pero no te preocupes... las alquilaremos.

Si no hubieran sido joyas alquiladas, Harriet jamás habría aceptado el collar, la pulsera y los pendientes de diamantes y plata que eligieron al final; pero lo eran, así que se tragó su sentimiento de culpabilidad y acompañó a Darius hasta el gigantesco salón de baile que se encontraba en la parte trasera del hotel.

–Aquí se celebrará la fiesta de esta noche –explicó él–. Y mañana, la boda.

–Es precioso...

Minutos más tarde, Darius la llevó de vuelta a su habitación.

–Tengo que hacer unas cuantas llamadas. Llamaré a recepción para que te suban algo de comer. Luego, si quieres, puedes descansar un poco... hasta que llegue tu séquito.

–¿Mi séquito? –preguntó, perpleja.

–Bueno, he exagerado un poco. Solo se trata de tu peluquera y tu maquilladora. Ellas se encargarán de ponerte guapa. Así que no tendrás que preocuparte por nada.

–Está bien. Procuraré no interferir en mi propio aspecto –ironizó.

–¡Esa es mi chica!

Darius le dio un beso en la mejilla y se fue, dejándola sola y pensativa.

Entró en la habitación y se sentó en la cama. Se sentía tan atraída por Darius que ardía en deseos de abandonar su cautela habitual y explorar las posibilidades de su relación, pero no se atrevía. Darius era un hombre demasiado poderoso, demasiado importante. Vivía en un mundo absolutamente diferente al suyo.

La peluquera y la maquilladora llegaron por la tarde, justo después de la siesta que se acababa de echar. Desde el momento en que entraron, se hicieron cargo de todo y no le permitieron ni una protesta, por pequeña que fuera. Al final, ella se dejó hacer, fascinada. Se sentía como Cenicienta, transformándose poco a poco en una princesa de cuento.

O, por lo menos, como una imitación de princesa. Porque no estaba segura de que supiera interpretar el papel.

En cierta ocasión, antes de uno de los muchos viajes de su difunto marido, le había expresado su temor a no poder competir con las mujeres refinadas que conocía en su trabajo. Brad le había dicho que se preocupaba sin razón; que, por muy refinadas que fueran, ella le gustaba más. Y cuando Harriet replicó que solo era una paleta de pueblo, él sonrió y afirmó que no era una paleta cualquiera, sino su paleta.

Brad siempre la convencía con argumentos parecidos. La hacía feliz y sus celos desaparecían de inmediato. Hasta que se dio cuenta de que su marido la engañaba con otras.

Al recordar el suceso, Harriet se preguntó qué habría pasado si Brad la hubiera visto así, vestida y arreglada como una princesa. ¿Habría cambiado algo? Fuera como fuera, sintió el súbito deseo de ver la expresión de Darius cuando le abriera la puerta de la habitación. Y ni siquiera supo por qué.

Al cabo de un rato, Darius llamó a la puerta.

Harriet tragó saliva y abrió. Él la miró de arriba abajo y asintió lentamente.

–Sí... –Dijo–. Sí.

–¿Estoy bien?

–Creo que ya he contestado a esa pregunta.

Él entró en la habitación, la tomó de la mano y le dio una vuelta para admirarla con detenimiento.

–Bueno, ¿qué te parece?

–Que voy a ser la envidia de todos los hombres.

Harriet sonrió de oreja a oreja sin poder evitarlo. Darius le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos con intensidad.

–Estás verdaderamente preciosa, Harriet –declaró–. Tal y como esperaba. Tal y como había imaginado. Tal y como...

–¿Interrumpo algo? –dijo alguien desde la entrada.

Darius se giró.

–¡Marcel!

Los dos hombres se abrazaron al instante ante la mirada de Harriet, que reconoció rápidamente al recién llegado. Era uno de los hermanastros de Darius, el que vivía en París.

–Siento haber entrado sin llamar, pero la puerta estaba abierta...

Marcel miró a Harriet y asintió con una sonrisa de admiración.

–Vaya, qué callado te lo tenías... –continuó, con un ligero acento francés–. Aunque no me extraña que hayas guardado el secreto. Si yo estuviera con semejante dama, la escondería del resto del mundo. Pero, ¿no nos vas a presentar?

–Marcel, te presento a Harriet.

–Encantado de conocerte, Harriet. Y permíteme que te diga que tienes un nombre precioso.

–Bueno, mis amigos me llaman Harry.

–¿Harry? –repitió, aparentemente espantado–. ¡Qué aberración! ¿Cómo pueden llamar Harry, que es nombre de hombre, a una mujer tan bella? Si yo estuviera en tu lugar, me libraría de esos amigos al instante.

–Anda, cállate de una vez –protestó Darius con una sonrisa.

–Oh, vamos... el circo ya ha llegado a la ciudad. Será mejor que nos acostumbremos y estemos a la altura –bromeó.

–Sí, eso es cierto. Ya he advertido a Harriet.

–Vaya, me alegra saber que la llamas por su nombre y no de esa forma tan espantosa. Aunque, claro, tú no eres amigo suyo; tú eres...

–Eh –intervino Harriet–, no saques conclusiones precipitadas.

Marcel los miró con curiosidad y asintió.

–Ah, ahora lo comprendo... Eres muy astuto, hermano.

–¿Podemos dejar ese asunto para otro momento?

–Por supuesto –dijo Marcel–. Bueno, Harriet, espero que estés

preparada para nuestra reunión familiar. Me temo que somos un montón de bichos raros.

–Seguro que no sois más raros que yo –replicó.

–Si tú lo dices... Pero prométeme que esta noche bailarás conmigo.

–Harriet no va a bailar contigo –intervino Darius con firmeza.

–¿Ah, no? –preguntó Harriet.

–No.

Marcel rompió a reír y susurró al oído de Darius:

–Eso ya lo veremos.

Su hermano hizo caso omiso.

–¿Ya has visto a los demás?

–He visto a Jackson, pero Travis no viene. No puede salir de Estados Unidos; al parecer, está rodando una serie de televisión.

–¿Y Leonid?

–Le ha surgido un problema y tampoco puede venir –respondió–. En cuanto a nuestro querido padre, llegó hace una hora; pero supongo que ya lo sabías.

–No, no lo sabía. Últimamente no hablamos mucho. Creo que he caído en desgracia. ¿Ha llegado alguien con él?

–Janine y Freya.

–Ah, Freya... –dijo Harriet–. La chica con la que supone que tienes que casarte.

–No me lo recuerdes –se quejó Darius.

–Veo que tienes sentido del humor, Harriet –comentó Marcel–. Me alegro mucho, porque lo vas a necesitar. Si mi familia es un circo, nuestro padre es el maestro de ceremonias. Restalla el látigo y los demás saltamos por el aro o fingimos que saltamos.

–Sí, más o menos –afirmó Darius.

–Pero esta vez, te vas a rebelar.

–En efecto. Ya se lo he dicho. Espero que me haya tomado en serio, porque no tengo ninguna intención de casarme con Freya.

–Maldita sea, Darius, ahora se fijará en Jackson o en mí –protestó su hermano–. Menos mal que Freya me encuentra irritante.

Darius sonrió.

–¿Por qué será?

–No tengo ni idea. Pero será mejor que os deje. Nos veremos en la fiesta.

Marcel le dio un beso a Harriet y se fue.

–Tu hermano me ha gustado.

–Como a casi todas las mujeres –ironizó Darius.

–Me refiero a que me parece divertido.

–Como a casi todas las mujeres –repitió.

–¿Por qué te irrita tanto Marcel?

–No me irrita. Es un gran tipo y nos llevamos bien la mayoría de las veces, aunque reconozco que me molesta un poco su encanto. Mary me solía decir que estaba celoso de él, y es posible que tuviera razón. El encanto no está entre mis virtudes, como ya has tenido ocasión de comprobar.

Mientras hablaba, Darius le ofreció una mano; ella la aceptó y la apretó con afecto.

–El encanto no es siempre una virtud. En un hombre, puede resultar excesivo.

–Bueno, dudo que yo corra ese peligro. Jamás me han dicho que sea excesivamente encantador –dijo con sorna.

–Me alegro por ti. Yo creo que la honradez es más importante.

–Yo también lo creo.

–Y la virtud.

–¿La virtud? –preguntó él, horrorizado.

Harriet soltó una carcajada.

–Me estás tomando el pelo, ¿verdad? –continuó él.

–Solo quería animarte un poco. Creo que lo necesitas.

–Pues crees bien –dijo–. Ven conmigo. Es hora de enfrentarnos a los demás.

Cuando llegaron al ascensor, Darius añadió:

–Mary ya ha llegado. He hablado con ella esta tarde.

–¿Y los niños?

–Están con ella, pero hemos hablado muy poco porque él también estaba presente.

–¿Él?

–Ken, el tipo que se va a casar con Mary. Se alojan todos juntos, en la misma suite, como si fueran una familia –contestó con amargura.

–¿Qué tal se llevan con Ken?

Darius suspiró.

–Parece que bien.

–Excelente.

–¿Por qué dices eso?

–Porque si se llevan bien con su padrastro, serán más felices. Y sé que tú no te opondrías nunca a su felicidad.

Darius sonrió con ironía.

–Está bien, profesora; ya sé adónde quieres llegar. Tomo nota.

–Más te vale.

Él la miró de arriba abajo con admiración y dijo:

–Te prometo que estoy tomando nota de todo. Pero no te referías a eso, ¿verdad?

–No, claro que no. Si fuera tu profesora, te mandaría al fondo de la clase.

–Bueno, así te podría admirar con más perspectiva...

–¿Quieres hacer el favor de portarte bien?

–¿Es que no te puedo decir lo guapa y sexy que estás?

–No, no me lo puedes decir.

–De acuerdo. Entonces, me limitaré a pensarlo.

Al salir del ascensor, vieron que la gente ya se dirigía al salón de baile, donde se iba a celebrar la fiesta nocturna. Sus anfitriones estaban al final de la sala, sobre una pequeña tarima. Mary, una mujer alta y elegante, se dedicaba a sonreír y saludar a los invitados en compañía de sus hijos y del hombre que se iba a convertir en su esposo.

De repente, Harriet ardió en deseos de conocer a la mujer que había estado casada con Darius, que le había dado dos hijos y que se había divorciado de él.

–¿Preparada?

–Para cualquier cosa.

–Entonces, vamos allá.

Darius hizo las presentaciones. Mary dio un abrazo cálido a Harriet y le lanzó una mirada intensa, como si sintiera curiosidad por la relación que mantenía con su exmarido. En cuanto a Ken, los saludó con cortesía y se marchó. Era un hombre de aspecto agradable y bastante convencional.

–No sé si lo sabías, Mary, pero Harriet formaba parte de la tripulación que me salvó de morir ahogado –dijo Darius.

–Entonces, se ha ganado mi amistad –declaró Mary, con una sonrisa–. ¿Estáis saliendo juntos?

–Por Dios, Mary... –protestó su exmarido.

–Está bien, no insistiré. No os quiero incomodar.

Harriet notó que Darius ya estaba bastante incómodo, pero su cara se iluminó cuando sus hijos se acercaron y le dieron un abrazo. Frankie tenía diez años y, Mark, nueve. Los dos eran encantadores y muy guapos.

–Os presento a la chica que me salvó –dijo su padre.

Los niños la miraron con admiración.

–¿Trabajas en un barco de salvamento marítimo? –preguntó Mark.

–No trabajo en él, pero voy cuando me necesitan.

–¿Y cuántas veces sales al mar?

–Eso depende. Una vez al mes, dos veces al día...

–Debe de ser apasionante –intervino Frankie.

–No lo hace para divertirse –protestó Darius–. Al menos, yo no me divertí en mitad del océano, preguntándome si saldría con vida.

–Pero ella te salvó –dijo Mark.

–Sí, me salvó.

Justo entonces, apareció un hombre alto, de ojos oscuros y mirada intensa. Se parecía asombrosamente a Darius, pero su expresión era muy diferente. Había algo oscuro e implacable en él; algo que casi daba miedo.

–Hola, padre.

–Hola, Darius.

Tras las presentaciones, Amos miró a Harriet con una mezcla de curiosidad y desconfianza y le dio las gracias por haber salvado la vida de su hijo. Janine, su esposa, se sumó a los agradecimientos con una sonrisa y se giró hacia la joven que estaba a su lado.

–Esta es Freya, mi hija.

Harriet pensó que Amos se había equivocado al intentar manipular a Freya para que se casara con alguno de sus herederos. Era alta, rubia y elegante, pero no parecía una de esas mujeres que se dejaban usar como peones de ajedrez. Estrechó su mano con fuerza y luego saludó a Darius con el vigor y la ironía de una hermana mayor. Por la expresión de Darius, Harriet supo que la hija de Janine le caía bien.

Durante los minutos siguientes, tuvo ocasión de comprobar que Darius se sentía a sus anchas entre los ricos y poderosos y que todos

se dirigían a él con gran respeto. No parecían ser conscientes de que, tras su fachada dura, se escondía un hombre amable y generoso; pero tampoco le extrañó, porque Darius alimentaba esa imagen. A fin de cuentas, su poder dependía de ello.

Todavía estaba dando vueltas al asunto cuando él la miró y preguntó:

–¿Qué pasa?

–No pasa nada.

–Me observabas con curiosidad.

–¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

Él frunció el ceño.

–¿Qué tienes en esa cabecita?

–Nada. No estaba pensando nada.

Darius sonrió.

–¿Sabes que eres una mujer muy irritante?

–No me digas que lo acabas de descubrir... –se burló.

–No, claro que no; pero a veces pienso que no te conozco nada –dijo él–. Venga, vamos a divertirnos un poco.

Capítulo 7

La cara de Darius se iluminó.

–Jackson, pequeño diablo, ¿dónde te habías metido?

El joven que se acercó a ellos se parecía a Darius, aunque Harriet pensó que era más guapo en un sentido clásico del término y menos interesante. Dio un abrazo a su hermano y lo miró con alegría.

–He estado en el extranjero. Llegué ayer y me enteré de que nadie te ha visto el pelo en mucho tiempo.

–Porque ahora vivo en Herringdean, de la que soy propietario a mi pesar –explicó–. Pero permíteme que te presente a Harriet Connor. Es una amiga de la isla.

Jackson le estrechó la mano.

–No sé cómo soportas a Darius –bromeó.

–Ni yo.

–¿He oído bien? ¿Has dicho la isla de Herringdean?

–Sí, ¿por qué?

Jackson miró a Harriet con entusiasmo.

–Porque está llena de petreles, ¿verdad?

–Sí, tenemos un montón. Son unas aves preciosas –respondió ella–. Pero espera un momento... yo te he visto antes. ¿Dónde? ¿En televisión?

–Es posible. He hecho unos cuantos programas, aunque ninguno sobre los petreles. Me encantaría hablar contigo sobre ese tema.

–Por supuesto.

–¿Hablar de pájaros marinos? –intervino Darius–. Qué emocionante...

Todos rieron.

–Son unas aves magníficas. Se parecen mucho a las gaviotas. Anidan en los acantilados y son una de las muchas maravillas de Herringdean –explicó Harriet.

–¿Ahora soy propietario de un tesoro natural y no me lo habías dicho?

–Los petreles no son propiedad de nadie. Pertenecen al mundo.

Jackson la miró con admiración.

–No pierdas el tiempo con mi hermano, Harriet; no entiende nada... ¿Qué te parece si nos lo quitamos de encima y hablamos de nuestras cosas?

–Buena idea. Quedaos hablando mientras yo hago unas cuantas llamadas telefónicas –dijo Darius–. Cuídamela, Jackson...

Darius se fue y ellos se dedicaron a hablar sobre animales. Jackson era un naturalista que, de vez en cuando, rodaba documentales para televisión. Harriet lo encontró de lo más interesante, aunque solo desde un punto de vista intelectual.

Al cabo de un rato, Darius volvió con ellos y Jackson los dejó a solas. Pero no tuvieron mucho tiempo para conversar, porque los niños se acercaron a Harriet y se la llevaron a una esquina, donde la asaltaron con preguntas sobre su trabajo en el servicio de salvamento marítimo y le dieron de comer y de beber como perfectos anfitriones.

Tras contarles unas cuantas anécdotas sobre rescates, Mark rompió el silencio de asombro en el que se había quedado y preguntó:

–¿Nunca tienes miedo?

–No.

–¿Ni siquiera cuando es peligroso? –se interesó Frankie.

–En ese tipo de situaciones, no tienes tiempo para sentir miedo. Siempre hay muchas cosas que hacer.

–Y será más divertido cuando es peligroso, ¿verdad, Harriet?

Harriet miró a la niña con expresión seria.

–No, nunca es divertido. Son situaciones de vida o muerte, Frankie; no son divertidas en ningún caso –respondió–. Pero no me llames Harriet, por favor. Llámame Harry. Todos mis amigos me llaman así.

–¿Y por qué te hiciste voluntaria? –preguntó Mark.

–Por mi padre. Me enseñó a amar el mar y me regaló una pequeña embarcación con la que salía a navegar siempre que podía –dijo–. Herringdean tiene una regata anual en la que he participado muchas veces.

–¿Y has ganado alguna?

–Sí, varias –respondió con orgullo–. Tengo un montón de

trofeos.

–Cuéntanos más... –le rogó la niña.

Harriet les contó más historias y, durante el proceso, descubrió que los pequeños compartían su amor por el mar, aunque lo veían poco porque vivían en Londres.

–Mamá siempre nos lleva a navegar cuando vamos de vacaciones a la costa, pero duran poco y luego tenemos que volver a la ciudad –dijo Frankie.

–¿Y vuestro padre? ¿No navega con vosotros?

–Nunca está con nosotros. Tiene demasiado trabajo.

–Qué triste... Sé que os echa mucho de menos.

–Estuvo a punto de acompañarnos una vez –declaró Mark–, pero le surgió un problema de última hora y no pudo. Nos prometió que vendría más tarde, pero no vino. Fue poco antes de que mamá y él se separaran.

En ese momento, oyeron la voz de Mary.

–Ah, estabais ahí... os estaba buscando por todas partes –dijo su madre–. Venid conmigo. Os quiero presentar a unas personas.

Mary se llevó a los pequeños y, durante los minutos siguientes, Harriet estuvo charlando con Janine, Freya, Marcel y Jackson. Incluso intercambió unas palabras con Amos, que fue cortés pero frío, como si no se fiara totalmente de ella.

Cuando la música empezó a sonar, Jackson le pidió que bailara con él. Y cuando terminó de bailar con Jackson, le tocó el turno a Marcel.

–¿Dónde se ha metido Darius? Me extraña que te deje sola.

–Tenía algo urgente que hacer.

–¿Algo urgente? –declaró, fingiéndose espantado–. ¿Qué puede haber más urgente que una dama preciosa?

–No tengo ni idea.

–¿Sabes lo que tendrías que hacer? Ponerlo en su sitio. Y cuando se enfade contigo, porque se enfadará, dejará el campo libre y yo podré cortejarte sin obstáculos –dijo con humor.

Harriet no tenía la costumbre de coquetear con los hombres, pero se dejó llevar por un impulso y dijo:

–¿Tienes que esperar a que el campo esté libre?

–Dios mío, Harriet... ¿Mi hermano sabe que coqueteas con otros?

–Darius solo sabe lo que yo quiero que sepa.

–Vaya… lo recordaré. –Marcel sonrió–. Me pregunto qué habrá hecho para merecer una mujer tan lista.

–Creo que él también se lo pregunta. Uno de estos días, se lo diré.

Marcel rompió a reír y le contagió su alegría. Pero Darius apareció entonces y su hermano no tuvo más remedio que desaparecer.

–Por fin puedo estar contigo… Soy la única persona con la que no has bailado todavía.

–Solo intentaba mejorar tu imagen –contraatacó–. No querrás que te vean en compañía de un ratoncito pardo, ¿verdad?

–Dudo que nadie te considere un ratoncito pardo. De hecho, empiezo a pensar que no te conozco ni la mitad de lo que creía.

–¿Y eso te sorprende? Te recuerdo que nos conocimos hace unas semanas. Ni tú me conoces a mí ni yo te conozco a ti.

–Sí, eso es verdad –dijo lentamente–. Pero me has sorprendido tantas veces que ya debería estar acostumbrado.

–Puede que nunca te acostumbres… –susurró.

Él la miró con intensidad.

–Puede –dijo–. ¿Bailas conmigo?

–Por supuesto.

Harriet tuvo la sensación más vibrante de su vida cuando Darius le puso una mano en la espalda y se apretó contra ella; aunque no tanto como le habría gustado. Fue como si estuviera hechizada por su contacto y por la calidez de su sonrisa. Pero se preguntó si aquella sonrisa era real o solo un gesto fingido en una representación que estaban interpretando.

Al final de la velada, Darius la acompañó a su habitación y dijo:

–Has estado magnífica.

–¿Tú crees?

–Claro. Mis hijos te adoran y hasta Mary se ha quedado encantada contigo. Eres toda una estrella.

–Me alegro de haberte ayudado…

–Me has ayudado más de lo que imaginas. Y mañana va a ser aún mejor.

–¿Te gustaría que entremos en mi habitación y hablemos de ello? Así me podrás dar instrucciones.

El dudó un momento y dijo:

–Me encantaría, pero no es posible. Tengo cosas que hacer.

–Comprendo.

–Además, no necesitas que te instruya en nada. Te las arreglas perfectamente –afirmó–. Venga, acuéstate y duerme un poco.

Ella sonrió.

–Buenas noches, Darius.

–Buenas noches, Harriet.

Darius miró sus labios con intensidad y se fue.

Durante un momento, Harriet se quedó tan desconcertada que no supo dónde estaba ni lo que había pasado. Después, entró en la habitación y cerró la puerta.

No había duda alguna. Darius había estado a punto de besarla.

Obviamente, se había refrenado porque ella se había enfadado con él cuando la besó aquella mañana en la playa. Y lamentó no haber tomado la iniciativa. Si le hubiera mostrado su deseo, habría derribado sus defensas y quizás, con un poco de suerte, habría conseguido algo más que un beso de buenas noches.

Arrepentida, se quitó la ropa y se acostó. La cama era muy grande, más que suficiente para dos personas, lo cual no contribuyó precisamente a apagar su deseo. Pero al cabo de un rato, se quedó dormida.

Despertó en mitad de la noche. Según el reloj de la mesita, habían pasado tres horas desde que Darius la acompañó a la habitación. Y tras un par de segundos de desconcierto, se dio cuenta de que el teléfono de la habitación contigua estaba sonando.

El teléfono de Darius.

Como no contestaba, dio por sentado que no estaría allí. Pero no estaba segura de que fuera el suyo, así que se levantó de la cama, se puso una bata a toda prisa y salió al pasillo para salir de dudas.

Definitivamente, era su teléfono.

Volvió a la habitación e intentó seguir durmiendo, sin éxito. Los celos habían hecho presa en su corazón. Supuso que estaría en la cama de alguna de las invitadas de la fiesta; quizás, en la de Freya, la hija de Janine. Y aunque sabía que no tenía derecho a sentirse celosa, no pudo evitarlo.

Al final, se levantó otra vez y empezó a caminar de un lado a otro. Justo entonces, oyó que un coche se detenía en la entrada del hotel y se acercó a la ventana para mirar. Darius salió del vehículo

con tres maletas de aspecto pesado. El portero del establecimiento se acercó para ayudarlo y desapareció con él en el interior del edificio.

Harriet corrió a la puerta y apretó la oreja contra ella. Momentos más tarde, el ascensor se abrió. Alguien empujó un carrito hasta la habitación de Darius, donde se detuvo. Luego, Darius le dio las gracias y el hombre del carrito se alejó.

En cuanto estuvo segura de que se había quedado solo, abrió la puerta y se asomó al pasillo.

–Ah, hola, Harriet... ¿Te he despertado?

–No, ya estaba despierta. Te he visto por la ventana –respondió–. ¿Qué ocurre? Pareces agotado...

–He ido a mi piso. Solo quería recoger unas cosas, pero al final me he animado y he llenado varias maletas.

–¿Has estado en tu casa?

–Sí, pensé que no podía pasar por Londres sin ir a echar un vistazo. Uno de mis ayudantes me recoge el correo de vez en cuando, pero siempre se acumula en el buzón.

Ella sacudió la cabeza y soltó una risita. Se había equivocado completamente al pensar que estaba en la cama con otra mujer.

–¿De que te ríes?

–De nada...

–¿De nada?

–Sí.

–¿Qué te ha parecido tan divertido?

–No lo entenderías –respondió–. Anda, acuéstate. Nos veremos por la mañana.

Harriet dio media vuelta y se encerró en su habitación. Luego, se tumbó en la cama y rompió a reír.

A la mañana siguiente, se miró al espejo mientras la maquilladora le daba los últimos retoques. Llevaba una indumentaria menos ostentosa que la de la noche anterior, aunque no menos cara; un traje de chaqueta y falda, de seda gris, que combinó con el collar de diamantes que habían alquilado en la joyería.

En cuanto la maquilladora se marchó, alcanzó el teléfono móvil

y llamó a la vecina que cuidaba de su perro.

–Hola, Jenny. ¿Qué tal se está portando Phantom?

–Bien, como siempre.

–¿Todavía tiene comida?

–¿Es que lo dudas? Dejaste comida suficiente para una semana.

–Lo sé, pero tenía miedo de que me echara de menos y perdiera el apetito.

Acababa de cortar la comunicación cuando llamaron a la puerta. Era Darius, pero no estaba solo; lo acompañaban Marcel y Jackson.

–¿Ya estás preparada?

–Sí.

Marcel y Jackson se acercaron a Harriet para ofrecerse a llevarla del brazo, pero Darius intervino con firmeza.

–Alejaos de ella. Es mía –dijo.

Minutos después, entraron en el salón de baile del hotel, que ya habían preparado para la ceremonia nupcial. Harriet se sentó con Darius y sus hermanos y se dedicó a admirar los arreglos florales hasta que Mary apareció y caminó hacia Ken, que la esperaba en la tarima. La exmujer de Darius llevaba un vestido de satén, de color azafrán, y una diadema de diamantes en el pelo.

Frankie y Mark la seguían a poca distancia. La niña lucía un vestido bastante recargado y el niño, una especie de disfraz de paje con el que no parecía muy contento.

Cuando pasaron ante ellos, Darius sonrió a su hijo y dijo en voz baja:

–Ánimo, compañero.

La ceremonia avanzó lentamente hasta el momento de los votos. Entonces, Harriet se giró hacia Darius, pensando que estaría concentrado en la mujer que había sido su esposa. Pero no estaba mirando a Mary, sino a ella. Y la miraba de un modo tan intenso que se puso nerviosa y apartó la vista de inmediato.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Amos los observaba con el ceño fruncido. Sin embargo, Jackson y Marcel lo notaron e intercambiaron un gesto de preocupación. Conocían bien a su padre y sabían que esa expresión no auguraba nada bueno.

Capítulo 8

Concluida la ceremonia, Amos llevó a Jackson a un aparte y dijo:

–¿Qué sabes de esa mujer?

–¿De Harriet? Solo sé que es encantadora y que es una influencia positiva en la vida de Darius –contestó.

–Explícate.

–Bueno... los he estado observando.

–¿Y?

–Darius se ríe con ella.

–¿Que se ríe? –preguntó, sin entender absolutamente nada.

–Sí, se lo pasa en grande.

Marcel, que estaba cerca, decidió intervenir.

–Yo también lo he notado. ¿Y sabes por qué se ríe tanto? Porque le toma el pelo.

–No puedo creer que Darius se ría porque le tomen el pelo –gruñó su padre.

–Se hacen bromas el uno al otro –explicó Jackson–. Bromas privadas que, en ocasiones, solo entienden ellos... Nunca había visto tan contento a nuestro hermano. Cuando está con ella, es un hombre distinto.

Amos guardó silencio. Se alejó de Marcel y de Jackson y esperó en el pasillo hasta que Darius apareció con Harriet, a la que saludó. Luego, miró a su hijo y declaró:

–Necesito hablar contigo.

–¿Qué ocurre?

–Tenemos que hablar.

–¿Ahora? La recepción va a empezar en cualquier momento...

–Seré breve.

Darius dejó a Harriet y acompañó a su padre a una salita cercana, donde cerraron la puerta para que nadie los pudiera oír.

–Las cosas están empeorando, ¿verdad?

–Económicamente, podrían ir mejor; pero en otros sentidos...

–Me refería a la economía –lo interrumpió.

–Por supuesto.

–No consigues los créditos que necesitas para salir adelante. Y cuando intentas vender alguna propiedad para tener efectivo, te ofrecen cantidades inferiores a su valor.

Darius lo miró con ojos entrecerrados.

–¿Cómo lo sabes?

–Oh, vamos, no es ningún secreto –respondió su padre–. Pero en lugar de quedarte en Londres e intentar resolver tus problemas, te dedicas a perder el tiempo en una isla que no merece la pena... Por cierto, ¿qué valor tiene?

–¿En términos monetarios?

–No juegues conmigo, Darius. Sabes perfectamente que estoy hablando de dinero. ¿Cuánto te darían por ella?

–No tengo ni idea.

–Pero estás viviendo allí. Seguro que lo has investigado.

–Todavía no tengo datos suficientes. Ni siquiera sé si la quiero vender.

–Y supongo que esa joven está directamente relacionada con tus dudas, ¿verdad? Espero que no te la tomes muy en serio.

–Esa mujer me salvó la vida, papá.

–Yo no le daría demasiada importancia. Es su trabajo. No significa nada para ella.

–Te equivocas. No trabaja para el servicio de salvamento marítimo; solo es una voluntaria –explicó–. Harriet tiene una tienda, pero está de guardia permanentemente por si la necesitan. Lo hace por solidaridad, no por interés.

Su padre hizo un gesto de desdén.

–Está bien, ahórrame el discurso. Le agradezco que te salvara, pero no es mujer para ti. No tiene un céntimo y no entiende tu forma de vida.

–¿Cómo sabes que no tiene un céntimo? –preguntó con desconfianza–. Espero que no la hayas investigado, porque si te has atrevido...

–No seas melodramático. Me he limitado a hacer unas cuantas indagaciones. Parece una mujer decente, con una existencia más bien aburrida.

–¿Y qué esperabas? ¿Que llevara una vida social desenfrenada?

Es una viuda que estaba muy enamorada de su marido. Lo echa de menos.

Amos sonrió con satisfacción.

–Ah, veo que no lo sabes...

–¿Qué tengo que saber? ¿De qué estás hablando?

–¿Nunca te ha llevado a la tumba de su esposo?

–Claro que no.

–¿Has ido a verla tú?

–¿Por qué diablos iba a hacer eso?

–Por saber la verdad sobre esa mujer.

–No te entiendo.

Amos sacó un papel del bolsillo y se lo dio. Era la necrológica de un periódico.

–Léelo –dijo–. Descubrirás que tu heroína tiene unos cuantos secretos.

Darius leyó la necrológica y se encogió de hombros.

–No veo qué tiene de extraño, la verdad. Aquí solo dice que se mató en Los Ángeles, en un accidente de tráfico, y que lo enterraron allí.

–¿Y no te parece extraño?

–¿Por qué? Tengo entendido que trabajaba para una agencia de turismo. Seguro que viajaba con frecuencia.

–Pero no estaba en Los Ángeles por motivos de trabajo –dijo Amos–. Estaba viviendo con la mujer con quien se iba a casar cuando se divorciara de Harriet.

–¿De dónde has sacado eso? –bramó.

–Por Dios, Darius... estoy informado de todo lo que te afecta.

–¿Me estás espiando?

–Me limito a hacer lo necesario para mantenerme al corriente de tu situación. Deberías estar agradecido. ¿Crees que voy a permanecer al margen mientras te hundes?

–Yo no me estoy hundiendo –se defendió.

–Te estás volviendo sentimental, y eso es un lujo que no te puedes permitir. Esperaba que entraras en razón y lo descubrieras tú mismo; pero, ya que te empeñas en complicarte la vida, déjame que te lo diga yo. Esa mujer te ha engañado. Te ha presentado una versión de los hechos que está lejos de ser verdad.

–Harriet no me ha engañado. No tiene por qué decirme nada de

sus relaciones anteriores. Son asunto estrictamente suyo.

–Sí, lo son. Pero guarda demasiados secretos para andar por el mundo con el disfraz de una mujer sincera –observó su padre–. Si te ha engañado con eso, es posible que te oculte más cosas.

–Cosas que me contará si me las quiere contar.

Amos sacudió la cabeza.

–¿Es que no lo comprendes? Esa mujer fracasó con su marido anterior y te ha echado el ojo porque sabe que tienes dinero. Quiere casarse contigo y divorciarse después para sacarte lo poco que Mary te ha dejado.

Darius soltó una carcajada.

–¿Casarse conmigo? No tienes ni idea de lo que dices. Es amiga mía, nada más.

–No puedo creer que un hijo mío sea tan inocente... Esa mujer es tan honrada como el peor de los banqueros.

–Menuda estupidez.

–Vaya, parece que ya te ha echado el lazo...

–Si insinúas que me he enamorado de ella, te equivocas. Como ya he dicho, solo somos amigos. Con Harriet, he descubierto un tipo de amistad que ni siquiera sabía que existiera. Puedo sincerarme sin tener miedo de que utilice esa información contra mí. Da mucho más de lo que recibe. Créeme, papá, es toda una revelación. Y no voy a estropear nuestra amistad por culpa de tus sospechas.

Amos lo miró con lástima.

–¿Una revelación? –ironizó–. Bueno, reconozco que tu amiga es más astuta de lo que había imaginado. Incluso es posible que no se quiera casar contigo. Puede que solo quiera manipularte para que te portes bien con sus amigos de la isla. ¿Quién sabe? Quizás le paguen para que estés de su lado.

Darius perdió la paciencia.

–¡Basta ya! Si sabes lo que te conviene, será mejor que cierres la boca.

–¿Me estás amenazando? Está bien, como quieras. He intentado ayudarte, pero está visto que no se puede ayudar a un idiota.

–Sí, puede que sea un idiota. Y puede que sea feliz siéndolo.

–Entonces, eres dos veces idiota.

–Como te atrevas a ser grosero con Harriet...

–No tengo ninguna intención –lo interrumpió–. Pero esta

conversación ha terminado. Nos están esperando.

Al llegar al salón de baile, Darius se alejó de su padre y buscó a Harriet con la mirada. Se había sentado a una de las mesas y miraba a su alrededor con expresión sombría, como si estuviera preocupada; pero cuando lo vio en la distancia, su rostro se iluminó.

Darius se acercó y se sentó a su lado.

–Siento haber tardado tanto –se disculpó.

–¿Va todo bien?

Él la tomó de la mano.

–Sí, no era nada importante.

En ese momento, un camarero se acercó y les dio dos copas de champán. Darius levantó la suya y dijo:

–Bueno, olvidemos los problemas y divirtámonos.

Poco después, llegó el momento de los discursos. El padrino de la boda fue el primero en hablar, y luego se sumaron los recién casados y algunos de los invitados a la ceremonia. Pero Darius no prestó demasiada atención a lo que decían. Estaba totalmente concentrado en su acompañante. Se preguntaba si estaría pensando en su boda con Brad y en la tragedia que la había separado de él.

Al final, los camareros recogieron las mesas y Mary y Ken empezaron a bailar. Los demás se les unieron al cabo de unos momentos.

–Esta vez, seré el primero que te saque a la pista –dijo Darius–. Si no actúo con rapidez, tus pretendientes empezarán a hacer cola...

–Tonterías –dijo con afecto.

–No son tonterías. Es agradable que la dama que te acompaña goce de la admiración de todos los invitados, pero también puede ser problemático. No te quiero compartir.

–Ni yo a ti, pero tenemos que ser sociables.

–Vaya, veo que estás disfrutando.

–¿Por qué no? Siempre me han gustado las experiencias nuevas. Además, me invitaste para que me hiciera pasar por tu novia y tu padre renunciara a la idea de que te cases con Freya. En la práctica, no soy más que un maniquí que... ¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

Darius le acababa de acariciar un muslo por debajo de la mesa.

–Comprobando el maniquí –respondió con humor–. Pero no me parece que seas precisamente de plástico.

Harriet pensó que debía protestar y pedirle que apartara la

mano. Sin embargo, sus caricias le habían gustado tanto que fue incapaz de abrir la boca. Y cuando él la levantó de la silla y la sacó a bailar, deseó que ese momento no terminara nunca.

Poco después, Marcel se acercó con intención de sustituir a Darius, que se limitó a sonreír y a decir, sin acritud:

–Vete al infierno.

–Está bien…

Durante los minutos siguientes, Harriet se dejó llevar por la música y por el contacto de las manos de Darius, que la estaban volviendo loca. Hasta que lo miró a la cara y se dio cuenta de que parecía preocupado.

–¿Qué te pasa?

–Nada…

–Oh, vamos. Soy tu amiga; cuéntamelo.

Él dudó. Estuvo a punto de contarle lo que le había dicho su padre cuando se quedaron a solas; pero tuvo miedo de hacerle daño y se lo calló.

–No es nada, en serio.

Al cabo de un rato, se separaron para socializar un poco con los demás. Harriet bailó con Jackson y Marcel hasta que Amos se presentó y dijo:

–Tenía muchas ganas de bailar contigo. Espero que no sea demasiado tarde.

Ella sonrió y aceptó su ofrecimiento.

–Claro que no.

Darius, que en ese momento estaba con Freya, se dio cuenta y frunció el ceño.

–¿Qué diablos… ?

–Parece que Harriet le ha gustado –declaró Freya–. Fíjate en cómo sonríe… cualquiera diría que le está dando la bienvenida a la familia.

–Si tú lo dices…

–Supongo que debería estar agradecida. Tu amiga me ha ahorrado un problema con Amos.

–¿De que estarán hablando? ¿Por qué se ríe mi padre?

–No tengo ni idea, pero ella también se está riendo –comentó–. ¿No te parece maravilloso? Me alegra que se hayan caído bien.

Darius frunció el ceño. Conociendo a su padre, supuso que

intentaba tenderle un trampa para que Harriet se relajara y dijera algo que pudiera usar en su contra. Lo había visto muchas veces en acción y sabía de lo que era capaz. Pero ahora era distinto. Harriet le importaba, y sentía la necesidad de protegerla.

–¿Bailamos? –le dijo a Freya.

Freya supo de inmediato que Darius no quería bailar por placer, sino para tener una excusa para acercarse a Harriet y a Amos; pero, a pesar de ello, aceptó el ofrecimiento.

–Claro.

Cuando ya estaban a pocos metros de la pareja, dijo:

–¿Nos acercamos más? ¿O es suficiente?

–Solo un poco más... ¿Puedes oír lo que dice mi padre?

–Algo sobre una tienda de Herringdean... una tienda de antigüedades –contestó Freya–. No sabía que a Amos le interesaran esas cosas.

–Y no le interesan. Pero sabe que Harriet tiene una tienda.

–Pues ahora está hablando de dinero. Le acaba de preguntar por el valor de su establecimiento.

–Maldita sea...

–No entiendo que te sorprenda. El dinero es lo más importante para él –afirmó–. Pero cuidado... nos está mirando. ¿Qué te parece si le gastamos una broma?

–¿Una broma?

–Sí. Mírame a los ojos como si yo te importara de verdad. Pensará que eres un buen hijo y quién sabe... puede que te firme un cheque por valor de varios millones.

–No lo dudo; pero después querría que me case contigo.

–Y yo lo impediría con mi último aliento –ironizó.

–O yo con el mío.

Cuando terminaron de bailar, Darius se acercó al bufet para pedir un zumo de naranja. Estaba observando a Harriet cuando Mary se le acercó y preguntó:

–¿De dónde has sacado a esa chica? Es un encanto.

–Sí, es maravillosa, ¿verdad? Me alegra que te guste.

–¿Es que te sorprende? ¿Pensabas que me pondría celosa? –preguntó con humor–. Al contrario... me está haciendo un favor. Si estás con ella, no me sentiré culpable por dejarte solo. Además, le ha caído bien a los niños. Ahora sé que los puedo dejar con vosotros

y despreocuparme.
Darius la miró con asombro.
–¿Lo dices en serio?
–Sé que estabas convencido de que quería separarte de los niños, pero te equivocas. Solo les quería ahorrar el dolor de tener un padre que nunca se ocupaba de ellos.
–Bueno, sé que no he estado a la altura, pero...
–Pero las cosas han cambiado –lo interrumpió–. Sí, lo sé. Esa mujer te conviene, Darius. Ha conseguido que casi parezcas sensible.
–Nunca pensé que me dirías eso, Mary.
–Ni yo pensé que lo llegaría a decir. De haberlo sabido antes, te habría dejado a los niños durante mi luna de miel. Pero me temo que ya no es posible.
–¿Por qué?
–Porque hablé con mi madre y está deseando quedarse con ellos –respondió.
–Qué lástima...
–Sigue así, Darius. Y no te alejes de esa mujer. Los niños la adoran.
La velada avanzó poco a poco, hasta que los novios subieron a cambiarse de ropa y se marcharon a su luna de miel. Luego, Darius y Harriet salieron a despedir a los niños y a su abuela, que se los llevó a su domicilio de Londres.
Cuando ya se habían quedado a solas, él preguntó:
–¿Estás cansada?
–Sí, un poco. Dijiste que mañana saldríamos a primera hora, ¿verdad?
–Sí. Será mejor que nos acostemos.
De camino al ascensor, él le pasó un brazo alrededor de la cintura.
–¿Te has divertido?
–Sí. Me lo he pasado muy bien –respondió ella–. Todo el mundo ha sido encantador conmigo. Sobre todo, tu padre.
–Ah, sí... os vi cuando estabais bailando.
–Me quedé asombrada cuando me lo pidió. Es un hombre muy cortés.
–Ten cuidado con la cortesía de Amos, Harriet –le advirtió.

Ella se encogió de hombros.

–Sé que solo quería ser educado, pero... no sé. Me preguntó por mi tienda y dijo que las antigüedades son muy rentables últimamente. Cuando le confesé que se parece más a una tienda de souvenirs que a otra cosa, soltó una carcajada y dijo que, en la vida, las cosas nunca son lo que parecen.

–Ya.

–Eh, me vas a hacer daño...

Darius no se había dado cuenta, pero la estaba apretando sin querer, furioso. No soportaba la idea de que su padre intentara manipular a una mujer inocente; a una de las mejores personas que había conocido.

–Lo siento.

Cuando llegaron al piso donde estaban sus habitaciones, Harriet había recuperado su sonrisa; una sonrisa que derribaba todas sus defensas. De haber podido, la habría besado. Pero no quería poner en peligro su amistad, así que se contuvo.

–Duerme bien –dijo Darius–. Nos iremos al alba.

–Buenas noches.

Harriet entró en su habitación y se quedó escuchando los pasos de Darius en el pasillo, mientras se alejaba.

Su corazón estaba desbocado. Al llegar la medianoche, Cenicienta volvía a ser una chica normal y corriente. Pero, en lugar de salir corriendo y perder un zapato de cristal, Harriet se había marchado de la fiesta en compañía del príncipe que, además, la había acompañado hasta la puerta de la habitación.

Suspiró y pensó que no debía hacerse ilusiones. No estaba en un cuento, sino en la realidad. Era mejor que se desnudara y se acostara.

Encendió la lámpara de la mesita de noche, se quitó la ropa con rapidez y se puso un pijama de algodón. Luego, hizo el equipaje para no tener que hacerlo por la mañana, apagó la luz y se acostó.

Entonces, llamaron a la puerta.

–¿Quién es? –preguntó.

–Yo.

Capítulo 9

Harriet entreabrió la puerta lo justo para poder asomarse. Era Darius. Se había quitado la chaqueta y la corbata.

–¿Puedo hablar contigo?

Ella dio un paso atrás y lo dejó entrar. Quiso encender la luz, pero no pudo porque él la tomó de la mano.

–Te debo una disculpa por mi comportamiento de esta noche.

–¿Tu comportamiento? –preguntó, perpleja–. No me has ofendido de ninguna forma.

–Eres muy amable, pero me he puesto posesivo contigo y no tenía derecho. Dijimos que solo seríamos amigos, ¿verdad?

Ella asintió.

–Lo siento, Harriet. Sé que no he respetado esa parte de nuestro acuerdo. Sinceramente, no esperaba que estuvieras tan... atractiva.

–Gracias –dijo con sorna.

–Oh, no quería decir eso... Maldita sea, lo estoy liando todo. Solo quería decir que eres cien veces más maravillosa de lo que imaginaba y que... Dios mío, Harriet...

Darius no se pudo contener. Pasó los brazos alrededor de su cuerpo y le dio el beso que ella estaba deseando, un beso apasionado, a la altura de su propio deseo. Harriet se apretó contra él y le acarició el cabello y la cara hasta que Darius se apartó un poco y la miró a los ojos con incertidumbre, como si no estuviera seguro de que aquello fuera real.

–Harriet, yo...

Ella le puso un dedo en los labios.

–Calla, no hables. Las palabras son peligrosas. No significan nada.

Darius pensó que tenía razón; las palabras no significaban nada frente al contacto de sus cuerpos. Y se preguntó cómo era posible que una mujer estuviera tan sexy con un pijama casi masculino, que ocultaba todas sus formas.

Harriet pensó que ya había vivido ese momento; esa misma

noche, cuando él metió una mano por debajo de la mesa y le acarició el muslo. Le había gustado tanto que había sentido el deseo de dejarse llevar, pero estaban en público y, obviamente, no podía.

En cambio, ahora estaban solos. Y podía elegir entre refrenarse otra vez o ser cálida, íntima, seductora, apasionada, sensual. Cualquier cosa menos fría.

Su respiración se aceleró cuando Darius tomó de nuevo su boca y, a continuación, le besó con dulzura la frente, la nariz, los ojos y el cuello. Pero la parte más insegura de Harriet todavía no había desaparecido, y sus viejos temores la asaltaron de repente.

–Bésame –le rogó él–. Bésame como si...

–Espera, Darius. Por favor.

–No puedo esperar más.

Ella lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

–Esto no es lo que habíamos acordado. Dijimos que solo seríamos amigos.

–Ah, sí... –dijo él, lentamente–. Nuestro acuerdo.

–Exacto. Y tú, más que nadie, deberías saber que los acuerdos se deben respetar. –Harriet sonrió débilmente–. No compliquemos más las cosas.

Él asintió.

–Una vez más, tienes razón. Bueno, será mejor que me vaya... Buenas noches. Que duermas bien.

Darius salió y cerró la puerta, dejándola sola y a oscuras.

Fue una noche muy larga. Darius intentó poner sus pensamientos y sus sentimientos en orden, pero se rebelaban contra él constantemente. Además, la conversación con su padre había servido para que entendiera mejor a Harriet Connor. Ahora comprendía el verdadero alcance de su dolor.

Abrió la ventana y se quedó escuchando los sonidos leves que llegaban desde la habitación contigua, la de Harriet. Por lo visto, estaba tan inquieta como él. Había estado a punto de dejarse llevar y de entregarse al deseo que, evidentemente, también sentía. ¿Por qué había cambiado de opinión? Darius solo encontró una respuesta posible: porque el fantasma de su esposo se había interpuesto entre ellos.

Al cabo de unos minutos, los sonidos de la habitación de Harriet cesaron y Darius pensó que había llegado el momento de acostarse.

Cuando Harriet despertó a la mañana siguiente, se dijo que no había pasado nada, que el suceso de la noche no tenía ninguna importancia. Pero más tarde, cuando se miró al espejo y se vio con unos sencillos vaqueros y una blusa, tan distinta a la mujer de la fiesta de los Falcon, dudó. Habría dado cualquier cosa por seguir viviendo aquel sueño.

Llamó al servicio de habitaciones para que le subieran el desayuno, que se tomó con rapidez. El camarero se acababa de llevar la bandeja cuando Darius se presentó en la puerta con un café en una mano y un bollo en otra.

–Me alegra ver que ya estás despierta. Temía que se te pegaran las sábanas. Anoche nos acostamos muy tarde –dijo.

–Siempre me levanto pronto –afirmó–. Siéntate... estaré en un momento. He guardado las joyas en su caja. Puedes comprobarlo si quieres.

Darius abrió la caja y sacó el collar.

–Esto no. Esto es tuyo.

–¿Mío? No es posible. Lo alquilaste.

–Lo demás es alquilado, pero el collar... Oh, vaya, ¿olvidé mencionar que lo compré?

–Eso me temo.

–Pues lo compré –repitió–. Será mejor que lo guardes.

Harriet lo miró con incredulidad.

–¿Me estás tomando el pelo?

–Por supuesto que no.

–Entonces, me has engañado...

–Sí. Completamente –dijo, sin arrepentimiento alguno.

–Sabes que no habría permitido que me compraras algo tan caro.

–Es verdad, pero no me gusta que la gente me diga lo que tengo que hacer. Siempre he sido bastante autocrático. Me gusta hacer lo que quiero y cuando quiero. –Darius sonrió–. Anda, guárdelo con el resto de tus cosas.

–Tú... tú...

Él suspiró.

–Oh, vamos, no me digas que no te gusta.

Ella también suspiró.

–¿Cómo no me va a gustar? Es precioso. Pero no deberías haberlo comprado.

–Bueno, ya está hecho, ¿no?

–Darius…

–Deja de llevarme la contraria.

–Y tú, deja de darme órdenes.

Él volvió a sonreír.

–En ese caso, guarda el collar de una vez. Y no lo pierdas; porque, si lo pierdes, tendré que comprarte otro.

Darius salió de la habitación, terminó de desayunar y bajó a recepción a pagar la factura. Cuando volvió con Harriet, la descubrió hablando por teléfono con la vecina que cuidaba de Phantom.

Unos minutos después, subieron a un coche y tomaron el camino del aeropuerto, donde los estaba esperando otro helicóptero. El aparato despegó y se dirigió al sur, hacia la isla de Herringdean.

–Me encanta esta época del año –dijo Harriet cuando la divisaron en la distancia–. La isla está en todo su esplendor.

–Y supongo que no recibiréis tantas llamadas de socorro en el servicio de salvamento…

–Eso depende. No hay tantas tormentas, pero la gente sale a navegar más con el buen tiempo y se producen accidentes de todas formas.

El helicóptero sobrevoló entonces la playa de Giant's Beacon y Darius sonrió.

–Mira quién está ahí.

Harriet miró por la ventanilla.

–¡Es Phantom!

El perro estaba corriendo por la playa en persecución de una pelota que Jenny le acababa de lanzar.

–¿Es tu vecina?

–Sí, Jenny Bates, una mujer encantadora –contestó–. Pero ¿qué está haciendo Phantom?

De repente, el animal había cambiado de rumbo y se había metido en el agua, ajeno a los gritos de Jenny.

–¡Oh, no!

–No te preocupes –dijo Darius–. Nada muy bien.

–Sí, pero siempre está conmigo cuando nada. Sin mí, es capaz de

seguir nadando hasta agotarse. Maldito perro…

Darius se inclinó hacia el piloto.

–Aterrice tan cerca de la playa como pueda, por favor.

El helicóptero tomó tierra y Darius y Harriet corrieron hacia Jenny.

–Lo siento, Harriet. Le he llamado para que vuelva, pero no me obedece.

–Iré a buscarlo –dijo él.

–¡Phantom! –gritó Harriet.

El perro dio media vuelta al instante y nadó tan deprisa como pudo hasta llegar a la orilla, donde se puso a ladrar.

Darius se quedó donde estaba, porque era evidente que ya no necesitaban de sus servicios. Pero al ver a su amigo humano, Phantom volvió a ladrar y cargó hacia él.

Por suerte, Harriet lo interceptó antes de que lo derribara y lo pusiera perdido de agua.

–Será mejor que te vayas de aquí. Phantom es muy fuerte y no sé cuánto tiempo podré sujetarlo. Lárgate de una vez o te volverá a estropear un traje.

–Pero…

–Venga, márchate. Y gracias por el fin de semana.

Darius no podía hacer nada al respecto, de modo que se despidió y volvió al helicóptero.

Mientras despegaban, pensó que la historia se volvía a repetir. Una vez más, Harriet se quedaba en la playa y él, se iba.

Al llegar a casa, cayó en la cuenta de que Harriet se había dejado su equipaje. Consideró la posibilidad de devolvérselo él mismo, pero se lo pensó mejor y se lo envió en un taxi. Tenía la sensación de que no sería bien recibido. Harriet había vuelto a su hogar y no necesitaba nada más.

Cuando el taxi se alejó, se maldijo para sus adentros y pensó que había sido un cobarde por no llevarle las maletas en persona. Si su padre lo hubiera sabido, se habría sentido avergonzado de él.

Pero la opinión de su padre era lo que menos le importaba en ese momento.

Las cosas volvieron a la normalidad durante unos días. Harriet

retomó sus viejas rutinas, incluido el baño matinal en la playa de Giant's Beacon. A veces, se encontraba con Darius y hablaban unos minutos, pero siempre se despedían de forma educada, como dos desconocidos.

Una noche, cuando ya se disponía a cerrar la tienda de antigüedades, Darius llamó a la puerta y entró.

–Si querías comprar algo, ya hemos cerrado.

–Gracias por tu calurosa bienvenida –se burló–. Hola, Phantom, ¿qué tal estás? Pórtate bien, anda. No querrás tirar las cosas de Harriet, ¿verdad?

–Phantom siempre se porta bien –dijo, indignada.

–Sí, claro, por eso me derribó cuando nos conocimos.

–Eso fue diferente. ¿Qué haces aquí? ¿Solo has venido a saludar?

–Bueno, reconozco que tengo otro motivo –contestó–. Y no lo digas, por favor.

–¿Que no diga qué?

–Que nunca hago nada sin motivos ocultos.

–No iba a decir eso.

–No, pero lo has pensado.

–Qué perceptivo eres –ironizó–. ¿Y qué motivo es ese, si se puede saber?

Darius sacó el teléfono móvil.

–Los niños me llaman todas las noches, y siempre quieren hablar contigo. Me he cansado de darles excusas.

–¿Es que creen que vivimos juntos?

–No, pero les extraña que no estés nunca conmigo.

–Y quieres que hable con ellos...

–Exacto.

–¿Y si salgo corriendo?

Darius sonrió.

–Eres una buena amiga. No saldrás corriendo.

El teléfono sonó antes de que Harriet pudiera replicar. Darius contestó al instante.

–Hola, Frankie, ¿qué has estado haciendo hoy?

Tras un par de minutos de conversación, Darius miró a Harriet y dijo:

–Sí, Harriet está aquí. ¿Quieres hablar con ella? Te la paso enseguida.

Harriet respiró hondo y se puso al teléfono.

Primero habló con Frankie y después, con Mark. Los niños se alegraron mucho de hablar con ella y, cuando Harriet cortó la comunicación y le devolvió el teléfono a Darius, ella también estaba de mejor humor.

–Gracias, Harriet. Sabía que no me dejarías en la estacada.

–Ha sido un placer. Tus hijos son encantadores.

Darius echó un vistazo a su alrededor y se fijó en un montón de cajas sin abrir.

–Por lo que veo, acabas de recibir un pedido grande.

–Sí, llegó hace unos minutos.

Darius se acercó a una de las cajas y la abrió rápidamente.

–¿Se puede saber qué estás haciendo?

–Echarte una mano. Es lo menos que puedo hacer a cambio de tu favor.

Harriet intentó protestar, pero no sirvió de nada. Durante las dos horas siguientes, se dedicaron a vaciar las cajas y a guardar su contenido, hasta que terminaron.

–Bueno, creo que nos hemos ganado una copa –dijo él–. Te invito a tomar algo en el pub.

Salieron de la tienda y se tomaron un par de cervezas en el pub local. Cuando por fin se despidieron, Harriet estaba convencida de que su relación había vuelto a la normalidad de una amistad corriente.

Pero tardó poco en descubrir su error.

Tres días más tarde, Darius se presentó en la playa mientras ella se estaba dando su baño matinal en compañía de Phantom.

–Tienes que ayudarme –dijo él con urgencia–. Sé que no vas a querer, pero...

–¿Por qué no voy a querer?

–Porque siempre te estoy pidiendo cosas –respondió.

–Darius, tranquilízate y dime lo que pasa.

Él suspiró.

–Mary me ha llamado por teléfono. La abuela de mis hijos se ha acatarrado y no se puede quedar con ellos. No es más que una gripe, pero es mejor que se vayan... Y naturalmente, quieren venir

aquí.

–Es lógico que quieran estar contigo –observó.

–Sí, pero Mary solo lo permitirá si tú estás presente. Cualquiera diría que te quieren ver a ti y no a mí.

–Tonterías. Tú eres su padre.

–Pero no se puede decir que haya sido un buen padre. Además, Mary confía en ti. Si no estás con ellos, no dejará que vengan.

Harriet no se pudo negar. A fin de cuentas, Darius era amigo suyo. Y el hombre del que se estaba enamorando.

–Está bien, te ayudaré.

El móvil de Darius sonó en ese momento.

–¿Mary? Sí, sí... se lo acabo de pedir y está de acuerdo. ¿Cómo... ? Ah, claro. Espera un momento.

Darius le pasó el teléfono y dijo:

–Quiere hablar contigo.

–Hola, Harriet –la saludó Mary–. Supongo que Darius ya te ha contado el problema que tenemos, ¿verdad?

–Sí, pero no te preocupes por nada. Estaré encantada de ayudaros. Y seguro que a los niños les gusta la isla.

–La isla y tú. No dejan de hablar de ti. Pero necesitaba saber que estarías con ellos.

–Lo estaré.

–Están bien educados. No comen mucho, se acuestan cuando se les dice y...

–Espera un momento, Mary...

Harriet acababa de comprender algo terrible. Mary le había empezado a dar explicaciones sobre el comportamiento de los niños porque, evidentemente, creía que estaba viviendo con Darius y que estaría con ellos todo el tiempo.

Pero Darius, que también se había dado cuenta, le lanzó una mirada tan tierna y llena de desesperación que no fue capaz de decirle la verdad.

–¿Qué pasa, Harriet?

–Nada... es que... no soy muy buena cocinera.

–Ah, no te preocupes por eso. Kate es una cocinera excelente.

Cuando Harriet terminó de hablar con Mary, se sentía como si la tierra se hubiera abierto bajo sus pies; pero Darius estaba tan contento que la abrazó con fuerza y exclamó, fuera de sí:

–¡Gracias! ¡Oh, gracias!
Harriet le puso las manos en el pecho y lo apartó.
–No sabes cuánto te lo agradezco –continuó él.
–Ya, bueno.
–Mañana iré a recogerlos a Londres. ¿Quieres venir conmigo?
–No sé si puedo. Tendré que llamar al servicio de salvamento para ver si me pueden reemplazar –contestó.
–Pues llama.
–Está bien...
Sus compañeros del servicio de salvamento le dijeron que no había ningún problema. Por lo visto, tenían voluntarios de sobra.
–No te preocupes por nada –dijo Darius cuando cortó la comunicación–. Sé que no tenías ninguna intención de mudarte a mi casa, pero solo será temporal... y te prometo que las cosas se harán como tú quieras. Tu palabra será la ley. No te molestaré, mantendré las distancias, no haré nada que...
–¡Basta ya! –protestó, casi a punto de reír–. Hablas como una ametralladora.
–Es que no lo puedo evitar. La visita de mis hijos es tan importante para mí que estoy muy nervioso –le confesó.
–Todo saldrá bien, Darius. Pero será mejor que nos pongamos manos a la obra. Hay mucho que hacer.
–Sí, eso es verdad.
–Ahora que lo pienso, ¿qué vamos a hacer con Phantom?
–Vendrá con nosotros, naturalmente. No quiero que se lo dejes a tu vecina –dijo–. A los niños les gustará mucho.
–Sí, supongo que sí.
–Y ahora que lo pienso, sospecho que va a ser más importante en este asunto que tú.
Ella soltó una carcajada.
–Sí, yo también lo creo.
Mientras caminaban hacia la casa, él preguntó:
–¿Qué vas a hacer con la tienda? Los niños se van a quedar unas semanas, así que no tendrás mucho tiempo libre.
–Eso no es un problema. La dejaré en manos de mi ayudante y llamaré a una chica que nos ayuda de vez en cuando, para que le eche una mano.
–Está bien, pero yo me encargaré de su sueldo. Y no me lo

discutas, por favor.

–No te lo iba a discutir.

Él la miró con sorpresa.

–¿Ah, no?

–Claro que no. Tú no eres el único que se dedica a los negocios. Si quieres asumir los gastos, ¿quién soy yo para impedirlo?

Harriet sonrió y se alejó de él, silbando.

Capítulo 10

Harriet llamó a su ayudante en cuanto llegaron a la mansión, mientras Darius hablaba con Kate para advertirle sobre la visita de los niños.

Dedicaron el resto del día a llevar las cosas de Harriet a Giant's Beacon y, cuando terminaron, Kate le dio a elegir entre las cuatro habitaciones de invitados que estaban libres en la mansión.

–Seguramente, querrás la del fondo del pasillo –intervino Darius con una sonrisa–. Es la más fea, pero también es la que está más lejos de mi habitación.

Tras ver todas las habitaciones, Harriet se decantó por la que estaba justo encima de la entrada principal. Tenía la desventaja de que Darius dormía en la habitación contigua, pero era luminosa y muy bonita.

–¿Estás segura de lo que haces? Tengo entendido que hay un tipo muy peligroso que duerme cerca... –se burló él.

–Un tipo al que tú conoces bastante bien, ¿verdad?

–Desde luego que sí. Y deberías ver su habitación. Es la más bonita de la casa... sobre todo por la mañana, cuando el sol la ilumina –respondió–. Pero hazme caso: deberías tener cuidado con ese tipo. Tengo entendido que las habitaciones no tienen cerrojo.

–¿Y qué? Me ha prometido que no lo necesito –dijo ella, siguiéndole el juego.

–Eso es verdad.

–Pero si no cumple mi promesa, Phantom se encargará de él.

–Dios mío. Menuda amenaza...

Ella sonrió.

–Bueno, será mejor que nos acostemos. Se está haciendo tarde.

A la mañana siguiente, el helicóptero los recogió en el jardín y los llevó a Londres, donde subieron a un coche. Mark y Frankie se pusieron muy contentos cuando los vieron entrar en casa de su

abuela.

–¡Papá! ¡Has venido! –dijo la niña.

–Por supuesto que sí. Os lo prometí, ¿no?

Los niños no dijeron nada y Harriet se preguntó cuántas veces habría incumplido sus promesas. Poco después, apareció el ama de llaves con las pertenencias de los pequeños; al parecer, su abuela se encontraba bastante mal y no podía bajar a despedirlos, como habría hecho en otras circunstancias.

Durante el camino de vuelta, hablaron de Herringdean y de las cosas que los esperaban allí. Los niños se quedaron boquiabiertos cuando divisaron la costa de la isla desde las ventanillas del helicóptero.

–Es preciosa, ¿verdad? Cuando yo la vi por primera vez, me pareció el lugar más bonito del mundo –dijo su padre.

Como ya habían imaginado, Mark y Frankie se llevaron una sorpresa especialmente agradable cuando llegaron a la mansión y Phantom salió a recibirlos. Lo suyo fue amor a primera vista; un amor que se extendió entre juegos y carreras hasta que llegó la hora de dormir y Darius los acostó.

Por fin libres, él le sirvió una copa de vino a Harriet y propuso un brindis.

–Por ti. Porque, sin ti, nada de esto sería posible.

Ella aceptó el brindis y comentó:

–Ahora solo falta que seas un buen padre con ellos.

–Creo que ya he avanzado algo. ¿Has visto la cara que han puesto cuando les he dicho lo que pensé la primera vez que vi Herringdean? Ni siquiera sabían que yo me pudiera apasionar con nada. En eso, se parecen a ti.

–Se parecían –puntualizó–. Has cambiado, Darius. Ya no eres el mismo hombre.

–Puede que no, pero ¿quién soy ahora? –dijo en voz baja.

–Lo descubrirás con tus hijos.

–¿Y tú?

–No, esto es cosa suya y tuya. Yo no tengo nada que ver.

–Eso no es cierto. Lo sabes de sobra.

Harriet suspiró. El comentario de Darius le ofrecía la posibilidad de derivar la conversación hacia un terreno que era muy importante para ella. Al fin y al cabo, ya no podía negar que se estaba

enamorando de él; que, cuando estaba a su lado, se sentía más viva que nunca.

–¿Por qué has suspirado? ¿Te he ofendido de alguna forma?

–Claro que no.

–Siento haberte obligado a estar con mis hijos.

–No hay nada que sentir. Pero se está haciendo tarde. Voy a sacar a Phantom antes de irme a la cama.

–Te acompañaré.

–No, gracias. Quiero estar sola un rato. Buenas noches.

Harriet y Phantom salieron de la casa antes de que él pudiera protestar. Darius dio media vuelta para subir a su dormitorio y descubrió que sus hijos lo estaban mirando desde el descansillo de la escalera.

–¡Papá! ¡Papá!

–¿Qué estáis haciendo ahí? Deberíais estar durmiendo.

–Harry se ha marchado –dijo Frankie–. Y se ha llevado a Phantom.

–Pero volverá enseguida. Solo ha salido a pasear.

–¿Nos lo prometes?

–Os lo prometo. Y ahora, volved a la cama.

Los dos niños obedecieron; o, al menos, él fue tan inocente como para creer que habían obedecido. Unos minutos más tarde, cuando salió al jardín para ver si Harriet volvía, Mark y Frankie asomaron sus cabecitas por la ventana de la habitación.

–¿Ya vuelve? –preguntó Mark.

Darius sacudió la cabeza. Podría haberles recriminado su actitud, pero se dijo que no se quedarían tranquilos hasta que la vieran en persona.

–Está bien... bajad aquí y esperaremos juntos.

Mientras esperaban, Darius les describió su primer encuentro con Phantom y Kate, que seguía despierta, les sirvió vasos de leche y galletas en una de las mesas del jardín.

–La próxima vez, deberíamos acompañarla –dijo la niña.

–No hace falta que la acompañemos. Es una mujer adulta, y os aseguro que no va a salir corriendo.

–Entonces, ¿se va a quedar con nosotros para siempre?

–Eso lo tiene que decidir ella.

Darius pensó que sus hijos eran muy perceptivos con la gente. Al

igual que él, se habían dado cuenta de que Harriet era una mujer muy especial, un ser humano capaz de iluminar la vida de los otros con su alegría. Pero, a diferencia de él, lo habían notado en mucho menos tiempo, casi al instante.

–Mirad, ya llega –dijo Mark.

Harriet apareció en el jardín en compañía del perro.

–Menos mal que has vuelto –dijo Darius.

–¿Qué hacéis vosotros aquí? –preguntó ella, mirando a los niños.

–Te estábamos esperando...

–Pues ya he llegado. Venga, volved a la ca-ma.

Cuando por fin lograron que se acostaran y se quedaran dormidos, era tan tarde que Harriet estaba agotada.

–Tengo tanto sueño que me podría quedar dormida de pie.

–Acuéstate entonces. Tienes que descansar un poco... lo vas a necesitar.

–Y tú. Buenas noches, Darius.

Harriet durmió a pierna suelta hasta poco antes del alba, cuando se levantó y se asomó por la ventana. Al ver que en el despacho de Darius había luz, se puso una bata y salió de la habitación.

Darius estaba hablando por teléfono; por su tono de voz, debía de ser algún asunto de negocios, de modo que Harriet se quedó en el pasillo hasta que terminó de hablar.

–Buenos días... ¿Has dormido bien? –preguntó ella.

–No he dormido nada. Quiero estar libre de día para estar con mis hijos, pero tengo mucho trabajo y lo tengo que hacer en algún momento –se quejó.

–Oh, vaya, pobrecillo... ¿Te puedo ayudar en algo?

–Si me traes una taza de café...

Cuando Harriet volvió de la cocina con la taza de café, Darius se había quedado dormido en su despacho. Ella dejó el café en la mesa y le tocó en el hombro con suavidad. Él abrió los ojos y sonrió.

–Lo haré bien, profesora –le prometió–. Ya lo verás.

–Ya lo estás haciendo bien. Anoche me sentí orgullosa de ti. Tus hijos se divirtieron mucho con tus bromas y tus anécdotas.

–Sí, se lo pasaron en grande cuando les conté el mayor ridículo de su padre.

–¿El mayor ridículo? –preguntó con curiosidad.

–El que hice contigo y con Phantom cuando nos conocimos.

–¿Les has contado eso? –dijo, admirada.

–Tú me dijiste que se lo contara.

–Yo nunca te he dicho que...

–Bueno, no me he lo has dicho de forma explícita, pero me lo has insinuado muchas veces, de una u otra forma.

–Pues habrá sido mi fantasma, porque no recuerdo haber estado presente cuando insinué tal cosa –se defendió.

–Tú siempre estás presente. Siempre estás en mi corazón, conmigo.

Ella se quedó sin habla.

–No me digas que no lo sabías... –continuó él.

–No, no lo sabía.

Darius la miró con intensidad.

–Parece que hay muchas cosas que no sabes.

–Ya veo.

–Por lo visto, no soy el único que está confuso.

Harriet se sintió mareada. A su modo, Darius le estaba diciendo que quería mantener una relación con ella. Pero se sintió tan insegura que hizo un comentario humorístico para reducir la tensión del ambiente.

–Qué tontería. El gran empresario no está confuso nunca.

–Eso creía yo. Y cuando llegó la confusión, no supe cómo afrontarla.

En ese momento, oyeron un sonido procedente del ordenador de Darius.

–Creo que acabas de recibir un mensaje –dijo ella–. Me vuelvo a mi habitación, pero deberías dormir un poco.

Harriet volvió a su habitación y cerró la puerta, nerviosa. Se alegraba de que aquel mensaje de correo electrónico hubiera interrumpido la conversación. Sabía que, si hubieran seguido hablando, habría dicho cosas de las que después se habría arrepentido.

Mark y Frankie se lo pasaban en grande en la isla. Acostumbrados a la ciudad, los espacios abiertos de Herringdean fueron toda una revelación para los dos niños. Y disfrutaron mucho cuando Harriet los llevó a navegar en su velero, especialmente

porque su padre sabía tan poco de navegación que hasta ellos tenían más conocimientos.

Al volver a la casa, Darius se dirigió al despacho para seguir trabajando y ella y Kate empezaron a preparar la cena.

–¿Papá va a cenar con nosotros? –preguntó Darius.

–Tiene trabajo que hacer –respondió Harriet–. Anoche no durmió nada porque quería pasar el día con vosotros. Le llevaré un plato al despacho.

–¿Te vas a casar con él? –intervino Frankie.

Harriet miró a la niña y se dio cuenta de que Darius estaba en el pasillo, lo cual significaba que había oído a su hija.

–Es pronto para saberlo, Frankie –contestó con diplomacia–. De momento, solo somos amigos. Ya veremos lo que pasa.

Al final de la noche, Darius salió del despacho para acompañarlos a sacar al perro. Harriet y los niños se acostaron después, pero ella no se llevó ninguna sorpresa cuando Darius llamó a la puerta de su habitación.

–Solo quería decirte que siento que Frankie te haya incomodado con esa pregunta. Es demasiado pequeña para entender que… algunas cosas llevan su tiempo.

–Y conviene que lo lleven, porque así se evitan errores.

–¿Qué quieres decir?

Ella guardó silencio.

–Harriet, no me expulses de tu corazón.

Ella suspiró.

–No es eso, Darius. Es que me casé muy joven y… Bueno, no importa, olvídalo.

–Di lo que ibas a decir –insistió él–. Habla conmigo, te lo ruego.

Harriet asintió con tristeza.

–Es algo que he guardado en secreto durante mucho tiempo. Mis amigos siempre han creído que Brad y yo éramos la pareja perfecta, y me sentía tan avergonzada que no me atreví a decirles la verdad –le confesó–. Yo estaba enamorada de mi esposo, ¿sabes? Pero él…

–Sigue, por favor. Cuéntamelo todo.

Harriet respiró hondo y se acercó a la ventana.

–No sé, Darius. Estoy tan confundida…

–Confía en mí.

Tras unos segundos de silencio, Harriet empezó a hablar.

–Nuestro matrimonio fue un error. Nos casamos tan deprisa que no me di cuenta de que Brad no era el hombre que yo creía. Después de muchas infidelidades, me abandonó para casarse con una estadounidense. Se marchó a vivir con ella y murieron juntos en un accidente de tráfico. Aún guardo la última carta que me envió. Me pedía que acelerara el proceso de divorcio porque ella se había quedado embarazada.

–Lo siento mucho, Harriet.

–Es extraño, pero solo hay una cosa que no le haya perdonado todavía.

–¿Cuál?

–Que abandonara a Phantom como me abandonó a mí. El pobre perro lo adoraba. Se pasó varios días junto a la puerta, gimiendo. Le había partido el corazón –respondió Harriet–. Sé que es feliz conmigo, pero a veces me pregunto si todavía lo echa de menos.

–Esa no es la cuestión.

–¿A qué te refieres?

–A si tú lo echas de menos –dijo–. Puede que quieras tanto a Phantom porque te recuerda a tu difunto esposo.

–No, en absoluto –replicó con rapidez–. Brad forma parte de un pasado que ya no existe. Quiero a Phantom porque es un perro maravilloso, mejor y más leal que muchas personas.

–¿Estás segura de eso?

–Completamente. Como ya he dicho, el recuerdo de Brad pertenece a otra vida, a otro mundo. Aunque, a veces, me siento tan mal que no sé si hay un mundo para mí.

–Por supuesto que lo hay.

–¿Tú crees?

Darius se inclinó y le dio un beso en los labios.

–Yo soy tu mundo. Mis brazos, mis labios, mi corazón.

En el silencio posterior, Darius la tomó de la mano y la llevó a su habitación. Harriet era perfectamente consciente de lo que iba a pasar, pero no hizo nada por impedirlo. Tenía la sensación de que estaba a punto de empezar una nueva etapa; una vida nueva, llena de pasión, que ardía en deseos de vivir.

Darius había acertado. Su mundo era él.

Y cuando hicieron el amor, Harriet supo que ese mundo podía ser suyo.

Capítulo 11

Harriet no se había preocupado en ningún momento por la visita de los niños. Sabía que se divertirían con Phantom y que disfrutarían mucho de la playa, del campo y de sus viajes a otras localidades de la isla. Pero a sus vacaciones, que estaban siendo perfectas, les faltaba una cosa, lo que Mark y Frankie deseaban por encima de todo: verla en acción en el servicio de salvamento marítimo.

Afortunadamente, era la época de la regata anual de Ellarick. Los hoteles se habían llenado de turistas y los niños se pusieron muy contentos cuando Harriet les dio un programa de la competición.

–¿En cuántas regatas vas a participar? –preguntó Mark.

–Eso depende. Si me eliminan en la primera fase, no pasaré a la segunda. Hay varias eliminatorias antes de llegar a la final.

–¿Y te darán otro trofeo? –quiso saber la ni-ña.

–¿Cómo sabes que tengo trofeos?

–Lo sabe porque lo ha visto en el programa –respondió Mark–. Están los ganadores de los años anteriores... Dice que ganaste la competición una vez y que has quedado segunda en dos ocasiones.

Aquella noche, Harriet se acostó pronto porque se tenía que levantar a primera hora para participar en la primera de las eliminatorias. Cuando acostó a los niños, Darius llamó a la puerta de la habitación.

–¿No te vas a quedar conmigo? –preguntó ella.

–Sabes que me encantaría. Pero mañana tienes que estar fresca...

–Entonces, dame un beso de buenas noches.

Harriet asaltó su boca antes de que Darius pudiera protestar.

–No eres justa conmigo –dijo él, minutos después.

–¿Por qué lo dices?

–Porque intentaba ahorrarte distracciones y sin embargo...

–Cuando necesite que me protejas, te lo pediré. Y ahora, deja de hablar y ven conmigo a la cama.

Al igual que Darius, Harriet también había cambiado. Ya no era una mujer dominada por sus miedos, sino una mujer libre que tomaba la iniciativa y asumía sus necesidades como cualquier hombre.

Cuando ya estaban a punto de dormirse, él susurró:

–Ahora, solo tienes que ganar.

–Ya he ganado, Darius –dijo ella con picardía–. Hace unos minutos. ¿O es que no te has dado cuenta?

Él sonrió.

–Pensé que el ganador era yo...

–Bueno, dejémoslo en tablas; digamos que hemos ganado los dos –replicó con una sonrisa–. Aunque no voy a compartir mi trofeo contigo.

Darius le dio un beso.

–Me parece bien. Pero será mejor que me vaya.

–Ni se te ocurra.

Harriet lo tomó de la mano.

–No hagas eso. No es justo...

–No intento ser justa.

–Lo sé, pero... ¡Harriet!

Harriet no hizo el menor caso. Lo sedujo sin contemplación alguna y le hizo el amor hasta que se quedaron sin fuerzas.

–Bueno, me voy –dijo él–. Tienes que dormir un poco... tienes que ganar esa eliminatoria para pasar a la siguiente. Los niños están muy ilusionados contigo, Harriet. Quieren verte ganar ese trofeo.

–Ah, sí, los niños... –ella suspiró–. ¿Cómo es posible que me haya olvidado?

Darius le dedicó una sonrisa encantadora y, tras un último beso, salió de la habitación.

Harriet se levantó a primera hora de la mañana y se marchó al puerto en un taxi, después de acordar con Darius que los niños y él irían después.

En cuanto divisó el puerto, todas sus preocupaciones desaparecieron frente al entusiasmo de volver a participar en una regata. Aquel año se habían apuntado cuarenta embarcaciones, pero solo podían participar diez al mismo tiempo, así que se organizaban

varias eliminatorias. Harriet subió a su velero y se preparó para tomar la salida.

A mitad de la regata, cuando ya estaba en el grupo de cabeza, miró hacia el puerto y vio que Darius y sus hijos la estaban animando desde uno de los transbordadores. Su visión la inspiró tanto que se esforzó y, al final, terminó segunda.

Tras desembarcar y recibir el trofeo correspondiente a la eliminatoria, Darius y sus hijos la llevaron a un restaurante, donde brindaron por su éxito. Fue un día de felicidad; pero, al llegar la noche, él se tuvo que retirar al despacho para seguir trabajando.

Harriet se dio cuenta de que estaba agotado, pero no dijo nada.

Dos horas después, Darius entró en su habitación.

–Pensaba que te habrías quedado dormida...

Ella bostezó.

–Estaba a punto.

Él rio y la tomó entre sus brazos.

–Bueno, creo que puedo contribuir a que duermas mejor.

Ella sonrió con picardía.

–¿Ah, sí?

–¿Quieres que te lo demuestre?

–Eres un pervertido.

–Bueno, si prefieres que me vaya...

–Todavía no lo sé.

Su primer encuentro amoroso había sido tan mágico como tierno; pero, a medida que pasaban los días, sus relaciones sexuales se volvían más placenteras, más satisfactorias y, al mismo tiempo, más íntimas. Harriet jamás habría imaginado que el sexo pudiera ser tan perfecto.

Mientras él la acariciaba, le preguntó:

–¿Ya lo sabes? ¿O tengo que seguir un poco más?

–No estoy segura, la verdad –respondió ella, estirándose lánguidamente–. Pero, ¿qué importa? Tenemos todo el tiempo del mundo.

–Eso es cierto.

Darius le puso una mano entre las piernas y le arrancó un gemido de placer.

–No hago otra cosa que pensar en ti...

–Ni yo, Darius.

Justo entonces, sonó un timbre extremadamente agudo.

–¿Qué diablos es eso? –preguntó él.

–El busca del servicio de salvamento marítimo. Parece que me necesitan.

–¿Ahora?

–Qué remedio...

Harriet se levantó de la cama y se vistió a toda prisa.

–Hasta luego. Me tengo que ir.

–Espera... te llevaré yo.

–No puedo esperar.

Harriet se fue de inmediato y Darius se vistió y entró en la habitación de los niños, donde descubrió que el ruido los había despertado.

–¿Qué pasa, papá? –preguntó Mark–. ¿Han llamado a Harriet?

–Sí, eso me temo.

Los niños empezaron a dar saltos en la ca-ma.

–¡Guau! ¡Vamos al puerto, papá! ¡Vamos!

–No podríamos ver nada... Es un trabajo muy serio. Si vamos, solo estorbaríamos.

–Por favor, papá... ¡Por favor!

Darius suspiró.

–Está bien, pero vestíos deprisa.

Diez minutos después, llegaron a la sede del servicio de salvamento marítimo. Harriet y sus compañeros ya habían zarpado, pero el lugar estaba lleno de gente. Un voluntario les explicó lo sucedido y los mantuvo informados en todo momento, desde que el barco llegó al lugar del naufragio hasta que recogió a los supervivientes.

La embarcación apareció en el horizonte cuando faltaba poco para el amanecer. En cuanto llegó al muelle, los niños corrieron a recibir a Harriet, que estaba absolutamente agotada por el esfuerzo.

–Será mejor que dejes tu coche aquí y que vuelvas a casa en el mío –dijo Darius–. Sentaos delante, chicos... así podrá tumbarse en el asiento trasero.

Los niños obedecieron y Harriet se recostó en el asiento de atrás, donde se quedó dormida casi al instante. Todavía estaba dormida cuando llegaron a la casa, la sacó del coche y la tumbó en la cama de su dormitorio.

Los últimos días de las vacaciones de los niños fueron tan felices como los anteriores. La relación de Darius y los pequeños había mejorado tanto que él se sentía profundamente agradecido a Harriet.

–Si no hubiera sido por ti, nunca lo habría conseguido. Me encantaría estar con ellos todo el tiempo, pero no puedo.

–Lo sé. Casi no has dormido nada desde que llegaron.

El día antes de que volvieran a Londres, Darius recibió una llamada telefónica que, aparentemente, lo dejó preocupado.

–¿Qué ocurre? ¿Malas noticias?

Él sacudió la cabeza.

–No, malas, no; interesantes... aunque me temo que tendremos que cambiar de planes. Será mejor que te quedes en la isla y no me acompañes a la capital. Tengo que quedarme unos cuantos días. Pero no hay mal que por bien no venga... seguro que te alegras de perderme de vista –respondió con humor.

–¿Cómo no me iba a alegrar? –ironizó.

Como ya habían imaginado, los niños no se lo tomaron tan bien. Protestaron mucho cuando supieron que Harriet no los iba a acompañar a Londres.

–Lo siento, pero tengo mucho trabajo que hacer –dijo Harriet–. Tengo que encargarme de mi tienda...

–¿Pero volveremos a verte? –preguntó Frankie.

–Por supuesto que sí.

Harriet lo dijo con entusiasmo, y se alegró de que Darius no estuviera presente en ese momento; no habría soportado la angustia de estar a la espera de su reacción. Especialmente, porque tenía un mal presentimiento al respecto.

Cuando sus hijos y él se marcharon al día siguiente en el helicóptero, se quedó más sola que nunca. No solo porque se había acostumbrado a ellos, sino porque creía que Darius no volvería a la isla de Herringdean; a fin de cuentas, había aprendido a ser un buen padre y ya no la necesitaba.

Pero se preparó para lo peor e intentó volver a sus rutinas. Tenía que cuidar de la tienda y de Phantom, que mostraba síntomas de depresión tras la marcha de sus nuevos amigos.

–La gente va y viene todo el tiempo –Harriet lo acarició–. Pero yo estaré siempre contigo. Te doy mi palabra.

Durante los primeros días, Darius la llamó con la regularidad de un reloj, aunque sus llamadas eran breves. Luego, dejó de llamarla por teléfono y le empezó a enviar SMS alegres pero poco comprometidos, justo lo que habría hecho una persona que quisiera enfriar las cosas con su antiguo amante.

Una noche, cuando estaba dando un paseo con el perro, vio que un coche se detenía a su lado. Era Walter.

–Acabo de pasar por tu casa. Te está esperando un tipo.

–¿Sabes quién es? –preguntó con impaciencia.

–No me he acercado tanto como para reconocerlo, pero me ha dado la impresión de que te estaba esperando.

–Gracias, Walter.

Harriet apretó el paso, con el corazón en un puño. Pero el hombre que la estaba esperando no era Darius, sino Amos Falcon, su padre.

Capítulo 12

–Buenas noches, Harriet.

–Buenas noches, Amos... Qué sorpresa. No sabía que tuvieras intención de venir.

–Ha sido una decisión repentina. ¿No me vas a invitar?

–Sí, claro...

Harriet lo llevó a su piso, que estaba justo encima de la tienda de antigüedades. Mientras subían, agarró a Phantom con fuerza para que no se excediera con el padre de Darius; pero no fue necesario: el perro debió de notar que no era hombre para bromas y se portó bien.

–Si has venido para ver a Darius...

–No. Sé que está en Londres. Nos hemos visto varias veces durante los últimos días –declaró, mirándola con una extraña intensidad–. ¿Es que no te lo ha dicho? Qué raro.

Harriet solo conocía la faceta encantadora de Amos Falcon. Y al estar allí, sometida a su mirada fría, pensó en las advertencias de Darius y se recordó que era un hombre manipulador e implacable; un hombre que había intentado imponerle una esposa a su hijo.

–Entonces, ¿no sabes lo que le ha pasado?

–Nunca me intereso por sus negocios. De todas formas, no lo entendería.

–Bueno, eso no importa. Tú y yo tenemos que hablar.

–Claro. ¿Te apetece un café?

–Sí, gracias... Me caíste bien cuando nos conocimos, Harriet. Eres una mujer admirable; y no solo porque salvaras la vida de mi hijo, sino por la forma en que diriges tu tienda. Vale más de lo que parece.

–¿Cómo sabes lo que vale?

Él se encogió de hombros.

–No se puede decir que esa información sea un secreto... Sé que perteneció a tu marido y que no le prestó demasiada atención. Tú fuiste quien consiguió los créditos para pagarla y salir adelante.

–¿Me has investigado?

Amos no se molestó en negarlo.

–Sí. Y reconozco que me he llevado una buena impresión. Has convertido este sitio en un lugar dos veces mejor de lo que era –respondió–. De hecho, estoy dispuesto a pagarte un buen precio por él.

–No está en venta.

Él soltó una carcajada.

–Imaginaba que dirías eso.

–Y lo digo en serio.

–Lo sé, pero ni tú ni yo somos personas que perdamos el tiempo con tonterías. Sabes lo que está en juego. Tienes una influencia importante sobre mi hijo, pero ha llegado el momento de que regrese a su vida anterior. No quiero que retome su relación contigo. Necesita toda su energía para volver a la cumbre.

Harriet no era mujer que perdiera la calma con facilidad, pero las palabras de Amos la sacaron de quicio.

–No pienso hablar de Darius contigo. Si quiere alejarse de mí, tendrá que ser él quien me lo diga. Y, en ese caso, te aseguro que no intentaré retenerlo –bramó–. No es necesario que me compres. ¿Está claro?

Amos sonrió y ella sintió el deseo de estrangularlo allí mismo.

–Absolutamente claro. Pero deberías permitir que te compre esa tienda. No recibirás muchas ofertas tan generosas como la mía.

–Estás loco, Amos... ¿Crees que todo el mundo se deja comprar?

–No, solo creo que lo deberías pensar con más detenimiento. Tu marido te trató muy mal y te dejó en una situación difícil.

Harriet lo miró con horror.

–¿Darius te ha dicho eso?

–Al contrario. Fui yo quien se lo dije a él.

–¿Que se lo dijiste tú... ? –preguntó, desconcertada.

–Sí, durante la boda. Mi hijo no te había investigado, pero yo sabía muchas cosas de ti y se las conté.

–Oh, no...

–Fue todo un caballero. Dijo que eso era asunto tuyo y que estabas en tu derecho de tener tus secretos. Aunque le entristeció que no le hubieras dicho nada.

–¡Márchate de aquí! Si sabes lo que te conviene, márchate ahora

mismo.

En ese momento, oyeron una voz que procedía de la entrada.

–Nunca ha sabido lo que le conviene.

Los dos se giraron y se llevaron una buena sorpresa al ver a Darius, que miraba a su padre con recriminación.

–Ya la has oído. Márchate –continuó–. Y no vuelvas.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Cuando me han dicho que te habías ido a Herringdean, me he imaginado que intentarías presionar a Harriet. Pero como ves, he llegado a tiempo.

–Solo intentaba hacerte un favor. Lo estás haciendo bien y no quiero que lo estropees ahora –se defendió.

–Sí, lo estoy haciendo bien, es verdad. Y he decidido que voy a dejar Londres y que voy a trabajar en Herringdean, en Giant's Beacon. Con la ayuda de mi esposa.

–¿De tu esposa? –exclamó Amos–. ¿Le has pedido que se case contigo?

–Todavía no –dijo, lanzando una mirada a Harriet–. Y después de lo que le has dicho, sospecho que no se sentirá particularmente inclinada a aceptar mi propuesta… pero no me rindo con facilidad. Cuando quiero algo, lucho por ello. Eso me lo enseñaste tú.

–Darius…

–Sé que no será fácil. Nadie en su sano juicio se querría casar con un hombre de esta familia; pero insistiré hasta que comprenda que no puedo vivir sin ella y me acepte al fin.

Harriet quiso decir algo, pero no pudo. Los ojos se le habían llenado de lágrimas.

–Márchate, papá.

Amos asintió y se fue. Sabía cuándo lo habían derrotado.

–¿Estabas hablando en serio? –preguntó Harriet en voz baja.

–Por supuesto que sí. Te amo, Harriet. Por eso me fui a Londres… quería organizarlo todo para vivir aquí de forma permanente. Supongo que tendría que habértelo dicho, pero ya sabes cómo soy. Estoy acostumbrado a hacer las cosas por mi cuenta –declaró con afecto–. Oh, Harriet… ¿quieres casarte conmigo?

Harriet rompió a llorar sin poder evitarlo. Eran lágrimas de alegría, de esperanza y de tensión acumulada; lágrimas que le

impedían hablar. Pero no necesitaban las palabras. Darius la llevó al dormitorio y le mostró sus sentimientos de un modo mucho más cálido.

Después de hacer el amor, él dijo:

–No puedo creer que te hayas enfrentado a mi padre. Le has dado una buena lección.

–Porque quería alejarme de ti.

–Lo sé. Cuando llegué a Londres, me ofreció dinero para que me casara con Freya. Pero obviamente, no le sirvió de nada; de hecho, la propia Freya me ha acompañado hoy al aeropuerto. Me ha dicho que me diera prisa y que no te dejara escapar ¿Te casarás conmigo, Harriet?

–¿Aceptarías un no por respuesta?

–De ninguna manera.

–Ni yo, pero... ¿Podrás renunciar a tu antigua vida y quedarte a vivir aquí? ¿Estás seguro?

–Bueno, no tengo que renunciar totalmente a mi antigua vida. Solo voy a bajar un poco el ritmo –le explicó–. Venderé mi casa de Londres y otras propiedades, pagaré unas cuantas deudas y dirigiré mis negocios desde Giant’s Beacon.

–¿Puedes hacerlo solo?

–No es necesario. Tengo empleados que estarán encantados de vivir en Herringdean. No se lo he dicho todavía porque no sabía si me aceptarías, pero lo puedo arreglar con facilidad. Y con su ayuda, tendré más tiempo para mi esposa y nuestros hijos.

–¿Nuestros hijos?

–Si quieres que los tengamos, claro...

Ella tardó un momento en hablar.

–Sí, por supuesto que sí.

–Entonces, tendremos una docena de hijos que jugarán por los corredores de la mansión y te ayudarán con la tienda.

–¿No crees que estás soñando en voz alta?

–¿Y eso que tiene de malo?

–Nada. Nada en absoluto.

–Además, voy a hacer lo posible para que las gentes de Herringdean se alegren de tenerme con ellos. Puedo hacer muchas cosas por la comunidad. Incluso voy a hablar con los propietarios del parque eólico... quizás consiga un buen acuerdo de suministro

eléctrico para la isla.

–¿Crees que lo conseguirás?

–No lo sé –dijo con entusiasmo–. No tengo ni idea.

–¿Sabes que estás loco, Darius? Cualquiera diría que no saber algo es bueno...

–Tal vez lo sea. Hay muchas cosas que no sé, pero estoy dispuesto a descubrirlas y decidido a divertirme durante el proceso.

–Entonces, nos divertiremos los dos.

–Tú sabes más que yo... aunque estoy dispuesto a aprender, profesora –dijo con ironía.

–Consigues que hasta lo más irrelevante parezca maravilloso. Pero sé que todo va a salir bien, que todo va a ser perfecto –declaró–. De hecho, ya es perfecto.

–No tanto. Hay una cosa que quiero y que aún no tengo.

–¿De qué se trata?

–Has hecho mucho por mí, Harriet. Me salvaste la vida y me ayudaste a ser un hombre mejor. Me gustaría hacer algo a cambio; pagártelo de algún modo. Darte algo que sea más precioso que la más preciosa de las joyas.

Ella volvió a sonreír.

–No es necesario. Me basta con tu amor.

Los preparativos de la boda empezaron de inmediato. Harriet se mudó a Giant's Beacon y se puso a cargo de la renovación de la casa.

–¿Phantom está contento con su nuevo hogar? –preguntó Darius el primer día.

–Sí, y quiere que te dé las gracias en su nombre. Lo de ponerlo en la habitación contigua a la nuestra fue una genialidad.

–Ahora solo tiene que conocer a la familia. Empezaremos esta misma tarde.

–¿Cómo?

–Es fácil... iremos al despacho, encenderemos el ordenador y todos aparecerán en la pantalla.

Fue la primera videoconferencia de Harriet, y se quedó asombrada. Jackson se conectó desde Londres y Marcel, desde París. Luego, aparecieron Mary y Ken, que brindaron por ellos y, por

último, Frankie y Mark.

–¿Te ha gustado, Phantom? –preguntó Harriet después, mientras lo acariciaba–. Vamos a tener una vida maravillosa... ¿Phantom? ¿Te encuentras bien?

El perro se tumbó en el suelo y se puso a temblar.

–¡Rápido! ¡Llama al veterinario! –dijo Darius.

El veterinario llegó unos minutos después y, tras auscultar al perro, sacudió la cabeza.

–Es un perro viejo, y está mal del corazón –les explicó–. Me temo que tendrán que prepararse para lo peor... ¿Quieren que le ponga una inyección y termine con su sufrimiento?

Harriet se aferró al animal.

–No, nada de eso. Quiero estar con él hasta el último segundo.

Darius la miró con tristeza.

–Y yo me quedaré contigo –dijo.

Justo entonces, sonó el busca de Harriet.

–Oh, no... No puedo irme ahora. No puedo dejar solo a Phantom...

–Pero tienes que ir –alegó Darius–. No por solidaridad con tus compañeros, sino por ti misma. Te prometiste que pondrías tus obligaciones por encima de cualquier otra cosa. Si rompes esa promesa ahora, no te lo perdonarás.

–Pero no puedo dejarlo solo... –insistió.

–No estará solo. Me quedaré con él hasta el último minuto. Estará entre mis brazos y sabrá que lo quieren. Te lo prometo, Harriet. Confía en mí.

Harriet acarició la cabeza de Phantom.

–Adiós, cariño mío. Adiós...

Harriet se marchó y Phantom cerró los ojos casi al momento. Pero los volvió a abrir segundos más tarde; y Darius, que no se movió de su lado, le estuvo hablando y lo estuvo acariciando durante horas.

Aquella noche, cuando Harriet volvió del puerto, estaba convencida de que Phantom habría muerto en su ausencia. Pero, al llegar a la escalera de la mansión, oyó la voz de Darius y se quedó helada, incapaz de creer que su querido perro hubiera sobrevivido.

Avanzó lentamente hasta la puerta del dormitorio y se detuvo en la entrada.

–No estoy seguro de que Harriet sepa lo mucho que la amo –decía Darius en ese momento–. He intentado demostrárselo, pero soy más bien patoso. Nunca he conocido a nadie como ella. Siempre tengo miedo de que me abandone... por eso he querido que nos casemos cuanto antes, para asegurarme de que no huya.

Harriet tragó saliva y se mantuvo en silencio.

–¿Sabes que yo tenía celos de ti, Phantom? Pensé que ella te quería porque seguía enamorada de Brad, pero ahora sé que no tiene nada que ver con eso. Eres una criatura preciosa y encantadora, y vas a vivir muchos años con nosotros... Aguanta, amigo mío. Aguanta un poco más. Harriet llegará enseguida.

Solo entonces, ella entró en la habitación y se arrodilló junto a Darius y su perro.

–Lo has conseguido. Has logrado que siga con vida. Gracias... Oh, gracias...

Darius la miró a los ojos.

–Creo que Phantom se encuentra mejor.

Como para demostrarlo, Phantom alzó la cabeza y lamió la cara de su dueña.

–Vas a vivir más, ¿verdad? –dijo Harriet–. Quiero que estés presente el día de la boda. Prométemelo.

–¡Guau!

Se casaron tres días después, en la playa. De la familia de Darius, faltaron Amos y su esposa, pero todos los demás estuvieron presentes, desde Freya hasta Mary y Ken, quienes ya les habían anunciado que no se lo perderían por nada del mundo.

Cuando llegó la hora de la ceremonia, Frankie y Mark siguieron a la novia hasta el altar. La niña estaba preciosa con su vestido de flores; y el niño llevó a Phantom de la correa hasta que se sentó con él en uno de los bancos.

El veterinario había expresado su sorpresa por la recuperación del perro, pero a Harriet no le sorprendía. Darius había cumplido su palabra: le había dado algo más precioso que la más preciosa de las joyas. Y si alguna vez había albergado alguna duda sobre su amor, ya no tenía ninguna. Sabía que esa joya brillaría para siempre.